Los Hollister



17

EN LA ISLA DE LAS TORTUGAS

JERRY WEST

Un día, Peter y Pam Hollister salvaron a un indio semínola llamado Charlie «Rabo de Tigre» de ahogarse. Lo que no imaginaban es que este heroico acto les llevaría a un nuevo y excitante misterio y unas vacaciones en Florida.

Unos días después, todos los Hollister disfrutaban de la playa de Isla Tortuga en las Everglades y dispuestos a ayudar a Charlie a atrapar a un grupo de ladrones que ilegalmente mataba a las tortugas gigantes y les robaban sus huevos.





Jerry West

Los Hollister en la isla de las tortugas

Los Hollister - 17

ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Sea Turtle Mystery*
Jerry West, 1964
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



CHARLIE «RABO DE TIGRE»



—Noventa…, noventa y cinco…, ¡cien! —gritó Ricky Hollister, que apoyaba la cabeza en un árbol y apretaba fuertemente los ojos —. ¡Voy a buscaros, aunque no estéis preparados!

El muchachito de ocho años, que estaba jugando al escondite, se separó del árbol y giró sobre sus talones. Pero no se veía a nadie en el amplio y verde prado que rodeaba la casa de los Hollister, a orillas del lago de los Pinos. El pelirrojo Ricky echó a andar de puntillas, recorriendo el prado de extremo a extremo. ¡No había nadie!

De pronto sonó una risilla. El niño dio inmediatamente media vuelta y, al hacerlo, sus ojos se fijaron en una extraña embarcación que se encontraba al fondo del lago. Después de contemplarla unos minutos con gran asombro, Ricky gritó:

—¡Canastos! ¡Mirad qué barca tan rara!

Silencio. Los jugadores del escondite no se dejaban ver.

—No os engaño —aseguró Ricky, que no apartaba los ojos de la singular embarcación—. No lo digo para que salgáis y perdáis el juego. ¡Palabra de honor! No es un truco.

De un frondoso árbol saltó al suelo Holly, de seis años, con las

trencitas flotando al viento. Pam, de diez años, salió de detrás del garaje; tenía una resplandeciente sonrisa y el cabello oscuro y rizado. La cabeza de Pete, con el cabello alborotado, asomó entre unas azaleas, y junto a él, una figurilla vuelta boca abajo dio un curioso salto. Era la rubita y chiquitina Sue.

—¿Dónde está esa barca? —preguntó la niña.

—¡Allí! Viene hacia nuestro embarcadero.

El guapo Pete, de doce años, corrió delante de sus hermanos, hacia la orilla del agua. Todos se detuvieron en el embarcadero de madera, para contemplar la barca que avanzaba velozmente.

Los Hollister nunca, hasta entonces, habían visto una embarcación así. Era ancha, de casco bajo, y debía de medir unos tres metros y medio de largo. En la parte de proa había dos asientos, seguidos de dos más. Detrás de esto y a más altura, se veía una sola silla de tubo metálico y sentado en ella iba un hombre de piel bronceada, que apoyaba la mano izquierda en el timón. Este timón movía dos aletas, como las de la cola de un avión, y entre ellas estaba montado un tubo que debía de medir un metro, aproximadamente.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mientras la embarcación se aproximaba, con un singular silbido—. Lleva un pequeño motor a propulsión.

—Yo he leído algo sobre las barcas aéreas de Florida —dijo Pam —. ¿No podría ser una de esas barcas?

La extraña embarcación describió un amplio círculo, levantando blanca espuma en las tranquilas aguas del Lago de los Pinos. Mientras la barca se aproximaba a la orilla, un chico de cabello negro, que aparentaba la edad de Pete, entró en el patio.

—¡Ven, Da ve! ¿Has visto qué embarcación tan curiosa?

—Creí que la había hecho tu padre —contestó Dave Meade, que era el mejor amigo de Pete.

—Nosotros no la habíamos visto nunca —dijo Ricky.

En aquel momento, todos los niños quedaron boquiabiertos y ahogaron un grito, cuando la embarcación sufrió una fuerte sacudida hacia atrás. El conductor fue lanzado fuera del asiento y cayó al agua, en medio de gran chapoteo. ¡La embarcación desapareció de la vista!

Por un instante los niños quedaron atónitos. Luego, Pete gritó:

—¡Vamos! Tenemos que salvarle. ¡Holly, Ricky! ¡Id a avisar a mamá! —Y mientras se instalaba en la barca de remos de su familia, Pete añadió—: Dave, necesitaré que me ayudes. Y tú también, Pam.

Inmediatamente, cada uno de los chicos empuñó un remo y condujeron la barca hacia el lugar en que la otra embarcación había naufragado.

—Ahí está —anunció Pam, mientras se acercaban al lugar.

Era cierto. A pocos metros de distancia se veía un hombre que flotaba, boca abajo.

—Ha debido de darse un golpe —reflexionó Pete, llevando la barca junto al hombre inconsciente—. Échame una mano, Dave.

Los dos muchachos se inclinaron sobre el accidentado y tiraron de él hasta pasarle por encima de la borda y dejarle en el fondo de la barca. Entre Pete y Pam, le practicaron la respiración artificial y, a los pocos momentos, el hombre parpadeó.

—¿Quién es usted? —fue lo primero que preguntó Pete.

El hombre tartamudeó unas sílabas y todos creyeron entender que había dicho «Rabo de Tigre». Luego volvió a quedar inconsciente.

—¡Caramba! —exclamó Dave—. «Rabo de Tigre» no es ningún nombre. Debe de estar delirando.

Pam apoyó en su brazo la cabeza del desconocido, mientras Pete y Dave volvían a remar para llevar la barca a la orilla, lo más rápido posible. Estaban a medio camino del desembarcadero de los Hollister cuando pasó junto a ellos, a toda prisa, una canoa con dos muchachos a bordo. Eran Joey Brill y Will Wilson.

—¡Nosotros también hemos visto esa barca! —gritó Joey, un muchacho robusto, de la edad de Pete, que siempre se divertía embromando y molestando a los niños más pequeños.

Will era su amigo y hacía siempre lo que Joey ordenaba.

—Podemos reclamarla para nosotros —chilló Will, mientras hundía su remo en el agua.

Y Pam protestó, indignada:

—No haréis nada de eso. La embarcación pertenece a este pobre hombre que está herido.

Sin querer escuchar las palabras de Pam, Joey le hizo una mueca

y remó hacia donde se había hundido la extraña embarcación.

Cuando la barca de remos llegó al embarcadero, la señora Hollister y los otros niños estaban ya esperando. La madre de los Hollister era una señora guapa y esbelta, con el cabello oscuro. Aunque casi siempre estaba sonriendo, en esta ocasión aparecía muy preocupada, mientras ayudaba a Dave y Pete a levantar al accidentado hasta el embarcadero.



—Le sentaremos en esta mecedora —dijo la señora a los dos muchachos.

—Yo he telefoneado ya al oficial Cal —anunció Ricky—. Va a venir con la Brigada de Urgencia.

Tan pronto como el pecoso acabó de decir esto, desde el final de la carretera llegó el sonido de una sirena. Unos momentos después, el coche de la Brigada de Urgencia entraba en el camino del jardín de los Hollister y se detenía; de ella salieron tres hombres que corrieron al embarcadero. Uno de ellos era Cal Newberry, un joven oficial de rostro sonriente que había trabajado con los niños Hollister en alguno de los misterios que los cinco hermanos habían resuelto.

Los hombres de la Brigada de Urgencia examinaron al

inconsciente barquero, que estaba chorreando.

—No hay huesos rotos —anunció Cal, sonriendo.

El hombre abrió otra vez los ojos y miró a su alrededor, con extrañeza.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Está usted bien —le tranquilizó el oficial Cal—. ¿Cuál es su nombre?

—Charlie «Rabo de Tigre» —contestó el hombre, irguiéndose y frotándose la cabeza—. He sufrido un accidente.

—Ha debido de darse usted un golpe muy fuerte en el agua —dijo Pam, compadecida.

—¿Ése es su nombre de verdad? —preguntó, perplejo, Ricky—. No conozco a nadie que se llame «Rabo de Tigre».

En el rostro bronceado del hombre brilló una sonrisa.

—Eso es porque en Shoreham no hay indios semínolas.

—¿Es usted semínola? —preguntó la señora Hollister.

—Sí. —De pronto el hombre señaló hacia el lago y preguntó—: ¿Esos chicos intentan apoderarse de mi barca?

Joey Brill, inclinado sobre la borda de su canoa, hundía los brazos en el agua. Pete le gritó, furioso:

—¡Fuera de ahí, Joey!

—¡Es nuestra barca y vamos a llevárnosla! —fanfarroneó Will.

—¡No! ¡Nada de eso! —gritó, amenazador, el oficial Cal, corriendo hacia la barca de remos de los Hollister, e instalándose en ella.

Al verle, Joey y Will se alejaron en su canoa a toda velocidad.

—¡Tendrás que verte las caras conmigo, por haber avisado a los «polis», Pete Hollister! —vociferó Joey, levantando un puño amenazador.

Cuando los dos chicazos desaparecieron en una curva, el oficial saltó al embarcadero.

—Voy a comunicarme con la Patrulla del Lago de los Pinos —dijo—. Nosotros sacaremos su embarcación, señor «Rabo de Tigre».

—Pero ahora lo más importante es que se quite usted estas ropas tan mojadas —dijo, sensatamente, Pam.

Ella y su madre acompañaron al indio hasta la casa, donde la señora Hollister le dio toallas y ropas secas.

Mientras, los demás niños siguieron al policía hasta la camioneta, para escuchar cómo el oficial enviaba un mensaje de radio al cuartelillo. Luego, Cal y sus dos compañeros de la Brigada de Urgencia se marcharon.

—Yo tengo que ir a un recado —dijo Dave, despidiéndose de sus amigos.

Cuando volvió al patio trasero, acompañado de Pam y la señora Hollister, Charlie «Rabo de Tigre» llevaba una camisa deportiva y unos pantalones color caqui del señor Hollister. Las vueltas de los pantalones iban dobladas hacia arriba porque el indio, aunque era muy robusto, no tenía tanta estatura como el padre de los Hollister.

Charlie «Rabo de Tigre» explicó que trabajaba como guía, llevando a la gente en el overcraft, o barca aérea, a las Everglades de Florida.

—Tengo dos embarcaciones, pero a Shoreham sólo he traído una con un auto-remolque —siguió diciendo el indio—. Antes, esta embarcación llevaba una hélice de avión. Pero yo quería que fuese la más rápida de las Everglades.

—¡Y vino usted a comprar un motor de propulsión a la fábrica de Shoreham! —adivinó Pete.

—Eso es —asintió el semínola.

Y añadió que había adquirido el motor a propulsión y lo había montado en su aparato.

—Pero me temo que no quedó demasiado bien equilibrado.

—No se preocupe. Papá le ayudará a arreglarlo —le aseguró el pecoso.

—¿Y por qué quiere tener la barca más rápida de las «Temerglades»? —indagó, curiosilla, Sue.

—Everglades, tontina —le rectificó Holly, dando un pellizco en la mejilla a su hermana menor—. Es un sitio de Florida.

—Soy sheriff allí y tengo que perseguir a los cazadores furtivos de tortugas. Ellos tienen embarcaciones rápidas, de modo que la mía tiene que ser más veloz —dijo Charlie.

Antes de que los niños pudieran hacer más preguntas se vio aparecer la motora patrulla. En cuanto la embarcación llegó al embarcadero de los Hollister, Pete y Ricky saludaron a los tres hombres que iban en ella y entraron a bordo.

—Esté tranquilo, señor «Rabo de Tigre» —dijo Pete—, que nosotros le ayudaremos a encontrar su embarcación.

Los dos hermanos y los policías se dirigieron, en la motora, al lugar en donde había desaparecido la extraña embarcación.

—Ha sido por allí —orientó Pete.

La embarcación de la policía se detuvo en el lugar indicado y los hombres echaron al agua un arpón, sujeto en el extremo de una larga cuerda. Cuando el arpón estuvo en el fondo del lago, empezaron a mover la cuerda de uno a otro lado.

—¡Aquí! ¡Aquí hemos tocado algo! —anunció uno de los policías.

Con ayuda de Pete, los tres hombres tiraron de la cuerda. El arpón se había enganchado en el respaldo del asiento, y no tardó en salir a flote toda la embarcación.

El motor de la embarcación policial volvió a ponerse en marcha y el extraño artefacto, procedente de Florida, fue trasladado hasta el embarcadero de los Hollister. Una vez allí, los chicos ayudaron para subir la embarcación a tierra.

—Está como si no hubiera tenido ningún accidente —dijo Pete, después de dar las gracias a los policías.

—Encantados de haber podido ayudaros —repuso el oficial de turno, haciendo un marcial saludo.

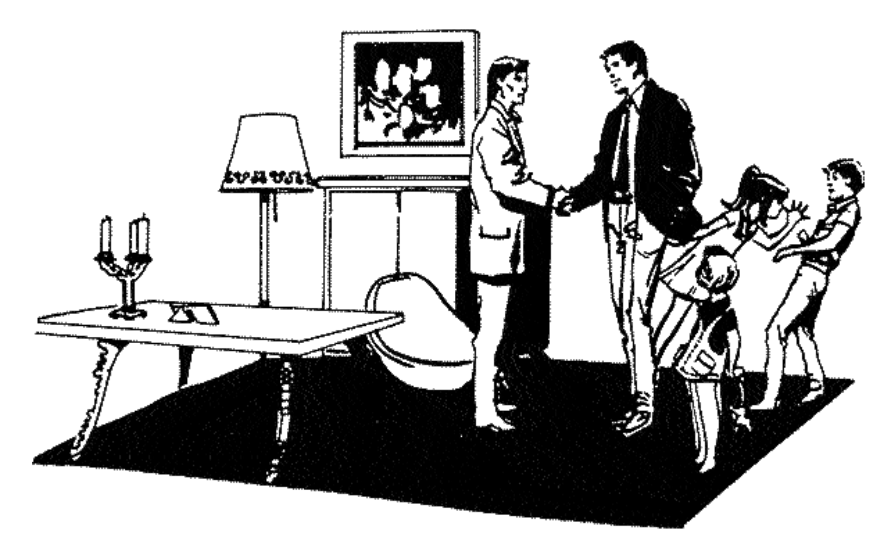
Cuando la patrulla motora se alejaba, una furgoneta se detuvo en el camino del jardín. Del vehículo salió el señor Hollister, un hombre alto y atlético, qué se encaminó a buen paso hasta el grupo del embarcadero.

—Pam me telefoneó —dijo—. Por lo visto tenéis un visitante de Florida.

Charlie «Rabo de Tigre» y el señor Hollister se estrecharon las manos.

—Lamento causarles tantas molestias —dijo el indio.

—Nada de eso —repuso el señor Hollister, sonriendo—. ¿De modo que ésta es su embarcación? Es magnífica. Aunque yo creo que el motor a propulsión está acoplado demasiado lejos.



—Realmente, yo no soy un ingeniero —admitió el semínola.

—Creo que podremos reparar el desperfecto —le tranquilizó el señor Hollister—. ¿Por qué no se queda unos días con nosotros? Llevaremos su embarcación a mi taller, detrás del Centro Comercial.

El Centro Comercial era la tienda de ferretería, juguetes y artículos deportivos que el señor Hollister tenía en el centro de Shoreham.

—No, no. Muchas gracias —contestó el indio, tímidamente—. Tengo habitación en un motel de…

—Nos gustaría mucho tenerle a usted como nuestro invitado —aseguró la madre de los Hollister, con una amable sonrisa.

—Así podría usted contarnos cosas de los indios semínolas —dijo, inmediatamente, Holly.

Y Ricky preguntó:

—¿Son muy malos los cazadores furtivos?

—Sí, sí. Matan las tortugas gigantes, lo cual es ilegal —repuso el indio—. Y también roban los huevos de tortuga. Cuando me ofrecí a la policía para ayudar a detener a esos cazadores, me nombraron comisario.

—Por eso el señor «Rabo de Tigre» necesita una embarcación muy rápida, papá —explicó Ricky.

—Y existe otra razón más —murmuró el semínola, hablando con voz lenta y grave—. Puede que la necesite cuando haga una

investigación en la Isla Cautiva. Está cerca de donde yo vivo y está ocurriendo algo misterioso allí.

—¡Oh! Cuéntenos eso —pidió Pam, llena de curiosidad.

—Me parece demasiado misterioso para decir nada —fue la respuesta que dio «Rabo de Tigre», al tiempo que movía negativamente la cabeza.

UN REGALO DESAPARECIDO



—¡Aunque sea una cosa misteriosísima, a nosotros no nos asustará! —aseguró Holly, con los ojillos chispeantes.

—Nosotros somos detectives —informó orgullosamente Ricky al semínola.

—Pero éste es un caso tan extraño que tal vez nadie pueda resolverlo —aseguró el indio—. Pero sí aceptaré quedarme aquí unos días, porque Holly me recuerda a mi hijita.

—¿Tiene usted una hija? —preguntó Pam.

—Sí. Se llama Clementina y tiene diez años.

A continuación, Charlie «Rabo de Tigre» explicó que Clementina estaba con su abuela en un poblado semínola, hasta que él regresara.

—Venga a mi furgoneta —dijo el señor Hollister—. Iremos a recoger sus cosas al motel.

Antes de transcurrida media hora, los dos hombres habían regresado. Detrás de la furgoneta de los Hollister iba un camión, de capacidad para media tonelada, que arrastraba un soporte para embarcación. Charlie «Rabo de Tigre» aparcó junto al garaje de la familia y salió con una maleta en una mano. En la otra llevaba dos

cajas pequeñas.

—Aquí van unos regalos para los niños —dijo—. Este paquete es para las niñas y este otro para los muchachos.

En seguida, Pam abrió la caja y echó una mirada al interior.

—¡Qué conchas marinas tan bonitas! —exclamó.

—¡Son preciosas! —añadió Holly, con entusiasmo.

Charlie «Rabo de Tigre» les dijo que aquellas conchas procedían de la isla de Santabella. Las había recogido él, para regalárselas a los semínolas, pero no había tenido oportunidad de enviar el paquete.

—En otra ocasión recogeré más.

—¿Y esto qué es? —preguntó Pete, abriendo la caja con el regalo para los chicos.

—Litorinas.

—¿Cómo? —insistió el pecoso Ricky, sin comprender.

—También se llaman caracoles de árbol —explicó el visitante, añadiendo que aquellos animalitos eran comunes en el sur de Florida.

Mientras los dos hermanos contemplaban la concha con rayas rojas y amarillas, ésta empezó a moverse en la palma de la mano de Pete.

—¡Canastos! Si está vivo… —se asombró Ricky.

—¿Tendremos que ponerlos en algún árbol? —preguntó Pete.

Cuando el indio les dijo que sí, los dos chicos tomaron la media docena de caracoles, se encaminaron a un árbol de la orilla del lago y fueron dejando los animales en la lisa corteza.

—¡Fijaos cómo brillan al sol! —exclamó Pam, admirativa, contemplando aquellos curiosos seres.

En aquel momento, «Zip», el perro de los Hollister, atravesó a todo correr el prado, en dirección al árbol. Y al llegar allí se detuvo en seco y empezó a ladrar, olfateando los caracoles.

—¡No les hagas daño, «Zip»! —ordenó Holly.

«Zip» continuó olfateando las coloridas conchas y su rabo osciló alegremente de uno a otro lado.



—Ya son amigos —observó Pam, echándose a reír—. Ven, «Zip». Te presento al señor «Rabo de Tigre».

Los ojos negros del semínola brillaban, llenos de afecto, mientras acariciaba la espesa pelambre del perro. Al poco rato, el señor Hollister recordó a todos que ya era casi la hora de cenar. Ricky abrió la marcha y todos fueron a la casa.

Mientras aguardaban a que se les avisase para ir a la mesa, Pam y Holly se sentaron en el sofá, junto a Charlie «Rabo de Tigre», y el indio fue diciéndoles el nombre de las diferentes conchas marinas.

—Ésta es Rosa Murex —dijo, tomando una caracola pequeñita y rosada. Y al coger una grande, con extremos muy puntiagudos, añadió—: Ésta es una Tulija. Esta otra tan brillante se llama Joyero y éstas son Alas de Ángel.

—Son muy bonitas —dijo Pam—. ¿Y cuál es ésta, con ese dibujo que parece una letra china?

—Es un Cono del Alfabeto Chino. Me gustaría tener una Zarpa de León.

—¿Una zarpa de león de verdad? —preguntó Ricky, que estaba

sentado en la alfombra.

—No. Es una concha muy rara, que recuerda una zarpa de esa fiera.

Mientras estaban cenando, su invitado habló a los Hollister de los indios de su tribu. La tribu original era la de los Calusas, pero habían muerto hacía muchos años.

—¿Eran muy valientes, señor «Rabo de Tigre»? —preguntó Ricky.

—A veces. No sé si sabéis que fue una flecha calusa la que alcanzó mortalmente a Ponce de León, el explorador español. —Y con una amable sonrisa, el indio añadió—: Pero ¿por qué no me llamáis simplemente Charlie?

—¿Yo también? —preguntó Sue.

Y cuando el semínola dijo que sí, ella, con su vocecita chillona, repuso muy seria:

—Está bien, Charlie.

Los indios semínolas, siguió explicando Charlie, eran restos de tribus llegadas desde el norte de Florida y Georgia. Estos indios nunca se rindieron, ni a los españoles, ni a los norteamericanos.

—Oficialmente, nunca hemos firmado un tratado —añadió, haciendo un guiño—, pero ahora somos indios pacíficos.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Pete y Ricky fueron en seguida al árbol de la orilla del lago. Allí estaban los seis caracoles, adheridos a la corteza, casi en el mismo sitio en donde los dejaron el día anterior.

Los dos hermanos ayudaron a su padre y a Charlie a colocar la embarcación sobre el soporte, el cual llevaba una licencia donde se leía: «Indio Semínola».

—¡Canastos! ¡Qué bonito! —se entusiasmó Ricky—. ¡Cuánto me gustaría tener una matrícula así!

Cuando los dos hombres se marcharon hacia el Centro Comercial, los muchachos volvieron a la orilla del lago para contemplar de nuevo los caracoles. Pero… ¡habían desaparecido!

—¡Mira! —exclamó Ricky—. ¡Ya sé a dónde han ido nuestros caracoles!

El pecoso señalaba hacia las aguas del lago, en donde Joey y Will se alejaban, remando, en una canoa.

—¡Deteneos! —les ordenó Pete, a gritos—. ¡Tenéis que devolver nuestros caracoles!

Joey volvió la cabeza e hizo una mueca burlona a los Hollister, al tiempo que gritaba con rabia:

—¡Os creéis muy listos, total porque tenéis a un indio en vuestra casa!

—Vamos a guisar los caracoles para comérnoslos declaró Will.

—¡Será mejor que no lo hagáis! —respondió Pete, amenazador.

Pero Joey y Will remaban ahora muy de prisa, y pronto desaparecieron de la vista.

Pete y Ricky volvieron muy mohínos a la casa. Allí estaban sus hermanas, sentadas alrededor de la mesita baja de la sala. Pam leía en voz alta unas páginas de la enciclopedia.

—He averiguado más cosas de las Everglades.

Y explicó que aquella región no estaba formada únicamente, como ella creyera, por pantanos llenos de árboles, musgos y zarzas. Había mucho espacio de tierras pantanosas con hierbas y aguas claras.

—Va desde el lago Okeechobee hasta el Golfo de México —dijo la hermana mayor, marcando en el mapa, con un dedo, el lugar de que hablaba—. Está lleno de animales salvajes: osos negros, nutrias, caimanes y cocodrilos. Y a los caimanes y cocodrilos les protege la ley contra los cazadores furtivos, lo mismo que a las tortugas marinas.

—Vamos, Pete —llamó Ricky, apremiante—. Tendremos que darnos prisa, o nos quedaremos sin los caracoles.

Los dos muchachitos corrieron a buscar sus bicicletas y pedalearon enérgicamente hacia la casa de Joey. Pero nadie les contestó cuando tocaron el timbre, y ni el camorrista ni su amigo Will aparecieron por los alrededores.

Cuando volvían a casa, Ricky dijo a su hermano:

—Yo creo que papá podría vender conchas de esos caracoles en el Centro Comercial. Todos nosotros podríamos ir a buscar muchas a Florida.

—No está mal la idea —sonrió Pete, algo burlón.

Aunque Pete y Ricky estuvieron buscándoles hasta media tarde, los ladrones de caracoles no aparecieron por ningún sitio. Seguían

aún buscando, cuando oyeron el claxon de la furgoneta y corrieron a saludar a su padre. Charlie iba detrás, llevando a remolque la embarcación.

—Creo que ahora el motor está bien colocado —dijo el señor Hollister, dando a Ricky unas cariñosas palmadas en el hombro.

—¿Cuándo vais a probarlo? —preguntó, al momento, Pete.

—Esta noche, después de cenar.

Los dos chicos ayudaron a Charlie a desenganchar el transportador de la embarcación y lo arrastraron hasta la orilla del agua.

—Ya está a punto para navegar —dijo Pete, hablando con el indio—. ¡Cómo me gustaría ir con usted en esta embarcación y ayudarle a perseguir cazadores de tortugas!

Después de la cena, Pam fue a buscar al señor «Rabo de Tigre», que estaba solo en la salita.

—Charlie, yo quería preguntarle una cosa —empezó a decir la niña.

—¿De qué se trata?

—De ese misterio tan horrible… ¿Qué es?

Antes de que el semínola hubiera podido contestar, en el umbral de la puerta apareció Ricky, diciendo:

—¡Vamos, Charlie! ¡Todo el mundo está preparado para probar su embarcación!

—Luego te lo diré —prometió Charlie a Pam.

Y los tres fueron al embarcadero, donde el resto de la familia estaba esperándoles.

Los chicos ayudaron a empujar la embarcación hasta el agua. Entonces, el indio subió a la barca y se instaló en el asiento más alto. El señor Hollister se colocó delante. El indio oprimió un botón. Con un zumbido, el motor a propulsión se puso en marcha y pronto emitió una especie de silbido.

—Apartaos un poco —advirtió el semínola—; voy a dar más impulso.

Los niños retrocedieron un buen trecho y Charlie presionó el acelerador con el pie derecho. El motor empezó a emitir silbidos mucho más ruidosos y la embarcación se alejó hacia el centro del lago.

—¡Es estupenda! —exclamó Pete, admirativo, mientras el vehículo de las Everglades iba adquiriendo más y más velocidad.

Al poco la embarcación describió un amplio semicírculo y se encaminó hacia la rampa arenosa que había a un lado del embarcadero. Cerca, bajo un gran sauce, se encontraba «Morro Blanco», la gata de los Hollister, acompañada de sus cinco hijitos. La embarcación continuaba avanzando. Pam gritó, alarmada:

—¡Va a chocar con tierra!

Pero Charlie «Rabo de Tigre», no parecía alarmado y siguió conduciendo directamente hacia el trecho arenoso. El vehículo subió a tierra con un rugido y siguió adelante, atravesando el prado. «Morro Blanco» y sus mininos corrieron a refugiarse en la copa de un árbol, antes de que la embarcación hubiera llegado a la puerta de la casa.

—¡Canastos! ¡Qué bonito! —exclamó Ricky, dando tres volteretas de alegría.

—Verdaderamente emocionante —comentó el señor Hollister, mientras abandonaba su asiento.

—¿Han visto cómo puede avanzar por aguas vadosas e incluso sin agua? —preguntó Charlie, conteniendo una risilla.

Los chicos ayudaron a llevar de nuevo la embarcación hasta la orilla.

—¿También nosotros podremos dar un paseo en ella? —preguntó Holly.

—Claro. Ahora que sabemos que funciona bien, puedo llevar a toda la familia —repuso el indio.

—Pero a mí que no me persiga por el prado —bromeó la señora Hollister, riendo.

En seguida entró en la embarcación y sentó a Sue en sus rodillas. A su lado, se acomodó Pam y detrás de ellas, lo hicieron Pete, Ricky y Holly.

El motor volvió a ponerse en marcha y Charlie condujo la embarcación a través del Lago de los Pinos, mientras «Zip», desde la orilla, le acompañaba con sus ladridos.

Según la embarcación iba y venía por las aguas del lago, iban aglomerándose en la orilla muchas personas que saludaban con el pañuelo a los Hollister. Éstos respondían, sacudiendo alegremente

las manos. Al único espectador a quien no habían esperado ver cuando llegaron al embarcadero era a Joey Brill. Y sin embargo, allí estaba el camorrista, acompañado de Will.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Pete.

—Queremos que nos deis nuestros caracoles —advirtió Ricky, sin rodeos.

—No os preocupéis —repuso Joey, esforzándose por sonreír—. Sólo queríamos tenerlos un rato.

—Nos gustaría dar un paseo en ese artefacto —dijo Will.

—¿No son éstos los chicos que quisieron apoderarse de mi embarcación, cuando estaba hundida? —preguntó Charlie «Rabo de Tigre».

—Era sólo una broma —se disculpó Joey—. Y ahora les devolveremos los caracoles, si usted nos pasea en esa barca.

Muy poco decidido, Charlie miró al señor Hollister. Cuando éste asintió con la cabeza, el indio dijo:

—Bien. Subid y os llevaré.

Joey y Will se sentaron en el asiento delantero y la embarcación volvió a ponerse en marcha. Pero no habían recorrido mucho trecho cuando Joey se puso en pie y extendió los brazos como si fuesen las alas de un avión.

—¡Oh, Dios! —se lamentó Pam, preocupada—. No conoce las principales reglas de navegación en barca.

La embarcación del indio dio inmediatamente media vuelta y regresó al embarcadero. Mientras Joey y Will saltaban a tierra, el semínola permaneció muy serio, apretando los labios y moviendo de un lado a otro la cabeza. Sin decir ni una palabra, Joey y Will corrieron hasta sus bicicletas, aparcadas delante de la casa y se alejaron pedaleando.

—Muchas gracias por haberme reparado la barca, John —dijo Charlie «Rabo de Tigre», estrechando la mano del señor Hollister—. Ahora funciona perfectamente, de modo que ya puedo marcharme a Florida.

—Y perseguir a los cazadores furtivos de tortugas —añadió Pete.

—Pero antes tiene usted que hablarnos de ese misterio —recordó Pam al indio.

Empezaba a anochecer cuando «Rabo de Tigre» se sentó en la

hierba, a orillas del lago, y todos los niños le rodeaban.

—Yo tengo una especie de tipi en la Isla Tortuga, cerca de las Mil Islas y las Everglades.

—¿Un «titi»? —preguntó Sue, intrigada.

El indio movió de un lado a otro la cabeza, riendo divertido.

—Un tipi es una casa india —explicó Charlie, añadiendo que la suya estaba construida con postes y techumbre de hojarasca—. Pero los laterales no están cubiertos.

—Déjale que nos hable del misterio, Sue —pidió Holly, impaciente.

—A cierta distancia de donde yo vivo —siguió explicando el indio— hay dos islas pequeñas que se llaman Santabella y Cautiva. A las horas de marea baja se puede ir andando de una isla a la otra. Y ahora viene lo misterioso.

El indio guardó silencio y miró los rostros, llenos de interés, de los hermanos Hollister.

—Siga, por favor —rogó Pam.

—Procedente de la isla Cautiva, suena un ruido fantasmal, que sólo puede oírse de noche.

—¿No será el grito de algún animal? —preguntó Pete.

—No —contestó Charlie, muy convencido—. Yo conozco los gritos y cantos peculiares de todos los animales de las Everglades. Nunca había oído un ruido como ése. La gente solía visitar la isla y buscar en ella conchas marinas, pero ese ruido extraño tiene a todos asustados.

—¡Cómo me gustaría ir a Florida y resolver ese misterio! —murmuró Pete.



—Y de paso podríamos traer conchas para venderlas en el Centro Comercial, papá —sugirió el pelirrojo Ricky.

—Buena idea —aplaudió Charlie, con una amplia sonrisa—. Podríais venir y vivir en mi casa. Es muy sencilla y primitiva.

—¡Ojalá pudiéramos ir! —exclamó Holly.

—¿No sería posible? —preguntó el semínola, mirando a los señores Hollister.

—Podríamos aprovechar para tomarnos unas vacaciones, John —dijo, risueña, la madre.

El semínola sugirió que la familia fuese a hospedarse al hotel Playa del Pelícano, situado a unas treinta millas al norte de su casa.

—Yo iría a recogerles allí para llevarles a mi casa.

—Vayamos, si os parece —dijo el señor Hollister.

Los niños, entusiasmados, besaron y abrazaron con tal fuerza a su padre que estuvieron a punto de hacerle caer al suelo.

—¡Eres un sol, papito! Te quiero mucho, mucho —dijo Holly, rodeando con ambos brazos el cuello de su padre.

Se acordó que, dentro de una semana, se encontrarían con «Rabo

de Tigre» en Playa del Pelícano. En aquel momento, por el camino del jardín entró Joey Brill, pedaleando en su bicicleta. Era casi totalmente de noche y llevaba el faro encendido.

—¡Nos vamos a Florida! —le notificó a grititos la pequeña Sue.

—¡No! ¡No se lo digas! —advirtió Pam.

Pero ya era demasiado tarde, pues Joey lo había oído y contestó:

—¡Eso no es nada! Yo también me voy a Florida.

—¿Cuándo? —preguntó Pete, acercándose al chicazo.

—Dentro de una semana. Hemos ido allí de vacaciones cientos de veces.

Pete se preguntó si Joey estaría diciendo la verdad o hablaba sólo por presumir.

—Aquí están vuestros estúpidos caracoles —dijo Joey, mostrando un cucurucho de papel marrón.

Pete lo tomó y buscó dentro.

—¡Ufff! —gritó, sacando la mano a toda prisa.

EL ARPÓN MISTERIOSO



Mientras Joey Brill escapaba, corriendo, Pete soltó el cucurucho de papel. Adherido a su dedo corazón tenía una tortuguita. Un momento después, el animalito caía al suelo.

—¡Qué bromas tan pesadas! —exclamó Pam, indignada.

Ricky tomó a la pequeña tortuga y se acercó al embarcadero, para echarla al agua. Entre tanto, Pete volvía a mirar con precaución el interior del cucurucho. Todos los caracoles estaban dentro.

—Por lo menos no nos hemos quedado sin los caracoles —dijo, marchando a casa.

La señora Hollister le examinó el dedo, sin encontrar más que un pequeño arañazo en el que aplicó un desinfectante.

—Menos mal que no ha sido el mordisco de una tortuga gigante —bromeó Charlie—. ¡Ya las veréis! Hay algunas tan grandes, que un niño podría montar como a caballo en sus caparazones.

Algo más tarde, el señor Hollister telefoneó al hotel de la Playa del Pelícano para reservar habitaciones. Dijo al director que llegarían dentro de cuatro días.

—Iremos en avión y alquilaremos un coche cuando lleguemos

allí —decidió el señor Hollister.

A la mañana siguiente, muy temprano, ya estaba la embarcación montada sobre el transportador y los Hollister dijeron adiós a su nuevo amigo.

—Nos veremos dentro de una semana —les dijo Charlie— y podréis trabajar de firme en los dos problemas. A no ser —añadió con un guiño— que yo haya sorprendido a todos los cazadores furtivos, para entonces.

—¡Pues no lo haga! —pidió Ricky, suplicante—. ¡Nosotros queremos ayudarle, Charlie!

—No os preocupéis —le tranquilizó el indio—. Ni siquiera con esta embarcación tan rápida va a serme fácil atraparles.

Diciendo adiós a todos con la mano, Charlie condujo su camioneta con el remolque, a la calle, y pronto desapareció de la vista.

—Tendremos que llevar un regalo para Clementina —sugirió Pam, cuando regresaban a la casa.

—¿Podríamos regalarle una muñeca del Centro Comercial, papá? —preguntó Holly.

—De acuerdo —asintió el padre—. Vosotras, las niñas, venid esta mañana a la tienda para escogerla.

—Gracias, papá —dijo Pam—. Nosotras le haremos un equipo de ropa.

Al cabo de una hora, las hermanas Hollister ya habían escogido una bonita muñeca rubia y estaban muy ocupadas cortando un vestido y un sombrero azul para adornarla.

Toda la familia estaba muy nerviosa y hacía apresuradamente preparativos para su visita a las Everglades.



El sábado, Pam y Holly ayudaron a su madre a limpiar la casa y aprovecharon algún rato libre para concluir el equipo de la muñeca. Cuando lo acabaron, guardaron los vestidos y la muñeca en la maleta de Pam.

El domingo, después de ir a la iglesia, Ricky fue a curiosear en la habitación de Sue.

—¡Pero si estás guardando tantas cosas como si fueras a estar fuera un año!

Por todas partes había cajas abiertas y la cama se hallaba llena de vestidos. También se veían montones de muñecas viejas y varias pulseras y collares de bisutería. Además, Sue tenía preparado el pequeño brazalete de oro que se llevaba a todas partes.

—Las chicas necesitamos muchas cosas —contestó la pequeñita, levantando dignamente la barbilla—. Los chicos sois diferentes.

Aquella tarde los niños dejaron sus animalitos con algunos de sus mejores amigos, quienes prometieron cuidarles bien, y el señor

Hollister se puso de acuerdo con sus empleados para que atendiesen la tienda durante su ausencia.

En la mañana de la marcha, Sue lucía su pequeño brazalete. El señor Hollister llevó a la familia al aeropuerto en la furgoneta y dejó luego ésta en el aparcamiento, para recogerla al regresar.

El viaje aéreo hacia el sur fue tranquilo y rápido. Cuando el avión aterrizó en el gran aeropuerto, el señor Hollister alquiló un coche. Muy pronto estuvo toda la familia en el nuevo vehículo, devorando kilómetros de la carretera principal, camino de la Playa del Pelícano.

—¡Qué arenosa y qué llana es Florida! —se admiró Holly.

Por fin, se detuvieron en los terrenos que rodeaban el hotel y Pam exclamó:

—¡Es un sitio precioso!

Estaban ante un edificio blanco, de tres pisos, desde donde podía contemplarse el Golfo de México. La estrecha playa tenía resplandecientes arenas blancas y en el extremo más lejano del agua había una hilera de conchas marinas.

Entre la orilla del agua y el hotel había mesas para jugar al tejo y una piscina de agua dulce. Detrás del edificio, se veía un gran campo de golf.

En cuanto la familia estuvo en sus habitaciones, los niños se apresuraron a ponerse los trajes de baño y corrieron a la playa.

—¡Mirad qué azul es el Golfo de México! —exclamó Pam, mientras se humedecía los pies en las aguas tibias y onduladas.

—¡Y qué calmada está la mar, canastos! —añadió Ricky.

—El agua está calentita —observó Sue, entre risillas, cuando una pequeña ola le acarició los pies.

—Pero, Sue, no debiste traer el brazalete —dijo Pam—. Anda, dámelo para que te lo guarde.

—Yo lo cuidaré bien —dijo la chiquitina, alejándose de los demás.

Separándose un trecho de la orilla, se puso de rodillas y empezó a hacer un castillo de arena.

Los Hollister chapotearon en las tranquilas aguas, jugaron en la arena y recogieron conchas marinas, en cubos de plástico que el hotel proporcionaba a sus huéspedes.

Otros varios niños y algunas personas mayores también disfrutaban de la playa y del cálido sol.

—¡Florida es estupenda! —declaró Ricky con entusiasmo.

—Pero acordaos de que hemos venido aquí a resolver un misterio —le recordó Pam.

—Es verdad. Y tendremos que empezar a trabajar en ello —asintió Pete—. No podemos pasarnos el tiempo jugando.

El mayor de los Hollister se dio un nuevo chapuzón y, al salir del agua, oyó llorar a Sue.



—¿Qué te pasa, guapa? —le preguntó—. ¿Te ha mordido alguna tortuga gigante?

—Se me ha perdido la pulserita.

—A lo mejor se la ha llevado un pez —bromeó Ricky.

Pero esto hizo llorar a Sue con más desespero.

En ese momento, pasó junto a los Hollister una niña de unos quince años, con un traje de rayas de colores igual que un caramelo, que iba buscando conchas marinas.

—Yo conozco a alguien que puede ayudaros —dijo—. Id a ver a tío Dan, el hombre mágico.

—¿Es un mago? ¿Y puede hacer que las cosas aparezcan? —preguntó Pete, poco convencido.

La niña contestó que tío Dan era un pescador retirado, que vivía

en una casita de campo, a poca distancia, playa abajo. Y que poseía un detector de metales.

—Encontrar cosas perdidas es su diversión y le alegrará poder ayudaros.

La niña señaló el lugar en que estaba la casita y Pete se encaminó allí, acompañado de Holly y Ricky. Pam se quedó cuidando de Sue.

Cuando se acercaron a la casa, Pete apretó más el paso y subió las escaleras de madera de dos en dos. En seguida llamó a la puerta y salió a abrir un hombre de edad, robusto y de sonrosadas mejillas.

—¿Es usted tío Dan, el hombre mágico? —preguntó Ricky.

—Yo soy. ¿Se os ha perdido algo?

Cuando Pete le habló del brazalete de Sue, tío Dan repuso:

—Os ayudaré, pero antes entrad. Os enseñaré las cosas que tengo aquí.

Los niños entraron en una salita y a un lado vieron una mesa larga. Sobre ella pudieron ver cientos de artículos, incluidas navajas, pequeñas joyas, botones, encendedores y otras cosas hechas de metal.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Dónde encuentra usted todo esto?

—¿Se dedica usted a venderlo? —preguntó Pete.

Tío Dan respondió que no. A veces los conservaba meses y meses, hasta que los propietarios iban a reclamar aquellos objetos.

—Pero hay cosas que nadie reclama —concluyó tío Dan.

Los niños contemplaron aquellos tesoros, mientras tío Dan entraba en otra habitación. Pronto volvió a salir, llevando una larga vara metálica. Unido a uno de los extremos se veía un disco redondo de metal. Un cable unía la vara a los auriculares que llevaba el hombre en su cabeza.

—Vámonos. Buscaremos ese brazalete —dijo tío Dan.

Holly avanzaba a saltitos por la playa, al lado de tío Dan, haciéndole cientos de preguntas sobre las cosas que él encontraba.

—¿Nunca ha encontrado usted oro de algunos piratas, o cañones y cosas así?

—Nunca he encontrado nada tan interesante —contestó el hombre, mientras se acercaba a donde aguardaban Sue y Pam.

Después que Pete le hubo presentado a las dos niñas, tío Dan se ajustó bien los otófonos y movió el disco de metal de uno a otro lado, sobre la arena.

—¿Cómo sabe cuándo ha encontrado algo? —preguntó Pam.

El viejo pescador explicó que el detector hacía sonar en sus oídos un ligero tictac. Cuando había algún metal bajo la arena, ese tictac resultaba mucho más sonoro.

—¡Esperad! Aquí. Aquí se oye más ruido. Escarba por aquí, hijito.

Ricky rebuscó con ambas manos en la arena, lo mismo que un perro, buscando un hueso, hasta que sus dedos tropezaron con la cinta de un gorro de baño. Un extremo de dicha cinta llevaba un broche metálico.

—Falsa alarma —dijo tío Dan, sonriendo—. Pero no os preocupéis. Seguiremos probando.

Una y otra vez movió el detector, acercándose cada vez más al agua. Al cabo de un rato, tío Dan exclamó:

—¡Vaya! Aquí vuelve a sonar más fuerte.

Esta vez fue Holly quien escarbó en la arena. Y al cabo de un momento dejó escapar un grito.



—¡Aquí está! ¡Lo he encontrado! ¡Aquí está el brazalete!

—Seguramente se le resbaló del brazo a tu hermana y rodó hasta

la orilla del agua —calculó el hombre.

Todos los niños le dieron las gracias por su amabilidad. Cuando tío Dan regresaba hacia su casa, Holly corrió tras él para decirle, tímidamente:

—¿No podría probar yo ese detector, aunque sea sólo una vez?

—¿Te parece que una jovencita como tú será capaz de manejarlo?

—¡Claro! ¿No ve qué músculos tengo? —repuso Holly, doblando el brazo para enseñar al pescador sus poderosos bíceps.

—Realmente, parece que eres muy fuerte —admitió el hombre, sonriendo, y puso a la niña los auriculares.

Holly tomó el detector con las dos manos. Era muy pesado para ella, pero, con un esfuerzo, pudo arrastrarlo sobre la arena.

—Sólo oigo ruiditos chiquitines —declaró, levantando la cabeza hacia tío Dan—. ¡No, no! Ahora suena más.

Inmediatamente, dejó el detector y empezó a escarbar. En seguida encontró una reluciente moneda de diez centavos.

—¿Puedo quedarme con la moneda?

—Claro que sí, hija. El tesoro lo has encontrado tú —repuso, riendo, el pescador.

—A lo mejor encontraré el arca de un tesoro completo —dijo Holly, con ciertas esperanzas.

Muy contenta con su buena suerte, volvió a coger el detector y lo movió de un lado a otro, sobre la arena, hasta que llegó a un trecho de la playa a cuyos lados crecían dos pequeños cedros.

—Por ahí no encontrarás nada —advirtió tío Dan, llamando a la niña a gritos.

Mientras él decía esto, los ojos de Holly se fueron abriendo más y más, hasta parecer tan grandes como el mismo detector.

—¡La he encontrado! —gritó—. ¡He encontrado el arca del tesoro!

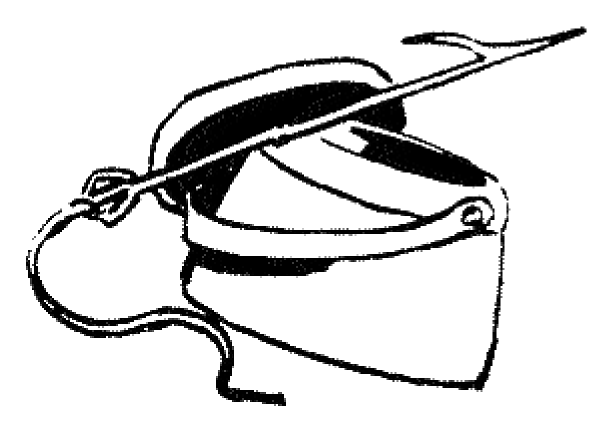
El hombre corrió a su lado. Los dos empezaron a remover la arena y Holly encontró, en seguida, una barra metálica cilíndrica. Tomándola, con las dos manos, tiró de ella para desenterrarla por completo.

—Pues no es ningún arca de un pirata —dijo, con desencanto.

Pero tío Dan dio un ligero silbido, antes de decir:

—Has encontrado algo muy importante, muchachita. Esto es el arpón de un cazador furtivo. ¡Debemos comunicárselo inmediatamente a la policía!

SÓLO PARA MUCHACHOS



—¡Ricky! ¡Pete! ¡Pam! —llamó Holly emocionadísima, sosteniendo en alto el arpón—. ¡Daos prisa! ¡He encontrado una pista importantísima!

—Calma, hijita —pidió tío Dan—. Esto es una prueba de que los cazadores furtivos han estado por aquí. La policía querrá que no se haga propaganda de este descubrimiento.

Los demás niños, oyendo los gritos de su hermana, avanzaron a toda prisa por la arena, para reunirse con Holly. Ella les dijo lo que había sucedido y tío Dan habló del puntiagudo arpón metálico. Dijo que, antes de dejar los huevos enterrados en la arena, las tortugas recorrían un largo trecho.

—Entonces, ¿no se sabe exactamente dónde van a dejar los huevos? —preguntó Pete.

—Eso es —respondió el viejo pescador.

—Pero ¿qué tiene que ver con eso el arpón? —preguntó, con extrañeza, Ricky.



Tío Dan contestó que los cazadores furtivos paseaban por las zonas en donde las tortugas dejaban sus huellas, hundiendo una y otra vez el arpón en la arena.

—Cuando la punta sale manchada de yema, saben que el nido está debajo.

—¡Qué horror! —murmuró Pam—. Entonces deben escarbar y roban los huevos.

—¡Qué malotes! —exclamó Sue, estremecida.

—¡Y las pobres tortuguitas bebés no llegan a nacer! —se lamentó, compasivamente, Holly.

—No. No nacen —concordó tío Dan—. Los ladrones venden los

huevos.

Ricky preguntó, con incredulidad:

—¿Acaso alguien se los come?

—Naturalmente —contestó tío Dan—. En otros tiempos, los dulces más delicados de Nueva Orleáns se preparaban con huevos de tortuga. Pero los ladrones robaban tantos huevos y mataban tantas tortugas, que estos animales se estaban extinguiendo. Por eso ahora están protegidos por la ley.

Pete y Pam se ofrecieron para ir a llevar el arpón a la comisaría y tío Dan les dio la dirección.

Los cinco hermanos volvieron a recoger sus cubos con caracolas y en seguida regresaron al hotel, donde encontraron a sus padres descansando a la sombra, en un tranquilo patio. Llena de orgullo, Holly les enseñó lo que había encontrado y les contó todo lo ocurrido.

—Habéis tenido un buen principio en este caso —sonrió el señor Hollister.

—Pero antes de empezar vuestros trabajos detectivescos, habrá que comer —advirtió la madre—. Id a vestiros.

Un cuarto de hora más tarde toda la familia estaba otra vez en el patio, saboreando unos estupendos bocadillos y bebiendo limonada helada. Cuando acabaron, Pete y Pam fueron a una caseta del campo de golf, donde habían visto alquilar bicicletas.

En cuanto tuvieron las que deseaban, Pete colocó el arpón sobre el manillar, y él y Pam se pusieron en camino de la comisaría, que se encontraba en el centro de la pequeña población.

La carretera se extendía durante más de un kilómetro a lo largo del campo de golf, antes de que la cruzase la calle mayor. Cuando los dos hermanos estaban a punto de hacer un viraje en aquel lugar, Pete oyó que, tras ellos, se acercaba un automóvil. En seguida, se apartó a un lado de la carretera, haciendo señas con la mano izquierda, para que el coche pasase.

El vehículo, un sedán blanco y negro, fue a situarse delante del niño, forzándole a apartarse de la carretera. Sorprendido, Pete bajó un pie a tierra y quedó con los ojos muy abiertos, mirando al coche. La portezuela delantera derecha se abrió y por ella salió un hombre. Era bajo, de piel muy curtida y llevaba un pañuelo atado alrededor

de la frente.

—¿De dónde habéis sacado ese arpón? —preguntó, ásperamente.

—Lo hemos encontrado en la playa —repuso Pete, mientras Pam iba a detener su bicicleta junto a la de su hermano.

—De modo que sois amigos de los cazadores furtivos, ¿no?

—No es nada de eso —protestó Pam, que intentaba ver al hombre que iba en el coche, en el asiento del conductor.

Pero el desconocido iba muy encogido tras el volante y el ala de su sombrero de paja le caía muy baja sobre la frente.

—Dámelo —exigió el hombre bajo.

—Pero si nosotros vamos a llevarlo a la comisaría… —contestó Pete, apartándose.

Sin más explicaciones, el hombre se apoderó del arpón y, al mismo tiempo, dio un empellón a Pete. El muchachito cayó al suelo y el hombre entró precipitadamente en el coche y cerró la puerta de golpe.

—¡Esperen! ¡Vuelvan! —gritó Pam.

Pero el automóvil viró en la esquina y, antes de que Pete hubiera podido ponerse en pie, ya había desaparecido.

—¿Has podido fijarte en el número de matrícula, Pam?

—Sí. Pero no puedo creerlo. Es una matrícula de indio semínola.

—Yo no creo que sean semínolas —contestó Pete, que estaba muy indignado—. Ven. Tenemos que ir a la policía.

Pedaleando tan aprisa como pudieron, los dos niños no tardaron en llegar al pequeño cuartelillo, de paredes estucadas, delante del cual dejaron las bicicletas. Entrando, cruzaron el suelo de mosaico, hasta un escritorio. Tras él se sentaba un joven con un pulcro uniforme de policía, desabrochado en el cuello. Llevaba muy bien peinado el cabello liso, de color castaño, y sus ojos grises tenían una amable expresión.

—Soy el sargento Reno —dijo—. ¿En qué puedo serviros?

—Nos han robado un arpón de los que usan los cazadores furtivos de tortugas —explicó Pete.

El oficial frunció el ceño.

—¿Y qué estabais haciendo vosotros con eso?

Pete y Pam contaron todo lo ocurrido desde que Holly encontró el arpón en la playa. Luego Pam habló de la placa de indio semínola

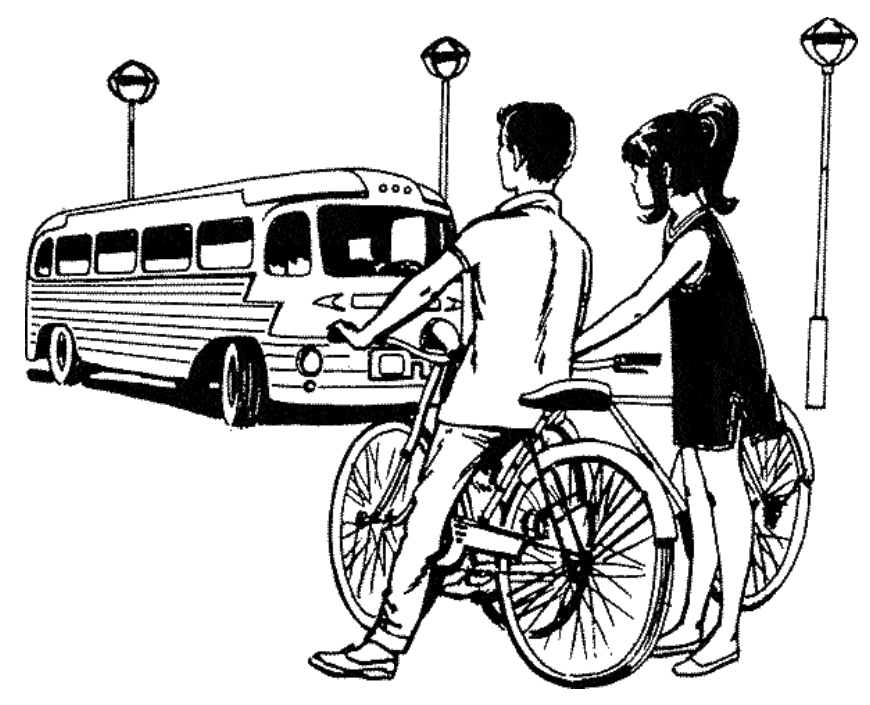
que llevaba el coche.

—Estoy enterado de eso —dijo el sargento Reno—. Ya nos han informado sobre el robo de ese coche.

Sin dudar ni un momento, el sargento cogió su radio-teléfono para poner sobre aviso a los coches patrulla.

—Muchas gracias por vuestro trabajo de grandes detectives — dijo a los niños.

—Si detienen ustedes a esos hombres, ¿nos lo comunicarán? — preguntó Pete.



Luego, dio las señas de su hotel al policía, y él y Pam se marcharon. Cuando estaban a punto de montar en sus bicicletas, se fijaron en un gran autobús amarillo, aparcado a un lado del edificio. En grandes letras negras podía leerse: «Comisarios Juveniles».

—¡Comisarios Juveniles! —se admiró Pete—. Nunca había oído hablar de eso.

—¿Crees que será algo como nuestro Club de Detectives de Shoreham?

—Vamos a averiguarlo —decidió Pete.

Y los dos hermanos volvieron a entrar en la comisaría. El oficial Reno les explicó que había seiscientos niños, de varios cursos de las escuelas, apuntados como ayudantes juveniles de sheriff.

—Estos niños aprenden las leyes del condado, celebran meriendas y juegos de pelota y, además —añadió el sargento, con una sonrisa—, a veces, hacen algún trabajo con la policía.

—¡Zambomba! ¡Qué estupendo! —exclamó Pete—. Entonces ¿van…?

La pregunta de Pete quedó cortada por la llamada del teléfono. El oficial contestó en seguida y al cabo de un momento concluyó:

—Buen trabajo. Tráelo aquí.

—¿Han detenido ya a esos hombres? —preguntó Pam.

El policía movió de un lado a otro la cabeza.

—No. Han encontrado el coche, pero los hombres han huido.

Pam quedó muy desconcertada.

—Pero usted ha dicho… —murmuró.

El sargento la interrumpió para explicar, con una sonrisa:

—Los policías de turno han encontrado algo que puede interesaros. Pero mantendré el secreto hasta que ellos vengan. Por cierto que nuestros comisarios juveniles celebrarán una reunión dentro de pocos minutos. ¿Por qué no os quedáis a verles?

—Gracias. Nos gustará mucho —dijo Pete.

Y él y Pam se sentaron, en silencio, en una banqueta. Pero al cabo de un rato decidieron esperar fuera. Atravesaron la puerta a tiempo de ver llegar el sedán blanco y negro.

Cuando los dos hermanos se acercaban a la acera, salió otro joven oficial, muy alto y de rostro delgado.

—Me llamo Hilton. ¿Vosotros sois los niños que habéis venido a hacer una denuncia?

Cuando Pete contestó que sí, el policía abrió la portezuela posterior del coche, buscó dentro y sacó una brazada de brillantes pieles.

—¡Pieles de cocodrilo! —exclamó Pam con asombro.

—Ésta era la sorpresa —dijo el sargento Reno, que acababa de salir de la oficina.

—Una buena prueba de que los fugitivos son cazadores furtivos —añadió el oficial Hilton, quien luego explicó que el matar

cocodrilos para negociar con su piel estaba prohibido en Florida.

—La mayoría de nuestros pájaros y otros animales tienen que ser protegidos por la ley. Hay demasiados cazadores que los matan.

—Este coche ha sido robado en un campamento indio del sur de las Everglades —dijo el sargento.

—Puede que esos ladrones sean parte de la banda que está buscando Charlie «Rabo de Tigre» —opinó Pam.

Al oír aquello, el oficial Hilton exclamó:

—¿Charlie «Rabo de Tigre»? ¿Le conocéis?

Pete, sonriendo, repuso que sí le conocían. Pero, antes de que pudiera explicar la visita de Charlie a Shoreham, para comprar el motor a propulsión, por la calle llegó, corriendo, un grupo de chicos que reía alegremente y saludó a los dos policías. Todos llevaban pantalones cortos y blusones blancos con unas letras en la pechera, que decían: «Comisario Juvenil».

—Son simpáticos —opinó Pete.

—Pete, Pam —dijo el oficial Reno—. venid. Voy a presentaros a estos muchachos. Aquí están tres tenientes: Bud Lardnes, Alf Cohen y Wyn Gillis.

Bud era un chico alto y huesudo, cubierto de pecas. Alf, de piel muy clara y pelo oscuro, tenía una simpática sonrisa y Wyn era un pelirrojo robusto, de mandíbula cuadrada.

Pete estrechó la mano a cada uno de los chicos y Pam les sonrió tímidamente.

—He hablado a Pam y a Pete de nuestros comisarios juveniles —dijo el oficial—. A mí me parece que Pete es un buen candidato. Acaba de ayudarnos a localizar un coche robado.

—Pam ha ayudado, también —dijo Pete.

—Pero no tenemos ninguna chica entre los comisarios juveniles —explicó Bud, disculpándose.

—Había una. ¿No os acordáis? —dijo Wyn—. La nombramos miembro honorario porque salvó a un niño en el Golfo.

—¿Por qué no llenas una solicitud para unirte a nuestro grupo, Pete? —invitó Alf.

—¿También Ricky puede ser socio? —preguntó el mayor de los Hollister.

Cuando recibieron el permiso para ello, Pete y Pam entraron en

el edificio y llenaron dos solicitudes. Estaba Pete entregándoselas al sargento Reno, cuando entró otro hombre uniformado. Se lo presentaron a los niños diciendo que era George Mark, un empleado de conservación zoológica.

—He sabido que vosotros habéis encontrado un arpón —dijo el recién llegado, dirigiéndose a los niños—. ¿Podéis decirme exactamente dónde?

Cuando Pete se lo hubo explicado, el señor Mark dijo que pensaba hacer guardia aquella noche por la orilla del agua, en su embarcación, por si volvían los cazadores furtivos.

—Nosotros podríamos ayudar a hacer guardia en la playa —propuso Bud Lardnes—. ¿Vendrás con nosotros, Pete?

—Claro que sí. ¿Cuándo?

Se acordó que Bud, Alf y Wyn irían a buscar a Pete y Ricky hacia las nueve de la noche, es decir, cuando empezase a anochecer.

—Conoceréis mi embarcación porque haré parpadear la luz dos veces —dijo a los chicos el señor Mark.

Pam estaba muy desencantada, pero no dijo nada hasta que ella y Pete volvieron a estar pedaleando, camino del hotel.

—Esos chicos eran simpáticos —murmuró—, pero a mí me gustaría que tuviesen chicas «comisario».

—A lo mejor te hacen miembro honorario —contestó Pete, queriendo consolar a su hermana.

Pero Pam, sonriendo, repuso:

—¡No he hecho nada de tanto mérito como para eso!

Al poco rato estaban devolviendo las bicicletas en la caseta, cuando Pam exclamó:

—¡Mira! Papá y mamá están jugando al golf.

Pete volvió la cabeza y vio a sus padres al fondo del campo. La madre acababa de golpear la pelota ruidosamente. La pequeña bolita rodó con fuerza y se perdió de vista entre el césped.



—También ellos se están divirtiendo y dejan que nosotros seamos los detectives —bromeó Pete.

Riendo alegremente, Pam marchó con su hermano hacia la fachada del hotel que quedaba frente al Golfo de México. Cerca del patio con mesas dedicadas a juego, a la sombra de dos grandes palmeras, había una mesita diminuta y dos sillitas en las que estaban sentadas Sue y Holly.

—Están muy interesadas haciendo algo —observó Pam—. ¿Qué será?

Los dos hermanos mayores se acercaron a las pequeñitas. Sue levantó la vista, apartándola de la mesa que estaba cubierta de pequeñas conchas.

—Le estamos haciendo unos pendientes a mamita —anunció, entusiasmada.

—Mamá nos ha comprado todo esto —añadió Holly, también apartando por un momento la vista de su trabajo.

En la mano izquierda sostenía dos placas negras para pendientes y en la derecha un tubo de cola. Sue se ocupaba en escoger minúsculas conchas blancas para que su hermana las pegase en las placas pendientes.

—¿Dónde está Ricky? —preguntó Pete.

—Está buscando pies de león —dijo Sue, con un suspiro de condescendencia hacia su travieso hermano.

—Son zarpas de león —corrigió Holly, que en seguida se mordió la lengua, mientras apretaba con fuerza el tubo de cola.

Pero no salía nada. Decididamente, la mano gordezuela de Holly aplastó con fuerza el tubo y… ¡Plaf! Una gran bola de cola salió por la parte inferior del tubo y salpicó todas las bonitas conchas. A toda prisa soltó la niña el tubo y procuró quitar con las manos el pegajoso producto que cubría las conchas. Pero no consiguió más que quedar con todos los dedos llenos de conchas.

—No toques… —empezó a decir Pam.

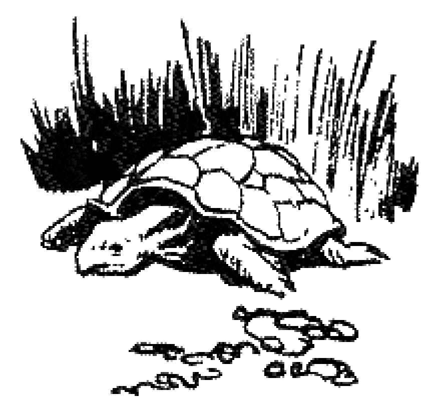
Pero aún no había terminado de hablar cuando también las manecitas de Sue habían caído sobre las conchas llenas de cola. Y también la chiquitina quedó con los dedos cubiertos de conchas.

Las dos pequeñas se pusieron de pie, sacudiendo violentamente las manos. Sin saber qué hacer, Holly acabó agachándose para frotar sus manos en la arena.

—¡No hagas eso! —le advirtió Pam—. Aún será peor.

Con los ojitos llenos de lágrimas, Holly se levantó muy aturdida. Al hacerlo, tropezó con la mesa. Ésta se ladeó y… ¡una curiosa fuente de conchas cubiertas de cola fue a caer sobre el vaporoso vestido rosa de Sue!

LA EQUIVOCACIÓN DE RICKY



—¡Huyyy! —chilló Sue, mientras las pegajosas conchas resbalaban por su espalda.

En seguida empezó a arquearse como un arco y, al mismo tiempo, sacudía las manos, elevadas hacia el cielo.

—¡Canastos! ¿Qué es esto? ¿Algún baile? —preguntó Ricky, que llegaba corriendo desde la playa.

—No es cosa de risa —contestó Pam, añadiendo—: ¡Holly, Sue, venid conmigo sin tocar nada!

Las dos pequeñas siguieron a su hermana hasta la caseta del campo de golf. Allí, Pam preguntó al empleado si tenía algún líquido limpiador adecuado.

—Claro que sí. El que uso para limpiar las bolsas de golf —repuso el empleado, que, al fijarse en Sue y Holly, añadió con sorpresa—. ¡Caramba! ¿Quién ha adornado así a estas niñas?

—No ha sido más que un accidente —respondió Holly, muy apurada.

El hombre llevó el líquido ofrecido, del cual vertió Pam un poco en un paño, y en unos momentos tuvo a sus hermanas libres de las pegajosas conchas marinas. Estaba ya concluyendo cuando, al

levantar la vista, Pam vio aproximarse a sus padres.

—Hay que darse prisa, niñas —dijo la mayor de las hermanas.

—No os preocupéis, que yo no diré nada —aseguró, amablemente, el empleado.

—No es eso —contestó Pam—. Es que todavía tenemos que hacer unos pendientes de caracolas.

Las niñas dieron las gracias a toda prisa, y volvieron a la mesita en donde Sue y Holly habían estado trabajando. Pete había arreglado el tubo de cola, mientras Ricky recogía los caracoles sucios.

—Todavía quedan muchos con los que se puede trabajar —observó Pam.

Esta vez las niñas manejaron la cola con mucho cuidado y en poco rato tuvieron hechos un par de delicados pendientes de conchas blancas y rosas. En seguida, fueron al cuarto de Pam para dejarlos secar al sol, en el antepecho de la ventana, y se cambiaron de vestido para cenar.

Antes de entrar en el comedor, las tres hermanas fueron a la tienda de regalos del hotel, donde el dependiente les dio una cajita y un poco de esponjoso algodón. Allí colocaron los pendientes que entregaron a su madre cuando todos estuvieron sentados a la mesa.

—¡Oh, qué bonitos! ¡Qué delicados! —exclamó la señora Hollister, al tiempo que se inclinaba para examinar las manecitas rosadas de Sue—. Y no os habéis manchado ni un poco con la cola.

Al oír aquello a Holly le entró risa y tuvo que taparse la boca con la servilleta, mientras Pam, para no tener que contestar, se quedó mirando fijamente el candelabro de la mesa. A Sue le brillaban los ojos y se le formaron en seguida los graciosos hoyuelos de las mejillas, pero no dijo una palabra. Y cuando Ricky se disponía a hablar, Pete se apresuró a referirse a otra cosa muy distinta a lo de los pendientes.

—Esta noche iremos a hacer guardia a la playa —dijo el hermano mayor, explicando luego cómo se habían inscrito como comisarios juveniles.

Holly anunció al momento:

—Yo también quiero ir. Soy muy buen detective.

—En Shoreham, puede que sí —replicó Ricky, dándose mucha

importancia—, pero, en Florida, esto es trabajo de hombres.

—Me imagino que será algo muy peligroso —intervino el señor Hollister, haciendo un guiño a Pam—. Creo que por esta noche será mejor dejar el trabajo a los muchachos.

Toda la familia fue a dar un paseo por un trecho asfaltado, a orillas del agua, hasta que oscureció. Cuando la luna empezó a asomar ligeramente, entre las nubecillas, la señora Hollister dijo:

—Vámonos, niñas, y dejemos que los chicos se encarguen de detener a los cazadores furtivos.

En aquel momento, viendo llegar a Bud, Alf y Wyn, Pete sonrió afablemente, mientras Ricky hacía un marcial saludo. Cuando los tres comisarios recién llegados fueron presentados a los demás Hollister, los cinco muchachos se alejaron por la arena de la playa.

—Escuchad, compañeros —dijo Wyn, cuando iban de camino—. He pensado cómo atrapar a los cazadores.

—¿Cómo? —preguntó Pete.

—Dejando en la arena las huellas de una falsa tortuga.

—¡Qué gran idea! Pero ¿cómo haremos las huellas? —quiso saber Pete.

—Arrastrando nuestros pies —replicó Alf—. Bud, Wyn y yo hemos estado practicando antes.

Habían recorrido casi medio kilómetro de playa, cuando Pete vio un tupido bosquecito de palmeras.

—Ahí veo un sitio donde podemos escondernos —anunció—. ¿Podemos empezar ya las huellas de tortuga?

—Buena idea —asintió Alf Cohen.

Los chicos se acercaron a la orilla del agua y desde allí empezaron a avanzar arrastrando los pies, formando amplios círculos, camino de la parte alta de la playa.



—En la oscuridad, esto engañará a los ladrones —opinó Bud Lardnes—. Vamos. Ahora nos esconderemos.

Los cinco muchachos penetraron en el bosquecillo y se tendieron en el suelo, boca abajo, con la cabeza apoyada en los brazos. Todo permanecía silencioso, si se exceptuaba el canto de los grillos y la brisa que soplaba entre las frondosas palmeras.

Pete paseaba constantemente la vista por las oscuras aguas.

—Me parece que esta noche no va a venir nadie —se lamentó Wyn.

—¡Un momento! ¡Mirad! —dijo Pete a media voz, señalando hacia la arena, donde parpadeaba una lucecilla.

—¿Brilla en la orilla o en el agua? —cuchicheó Bud.

—No lo sé —repuso Wyn—. Pero se está acercando.

Los muchachos atisbaron atentamente, entre la arena, la luz que se acercaba. De nuevo volvió a parpadear.

—A lo mejor es la señal del señor Mark —dijo Bud.

—O puede que sea la luz de una barca, oscilando entre las olas —razonó Pete.

De repente, un proyector brilló en la arena. Los chicos hundieron la cara en el suelo, sin atreverse a levantar la vista hacia la cegadora luz de una embarcación que estaba muy cerca de la orilla.

Entonces se oyó una voz muy queda. Se apagó la luz y hasta los oídos de los muchachos llegó el ruido de una quilla al chocar en la orilla. Los jóvenes detectives vieron brillar otra luz, cuando una oscura silueta examinó las falsas huellas de tortuga. En aquel momento, Ricky exclamó:

—¡Ésa es nuestra señal! —Y poniéndose en pie, el pecoso dijo a gritos—: Señor Mark, estamos aquí. ¿No ha encontrado usted a nadie?

—¡Zambomba! —masculló Pete con voz ronca—. ¡Ricky, vuelve aquí!

Pero el impulsivo pequeño ya había recorrido un buen trecho de la arena.

—¡Es una trampa! —gritó una voz de hombre.

—¡De prisa! Podremos escapar —contestó otro hombre.

Ahora todos los chicos corrieron hacia la orilla del agua, pero no lograron alcanzar a los hombres, que empujaron la embarcación hasta el agua, pusieron el motor en marcha y se perdieron en las sombras.

—Buena la has hecho, Ricky —rezongó Pete, disgustado.

—Pero… pe…

—Comprendemos que creíste que era la señal del señor Mark —dijo Wyn—, pero debiste esperar a que decidiéramos nosotros.

Brillaba la luna a través de una nubecilla y podía verse perfectamente la expresión tristona del rostro de Ricky.

—No te apures tanto —le dijo, amablemente, Bud—. Todos nos equivocamos, a veces.

—Pero no en cosas tan serias como ésta —murmuró el pelirrojo y, malhumorado, dio un puntapié en la arena húmeda.

En silencio, los chicos volvieron al hotel. Cuando llegaron al paseo asfaltado oyeron el sonido de una motora en las aguas del Golfo. Se encendió una luz que se apagó y encendió por segunda

vez, para apagarse definitivamente.

—Apuesto algo a que éste sí es el señor Mark —dijo Pete.

Los muchachos se encaminaron a la orilla del agua, al mismo tiempo que se aproximaba la embarcación hacia ellos. Por fin la motora se detuvo y el señor Mark saltó a tierra.

—He localizado a alguien, hace un rato, pero se me escaparon de las manos —dijo el hombre.

—Eran los ladrones. Seguro —dijo Alf, apretando los labios—. También a nosotros se nos han escapado.

—Bien… Tendremos que probar otra vez, muchachos —contestó el señor Mark—. Gracias por vuestra ayuda.

Después que la motora hubo desaparecido, los tres jóvenes comisarios se despidieron.

—Puede que mañana nos veamos —dijo Pete.

—Muy bien. Buenas noches —contestó Wyn, antes de marchar.

Los dos hermanos Hollister se dirigieron de puntillas a su habitación. Pero, en cuanto sonaron sus pisadas en el vestíbulo, por la puerta de la habitación de Pam asomaron tres cabezas.

—¿Habéis atrapado a los malotes? —preguntó Sue.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron Pam y Holly a un tiempo.

Ricky agachó la pelirroja cabeza, muy mohíno. Luego, indignado consigo mismo, exclamó:

—¡Lo he estropeado todo! Hasta Sue sería mejor detective que yo.

Atropelladamente explicaron los dos chicos lo que había ocurrido. Al acabar, Pete preguntó:

—¿Dónde están papá y mamá?

Pam dijo que sus padres habían salido a dar un paseo por la playa.

—No sé cómo no les hemos visto al venir —comentó Pete—. Buenas noches.

Los dos niños quedaron dormidos en cuanto apoyaron la cabeza en la almohada. No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando, al sentir que una mano se apoyaba en su hombro, Pete se sentó en la cama de un salto.



—No ocurre nada, Pete. No te asustes —le estaba diciendo su padre.

—¿Qué… qué pasa, papá? —preguntó Pete, mientras su madre encendía la luz.

Ricky abrió los ojos y se frotó los párpados repetidamente con el revés de la mano.

—Hay algo que me gustaría que vierais —dijo la señora Hollister —. Iré a despertar a las niñas.

—¡Canastos! ¿Qué es? —preguntó el pecoso.

—¡Una tortuga! ¡Una tortuga gigante! —contestó el señor Hollister—. ¡Está caminando por la playa para ir a dejar los huevos!

UN DESAGRADABLE VISITANTE



Al enterarse de la novedad sobre la tortuga gigante, las niñas se sintieron tan interesadas como los chicos.

—Yo quiero hacer una caricia a la tortuguita, mamá —declaró Sue, mientras se ponía unos pantalones cortos.

—¿Qué pasará si los ladrones furtivos llegan allí antes que nosotros? —preguntó, muy preocupada, Pam.

Pero su madre le repuso que el señor Mark estaba allí, vigilando. También él había visto la tortuga y se había ocultado cerca para ocuparse de que el animal pudiera regresar sin novedad al Golfo.

Después de vestirse apresuradamente, los niños salieron con sus padres y echaron a andar por la arena.

—Ahí está el señor Mark —dijo, al cabo de un rato, el padre.

Y señaló el oficial, agazapado a la sombra de un pequeño malecón hecho de troncos, hundidos en la arena. El señor Mark volvió entonces la cabeza para saludar a la familia con sólo un gesto.

—Yo no veo ninguna tortuga —protestó Holly, en un susurro.

El señor Mark señaló el límite de la marea alta y dijo, en voz bajísima:

—Ahora está escarbando. Vigilad con atención.

En ese momento, por detrás de unas nubes apareció la luna, iluminando la blanca arena con su fantasmal y ligero resplandor.

—Ya la veo —dijo Pam.



A unos sesenta metros de la orilla, los niños pudieron distinguir el contorno de la tortuga más grande que habían visto en toda su vida. Con las aletas, el animal cavaba un hoyo y arrojaba arena en todas direcciones.

Los cinco hermanos empezaron a murmurar preguntas todos a un tiempo.

—¿Qué profundidad tendrá el hoyo? —quiso saber Pete.

—¿Y cómo son de grandes los huevos? —añadió Holly.

—¿Cuántos pondrá? —preguntó Pam.

—Haced las preguntas de uno en uno, por favor —pidió el señor Mark, sonriendo.

Y, en cuchicheos, explicó a los niños que el agujero tendría unos sesenta centímetros de profundidad.

—Es más estrecho por arriba que en el fondo —añadió, aclarando que la tortuga pondría aproximadamente doscientos

huevos—. Y tienen la medida de pelotas de ping-pong.

—¿Botan bien? —preguntó Sue.

—Ya lo creo —replicó el señor Mark—. Por casualidad se me cayó una vez uno, en la arena húmeda, y rebotó.

—¿Eso es verdad? —se cercioró Holly.

—Absolutamente verdad.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Huevos que rebotan!

Pete señaló un trecho de la arena húmeda, diciendo:

—Ahora puedo ver las huellas que ha dejado la tortuga.

Los ojos del muchacho, acostumbrados a la semioscuridad, podían ver perfectamente el rostro dejado por el animal, antes de desaparecer en el nido que había abierto para los huevos.

—Ahora tendremos que esperar a que ponga los huevos.

Pasaban los minutos y Sue empezó a cabecear. El señor Hollister tomó en brazos a la pequeñita, que pronto quedó dormida.

Al cabo de tres cuartos de hora de silencio, roto tan sólo por los cuchicheos de los niños, se oyó de pronto exclamar a Pam:

—¡Ya sale!

Por el agujero abierto en la arena apareció la cabeza de la tortuga, que estuvo moviendo su largo cuello de un lado a otro, durante unos momentos. Luego, aparecieron sus aletas y, al fin, el gigantesco cuerpo emergió del nido.

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó Holly, viendo que las aletas de la tortuga volvían a ponerse de nuevo al trabajo.

Esta vez lo que hizo fue empujar la arena hacia el agujero, hasta volver a cubrirlo. Luego, la tortuga empezó a moverse en círculos dejando mil huellas en la arena, para que nadie pudiera saber exactamente dónde estaban los huevos que acababa de poner. Al fin, la enorme criatura se encaminó a la orilla y desapareció entre las olas.

—¡Caramba! ¡Hemos tenido una gran demostración! —dijo la señora Hollister, poniéndose en pie.

—La arena ha quedado llena de huevos y yo lleno de calambres, por causa de esta postura —rió el señor Hollister, mientras se erguía, con la dormida Sue en sus brazos.

—¿Estará el nido a salvo, ahora? —preguntó Pam, mientras regresaban al hotel.

El oficial de protección zoológica contestó que, a veces, los mapaches encontraban los huevos y se los comían. Y añadió:

—Mañana por la mañana rociaré el nido con un líquido que disimulará el olor de la tortuga.

Toda la familia, incluyendo los padres, durmió hasta muy tarde, aquella mañana. Pam se despertó al oír una llamada en la puerta de sus padres, y luego la voz del botones que decía:

—Un telegrama para el señor Hollister.

Poniéndose a toda prisa la bata, Pam salió de su habitación. Ya todos los demás se habían despertado y rodeaban al padre, que estaba abriendo el telegrama.

—Es de Charlie «Rabo de Tigre» —anunció el señor Hollister, empezando a leer—. «A los Hollister. Estoy en un apuro. Esperen a Clementina. Cuiden de ella».

—¡Zambomba! ¿Qué querrá decir esto? —se preguntó Holly—. Pobre señor «Rabo de Tigre», tan bueno como es…

Estuvieron haciendo mil suposiciones sobre aquel incomprensible telegrama y Pam dijo:

—A lo mejor Clementina nos explicará algo más cuando venga.

—Es posible —asintió la madre—. Hay que tener paciencia y esperar.

Después del desayuno, Pete y Ricky se dispusieron a ir a la comisaría para hacer el juramento de comisarios juveniles.

—Así podremos llevar los blusones con el nombre bordado —dijo Ricky, mirando significativamente a su madre.

—Ah. Ya sé a lo que te refieres —dijo la señora Hollister, abriendo el bolso—. Aquí tenéis dinero, Pete. Comprad uno para cada uno.

Los dos hermanos dieron las gracias a la señora Hollister y fueron a la caseta donde alquilaban bicicletas.

Avanzaron por la carretera que bordeaba el campo de golf, tomaron, luego, la calle mayor, y pronto se detuvieron ante la comisaría. Allí se encontraron con sus tres nuevos amigos y varios comisarios más.

—Todo arreglado —anunció Bud.

—Entrad —les invitó Alf.

—El sargento Reno os tomará juramento —dijo Wyn, tomando a

Pete por el brazo, mientras entraban en el edificio.



—Buenos días, Ricky y Pete —saludó el oficial de policía—. Acercaos y os tomaré juramento.

De repente, a espaldas de los dos Hollister sonó una voz brusca, diciendo:

—¿Cómo puede ser eso? ¡Esos chicos no pueden ser comisarios!

Pete y Ricky casi no podían creer lo que estaban oyendo sus oídos. Aturdidos, giraron sobre sus talones y se encontraron… ¡frente a Joey Brill! El camorrista sonrió con desprecio, mientras daba un paso al frente.

—Yo he venido a Florida antes que estos chicos —dijo— y no soy comisario. De modo que ellos tampoco pueden serlo.

—¡Joey Brill! —exclamó Pete—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Ya te dije que vendría a Florida —dijo el camorrista—. Mis padres tienen amigos aquí.

El sargento Reno no estaba impresionado por las palabras agresivas del chicazo. Mirando con expresión divertida a Joey, preguntó:

—¿Has presentado ya tu solicitud?

—No. No he presentado nada.

—Entonces, ¿por qué te disgusta que hagan juramento los

hermanos Hollister?

—Porque siempre están molestándome.

—¡Eso no es cierto! —contestó Ricky, enojadísimo.

—No discutamos por eso —pidió el sargento Reno, mientras Bud, Alf y Wyn observaban todo en silencio—. Ahora, Pete y Ricky prestarán juramento. Adelantaos y levantad la mano derecha.

Con el ceño fruncido, Joey observó cómo el oficial pronunciaba el juramento, que los dos hermanos repitieron gravemente. Ambos prometieron apoyar la ley y comportarse como buenos deportistas.

Luego, el sargento Reno estrechó la mano a los dos chicos, y Wyn, Alf y Bud les dieron afectuosas palmadas en la espalda.

—¿Ahora ya podemos llevar las camisas blancas? —preguntó, impaciente, Ricky.

—¡Naturalmente! —repuso Alf—. Las tenemos aquí, en nuestro armario.

Después de hecha la compra, Pete se volvió a Joey Brill para decir:

—Espero que pases unas buenas vacaciones y no nos molestes.

—¡No os preocupéis! —contestó el camorrista, y salió de la comisaría con la rapidez de una flecha.

—¿Cómo sabría Joey que veníamos a prestar juramento? —preguntó Pete, extrañado.

—Uno de nuestros socios vive en la casa de al lado de donde está Joey —explicó Bud—. Se llama Tandy. Puede que él se lo haya dicho a Joey.

Al llegar al hotel, Pete y Ricky enseñaron, muy orgullosos, sus camisas de uniforme.

—Lo primero que haré —decidió la señora Hollister— es poner una cinta con vuestros nombres en la parte interior del cuello.

Rápidamente, la madre descosió de otras prendas la tira con el nombre de cada uno de sus hijos y lo cosió en las camisas.

—¡Canastos! ¡Qué bien está eso, Pete! —exclamó el pecoso—. Así no podemos perderlas.

Mientras los dos chicos volvían a probarse las camisas nuevas y se admiraban en un gran espejo, Pam, Holly y Sue se fueron a los alrededores de la piscina para jugar con las caracolas.

—Me parece que esto nos hará ser mejores detectives —declaró,

sentencioso, Ricky, pasando una y otra vez los dedos por el bordado que decía «**Comisario Juvenil**».

Pete, hinchiendo orgullosamente el pecho, contestó:

—Por lo menos, todo el mundo sabrá cuál es nuestro trabajo. Y ya has visto cuántos nuevos amigos estamos haciendo.

En aquel momento, desde la ventana del hotel, los dos muchachos oyeron gritar a Holly.

—Nos está llamando. ¡Vamos! —dijo Pete—. Hay que darse prisa.

Bajaron las escaleras de dos en dos y cruzaron a todo correr el césped, hasta la piscina. Pam, Sue y Holly estaban arrodilladas, mirando al fondo de la piscina. ¡Y en pie, junto a ellas, estaba Joey Brill!

—Nos ha tirado al agua las caracolas —se lamentó Pam, poniéndose en pie.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Pete.

—Ha sido un accidente —repuso el malintencionado Joey—. Me resbaló el pie.

—¿Cómo supiste que estábamos hospedados aquí? —volvió a preguntar Pete.

—Hombre… ¡Como tenéis tantos amigos…! No es difícil conseguir información sobre los Hollister.

Al decir esto, Joey empezó a brincar alegremente alrededor de la piscina.

Entre tanto, Pam se había marchado a su habitación y volvió a los pocos minutos, con el traje y el gorro de baño puestos. En seguida, se zambulló en el agua y descendió al fondo, para recoger las conchas marinas.

Joey se acercó, inmediatamente, para ver cómo Pam salía del agua y entregaba unas cuantas cosas a Holly.

—No vuelvas a molestar a las niñas —advirtió Pete al camorrista.

Joey no hizo más que sonreír, mientras Pam volvía a echarse al agua.

—Iré a ponerme los pantalones de baño y la ayudaré —dijo Pete, echando a andar hacia el edificio del hotel.

—Yo también —afirmó Ricky, siguiendo a su hermano.

Pam salió a la superficie con otro puñado de conchas. Pero, antes de que la niña hubiera tenido tiempo de tomar aliento, Joey le hundió otra vez la cabeza en el agua con su fuerte pie. La pobre Pam volvió a encontrarse en el agua y emergió un instante después, tosiendo, medio ahogada. Mientras ella se sujetaba, respirando con dificultad, al borde de la piscina, Joey echó a correr, Pete y Ricky dieron media vuelta y se lanzaron tras el camorrista, ansiosos de darle alcance. Pero el chico les llevaba alguna distancia y pudo llegar a su bicicleta a tiempo.

—Ja, ja. Os he fastidiado otra vez —gritó el chico, mientras se alejaba por el campo de golf, pedaleando a toda velocidad.

—¡No vuelvas nunca más! —le advirtió Pete—. ¡Como vengas, yo mismo te tiraré a la piscina!

Mientras decía esto, Pete corría ya a la piscina para ver si Pam se había recobrado. Ricky siguió mirando hacia el lugar por donde había desaparecido Joey, y sacudía amenazadoramente los puños.

Cuando, al fin, el pelirrojo se decidió a volver con sus hermanos; por el camino se encontró con tío Dan. El viejo pescador estaba haciendo oscilar de un lado a otro, sobre la arena, su detector de metales. Al ver a Ricky, tío Dan le saludó, diciendo:

—Hola, jovencito. Precisamente dos individuos han estado haciéndome preguntas sobre los Hollister.

—¿Eran amigos de usted? —preguntó Ricky.

—No, hijo. Eran dos personas poco agradables.

—¿Y qué le preguntaron?



—Querían saber quién encontró el arpón. Precisamente les veo allí, todavía —añadió el tío Dan, señalando el extremo opuesto de la playa.

Los dos hombres estaban tan lejos que parecían dos manchitas en la arena.

—¡Canastos! Tendré que ir a investigar —murmuró el pequeño.

Sin decir nada a sus hermanos, echó a correr playa adelante. Cuando vio que tino de los dos hombres volvía la cabeza, Ricky se apresuró a tenderse en la arena para que no le vieran. A los pocos momentos, volvió a ponerse de pie y caminó sigilosamente tras los dos hombres, hasta quedar bastante cerca de ellos.

Cuando los desconocidos se detuvieron, súbitamente, Ricky se

escondió tras un arbusto, a la altura de la marea alta, para oír lo que hablaban.

Como el viento soplaba en su dirección, el pequeño pudo escuchar frases como éstas:

—Buscan complicaciones. Casi les atrapamos… Forasteros… Sí… «Rabo de Tigre»…

Ricky comprendió en seguida que aquellos hombres sabían algo sobre los cazadores furtivos… ¡O tal vez eran ellos mismos los ladrones de huevos y cazadores furtivos!

«¡Si al menos pudiera ver dónde viven!», pensó el pelirrojo.

Los hombres estaban ahora muy juntos y sostenían una conversación misteriosa, que el pequeño no podía oír.

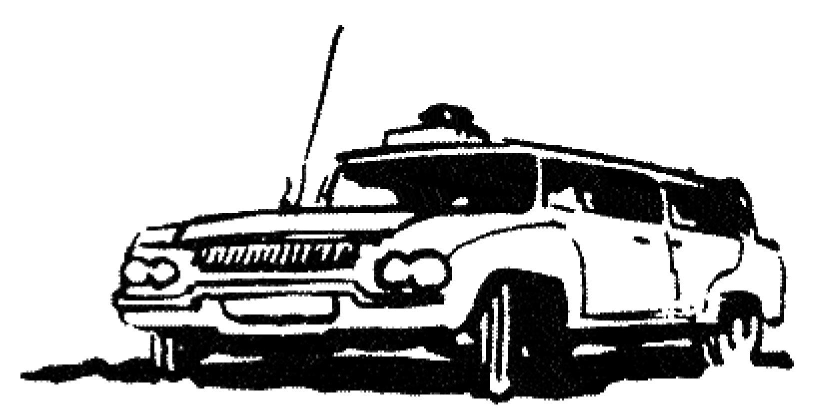
De pronto Ricky, a varios metros de distancia, vio algo que le pareció ser una «Zarpa de León». Sigilosamente, a cuatro pies, fue acercándose para coger la bonita caracola. Pero un momento después uno de los desconocidos volvió la cabeza y le vio.

—¡Demonio! Puede que sea uno de ellos —exclamó el hombre.

Al oírle, el pobre Ricky dio media vuelta y echó a correr. Pero un momento después tuvo que pararse en seco. Una poderosa mano acababa de atraparle por el cuello de la camisa…

El muchacho se volvió hacia su aprehensor.

LA CARTA DE CLEMENTINA



—¿Cómo te llamas? —preguntó a Ricky su aprehensor.

El pequeño levantó la vista hacia el hombre. Era tosco y de piel curtida por el aire y el sol. Alrededor de la frente llevaba atado un pañuelo blanco, muy sucio.

Ya se estaba aproximando el otro hombre. Era desgarbado y caminaba con la cabeza inclinada. El sombrero de paja, que llevaba muy echado hacia la frente, ocultaba parte de su rostro barbudo.

—¿Me has oído? —mascullló, amenazador, el primer hombre—. ¿Cómo te llamas?

—No se lo diré —contestó, valerosamente, Ricky.

—No es preciso —dijo el hombre desgarbado—. Eres Ricky Hollister.

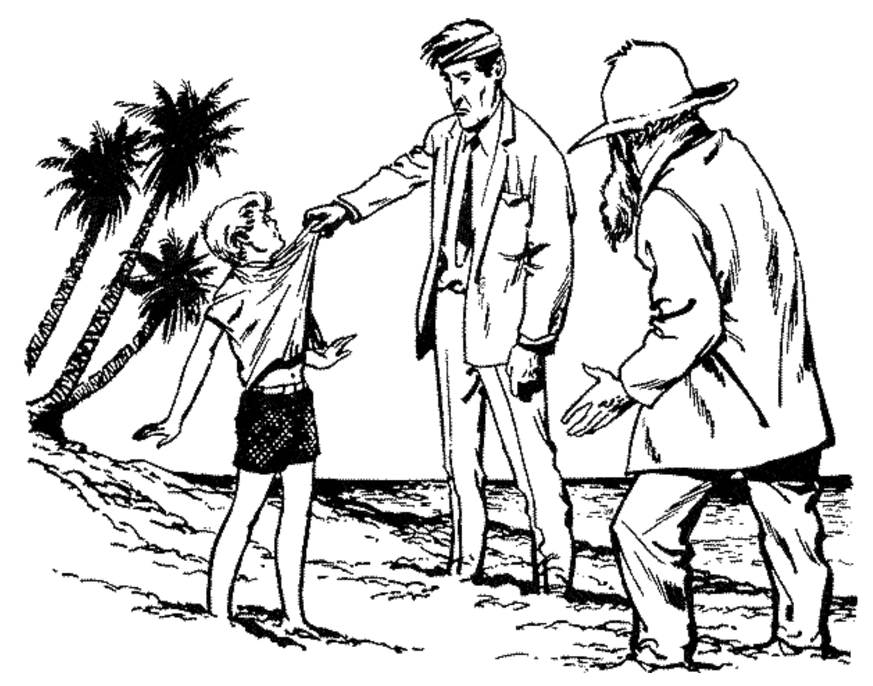
Los ojos del niño se abrieron como platos.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó, lleno de asombro.

—¿Ves cómo admites que lo eres? —dijo el hombre, riendo entre dientes—. Estoy leyendo el nombre en el cuello de tu camisa.

—¿Conque comisario juvenil? —exclamó el hombre, que tenía a Ricky asido por el cuello; bruscamente, dio al niño un empellón y le arrojó a la arena—. Ahora vete y no vuelvas a molestarnos. Y dile a

tu familia que no se meta en nuestros asuntos.



—Eso es. Volved al norte y quedaos allí —aconsejó el otro.

Ricky se puso en pie lentamente, sin dejar de mirar a los hombres. Cuando tuvo los dos pies bien firmes en el suelo, dio media vuelta y echó a correr playa adelante, con toda la rapidez con que sus piernas pudieron llevarle.

Al llegar al hotel no vio en los jardines a ninguno de sus hermanos, de modo que, sin parar de correr, subió las escaleras y entró como una tromba en la habitación de sus padres, para contarles lo ocurrido.

Encontró a toda su familia reunida alrededor de una niña de aspecto extraño, que llevaba un vestido largo hasta los tobillos. En el cuello lucía dos collares de cuentas. Tenía el cabello castaño, muy corto, y miró tímidamente a Ricky con sus ojos oscuros.

—Aquí está Ricky, nuestro otro hijo —dijo la señora Hollister. Y dirigiéndose al pelirrojo, añadió—: Ésta es Clementina, la hija de Charlie «Rabo de Tigre».

—¡Canastos! ¿Cómo has llegado aquí? —preguntó el pequeño—. ¿Y dónde está tu padre?

—Ha venido sola en el autobús —explicó Sue, admirativa, antes de que la otra niña pudiera responder.

Clementina había llegado hacía pocos minutos, y traía una carta de su padre, añadió Pam.

—Ahora iba a abrirla —dijo el señor Hollister, rasgando un extremo del sobre blanco.

Ricky estaba impaciente por hablar de los dos hombres de la playa, pero se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, escuchando a su padre, que leía:

«Yo tengo enemigos, apreciados Hollister, y les aconsejo que ustedes se mantengan apartados de mí. Les ruego que cuiden de Clementina durante unos días. Su amigo, Charlie».

—¡Dios mío! Esto es muy serio —murmuró la señora Hollister, rodeando con un brazo los hombros de Clementina.

—Papá tenía miedo de que esos hombres nos hicieran daño a la abuelita y a mí —explicó la niña india—. Por eso ha enviado a la abuela a un poblado semínola y a mí aquí. Tampoco quiere que ustedes corran peligro.

—¡Pero todos nosotros queremos ayudar a Charlie «Rabo de Tigre»! —afirmó el señor Hollister—. Haya o no enemigos, nosotros estaremos del lado de tu padre.



—¡Viva papá! —aplaudió Pam, que en seguida se volvió a Clementina, para preguntarle—: ¿Los enemigos de que habla tu padre son los cazadores furtivos?

Clementina movió de arriba abajo la cabeza, en señal afirmativa, añadiendo:

—Ellos han destruido el poblado semínola donde vivíamos.

—¿Y qué les ha ocurrido a los otros habitantes del poblado? —preguntó Pam.

—No había nadie. Papá, la abuelita y yo vivíamos allí, solos. Es que quedan algunos campamentos semínolas abandonados, y de vez en cuando, algunos indios se van a vivir a ellos. Éste del Cabo Tortuga era un buen sitio para el trabajo de guía de mi padre.

—¿Cómo lo destruyeron? —quiso saber Pete.

La niña india repuso que, mientras ella y su familia estuvieron ausentes, viajando en la embarcación de su padre, alguien había destrozado a hachazos las tiendas que ellos habitaban.

—Pero no encontraron nuestra otra embarcación —añadió Clementina—. Estaba bien guardada en un cobertizo cercano.

—Supongo que te refieres a la embarcación de motor a propulsión —dijo Pete.

Clementina asintió con un cabeceo y añadió, con los ojos llenos de lágrimas:

—Todo lo demás ha desaparecido.

—No te preocupes, mujer —le dijo, cariñosamente Pam, tomándola de la mano—. Puedes quedarte a vivir un tiempo con nosotros.

Y Pete preguntó:

—¿Adónde se ha ido tu padre?

—Está acampado a una milla de Cabo Tortuga. Es un buen escondite y papá vivirá allí, mientras busca a los cazadores furtivos.

El señor Hollister hizo que la niña india le dibujase un mapa para mostrarle el lugar en que acampaba Charlie «Rabo de Tigre».

—Voy a ir a ver a tu padre para prestarle toda la ayuda que pueda —decidió.

Después que todos comieron unos bocadillos en la cafetería del hotel, el alto y atlético señor Hollister dijo:

—Puede que esté ausente unos cuantos días. Pero no os preocupéis por mí.

Los niños contemplaron con admiración al señor Hollister que marchaba en busca de Charlie.

—Tenemos una sorpresa para ti, Clementina —dijo Pam a la entristecida niña india.

Y después de acompañar a su invitada al dormitorio, las hermanas Hollister regalaron a su nueva amiga la muñeca que habían traído para ella. Al instante se iluminaron los ojos de Clementina, que sonrió, complacida.

—¡Muchas gracias!

—Podemos jugar y divertirnos hasta que tu papá venga a buscarte —dijo Holly.

Ricky, entre tanto, había dado a Pete un codazo y le hizo señas para que le siguiera. En el silencio de la habitación de los chicos, el pelirrojo contó a su hermano las peripecias que había pasado con los dos desconocidos.

—No quise interrumpir a papá por miedo a que cambiase de idea y no fuese a ayudar a Charlie «Rabo de Tigre».

Al oír la descripción que hizo su hermano de los hombres, Pete chasqueó los dedos, exclamando:

—¡Zambomba! Ésos fueron los hombres que nos robaron el arpón. Creo que debemos ir a avisar a la policía.

Los chicos fueron primero a decírselo a su madre y, cuando ella les dio permiso, marcharon a la comisaría. Al llegar se dirigieron directamente al escritorio del sargento.

Después de hacer un marcial saludo, Pete dijo:

—Los comisarios juveniles Ricky y Pete Hollister vienen a darle información, sargento Reno.

—¿Más pistas?

—¡Puede usted apostar a que sí, canastos! —repuso Ricky, y en seguida empezó a contar lo que le había sucedido.

El oficial prometió redoblar la búsqueda de los cazadores furtivos y luego dio las gracias a Ricky por haber sido tan observador. Sonriendo, el pelirrojo contestó:

—Supongo que con esto me perdonarán el que el otro día asustase a los ladrones.

—Claro que sí —contestó Pete.

Los dos hermanos volvieron a montar en las bicicletas y se dirigían directamente al hotel, cuando, en la esquina, vieron aparecer súbitamente a Joey Brill, también en su bicicleta.

—¡Vaya! —murmuró Ricky, arrugando la naricilla con desagrado.

Joey pedaleó hasta colocarse al lado de Pete para decirle:

—También yo voy a ser comisario juvenil.

—¡Caramba! Me alegra saberlo.

—¡No te alegras ni un tanto así! —gruñó Joey—. Vosotros queréis la gloria para vosotros solos.

—¿Por qué no nos dejas en paz y sigues tu camino? —repuso Pete, con calma, pero tomando la precaución de colocarse a un lado de la calle.

Siguió sonando el roce de neumáticos, mientras los tres muchachos continuaban pedaleando en silencio. Pronto el camino describía un giro en torno a un estanque.

Entonces, Joey pedaleó con más rapidez y adelantó un buen trecho a Pete.

«Una mala pasada», pensó el mayor de los Hollister. «Joey ya la utilizó una vez en Shoreham. Seguro que quiere cortarme el paso».

Con un maligno brillo en los ojos, el chicazo hizo virar bruscamente su bicicleta a la derecha. Pero, en aquel mismo momento, Pete frenó y las bicicletas no llegaron a tropezarse.

Asombrado de su fracaso, Joey cometió la equivocación de volver la vista atrás. Entonces, su bicicleta se desvió de la carretera y ¡fue a parar a la lodosa alberca!

¡Y el malintencionado Joey saltó por encima del manillar, cayendo al agua! Salió en seguida, chorreando y lleno de hierbas y lodo.

Pete estaba a punto de soltar la carcajada y Ricky reía sin disimulo alguno.

—¡Mira lo que has hecho! —protestó el camorrista, inclinándose para sacar del barro la bicicleta—. ¡Me lo pagarás muy caro!

—Que te diviertas con tu baño —dijo Pete.

Los Hollister se alejaron, pedaleando y sin cesar de reír. Ricky estaba tan contento que empezó a zigzaguear de un lado a otro del camino.

—Ten cuidado, no vayas a darte también un batacazo —advirtió Pete.

En aquel momento se oyó sonar, a distancia, el zumbido de un motor. Ello iba acompañado del lamento de una sirena, cada vez más potente.

Pete y Ricky se situaron a un lado de la carretera, dejando de pedalear. Pronto apareció un coche de la policía. El conductor, al ver a los Hollister, paró en seco, junto a ellos.

—¡Es el sargento Reno! —exclamó Pete.

—¡Subid, amigos! —invitó el oficial.



Los dos hermanos dejaron las bicicletas en un montículo cubierto de hierba, junto a la carretera y a toda prisa, entraron en el coche patrulla y cerraron la portezuela de golpe.

—¡Creo que ya tenemos a los cazadores furtivos! —dijo Reno, mientras volvía a poner en marcha el coche y la sirena hacía estremecer a los dos niños.

Había recorrido algo más de medio kilómetro cuando el coche oficial empezó a traquetear en un abrupto camino y pronto salió a la playa.

Desde el otro extremo de la playa, otro coche de la policía, con la luz roja parpadeante, avanzaba hacia ellos. Entre aquel coche y el de Reno, dos hombres corrían por la arena.

«LULÚ, LA GRANDULLONA»



Al ver el coche del sargento Reno, los dos hombres dieron la vuelta y corrieron en dirección opuesta. Pero se vieron copados por el otro coche, que también les cerraba el paso.

Finalmente, los dos hombres se detuvieron y aguardaron a que el coche del sargento Reno fuese a frenar junto a ellos.

—¡Canastos! ¡Si éstos no son los cazadores furtivos! —exclamó Ricky.

—Es verdad —asintió Pete—. Éstos no son los hombres que nos quitaron a Pam y a mí el arpón.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué corrían? —preguntó el policía a los dos hombres que, con las manos en los bolsillos, procuraban parecer despreocupados.

Dos policías habían salido del otro coche y, en unión de Pete y Ricky, rodearon a los desconocidos. Éstos iban sin afeitar y estaban muy curtidos por el sol. El más alto llevaba un viejísimo sombrero de paja y dijo que se llamaba Bama Crosset. El otro, que se cubría la cabeza con una sucia gorra blanca, dijo que su nombre era Terry Madison.

—Somos buscadores de tesoros de las playas y venimos del

norte, camino de Miami —explicó Bama.

—Nos informaron que dos personas sospechosas andaban por la playa —explicó el sargento—. ¿Por qué huían ustedes de nosotros?

Terry se encogió de hombros, contestando:

—Supongo que sólo es que estábamos nerviosos.

—Apóyense en el coche, que voy a registrarles —ordenó el sargento Reno.

Los dos hombres obedecieron. En sus ropas no llevaban nada peligroso, aunque el oficial encontró en sus bolsillos pequeñas piezas de adorno y joyería.

—¿De dónde las han sacado? —inquirió Reno.

Los dos hombres aseguraron que habían encontrado aquellas piezas mientras viajaban a pie por la costa oeste.

—¡Zambomba! —gritó Pete—. Un momento. Si esas cosas parecen las que tiene tío Dan en su casa…

—¿Te refieres al hombre que posee el detector de metales?

—Sí, sí —dijo Ricky—. Vive en aquella parte de la playa, precisamente por donde han venido estos hombres.

—Estos mocosos son unos intrigantes —dijo Madison, fingiendo que tomaba a broma lo que decían los Hollister.

—Vengan con nosotros —ordenó el oficial—. Ahora veremos.

Pero, antes de que Reno hubiera tenido tiempo de hacer entrar a los sospechosos en el coche patrulla, tío Dan se presentó corriendo. Llegaba sin aliento.

—¡Han robado en mi casa! —dijo, con voz alterada.

—¿Son éstos los objetos que le faltan? —le preguntó Reno, poniendo los objetos encontrados en la capota del coche.

—¡Claro! ¡Todos son míos!

—Entonces, aquí tenemos a los hombres que han saqueado su casa —dijo el policía.

Los dos hombres estuvieron protestando, pero acabaron por admitir que habían visto abierta la puerta de la casita, entraron y tomaron lo que más les gustó.

Los objetos robados fueron devueltos a tío Dan y el sargento Reno dejó a los dos policías al cuidado de los detenidos.

—Llévenselos y enciérrenlos —ordenó.

Cuando los dos policías y sus detenidos se hubieron marchado,

el oficial se volvió a Ricky y Pete para decirles:

—Venid; os llevaré hasta donde dejasteis las bicicletas. No encontramos a los cazadores furtivos, pero ya es algo haber dado con estos ladronzuelos.

Reno contó que, en más de un caso, una pista había llevado a otro asunto completamente distinto.

—Los dos sois magníficos ayudantes —dijo a los Hollister—. A ver si seguís haciendo tan buen trabajo.

El sargento llevó a los dos hermanos hasta el lugar en donde habían escondido las bicicletas. Pete y Ricky le dijeron adiós, y, pedaleando, se alejaron camino del hotel, ansiosos por contar todas las novedades. Aquella noche, a la hora de cenar, todos hablaron de los emocionantes acontecimientos de aquel día.

—¿Todavía no sabéis nada de papá? —preguntó Ricky.

—No. Pero me parece demasiado pronto para recibir una llamada telefónica —dijo la madre—. Ahora que tenemos con nosotros a Clementina, ¿por qué no os olvidáis un poco del trabajo y nos vamos todos a divertirnos?

—¿Adónde? —preguntó Sue dispuesta a la diversión.

—Por ejemplo, al Zoo de las Everglades —repuso la señora Hollister con una sonrisa.

Y añadió que el director del hotel le había hablado del extraordinario parque zoológico, que se encontraba a varios kilómetros de allí.

—Tiene la mayoría de los animales que hay en Florida —siguió diciendo la madre—. Estoy segura de que algunos de ellos sólo Clementina los ha visto.

—Las hamacas están llenas de animales salvajes —explicó la niña india.

—¿Duermen en hamacas los animales? —preguntó Sue, atónita.

La risa hizo brillar los ojos castaños de Clementina, quien contestó que se solía llamar «hamaca» a una isla de los pantanos.

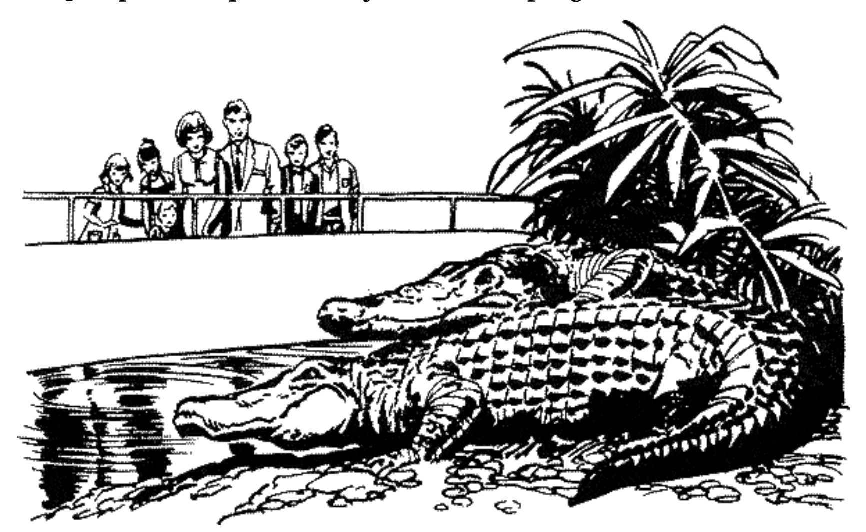
—Os asombrará ver todos los animales que tenemos aquí —aseguró—. A mí me gustaría que fuéramos al zoo.

—Entonces, lo mejor será ir —decidió Pam.

A la mañana siguiente, Pete y Rick estaban junto a la piscina entretenidos en arrojarse una pelotita encarnada, cuando su madre

y las cuatro niñas salieron del hotel.

—¿Preparados para el viaje al zoo? —preguntó Pam.



Pete rió alegremente y arrojó la pelotita a su hermana que la tomó con gran facilidad y se la pasó a Ricky. El pelirrojo también la alcanzó al vuelo y, luego, se la guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—Nos está esperando un taxi —anunció la madre.

Todos corrieron a la calle y se instalaron, muy apretados, en el taxi. No tardaron en llegar a las afueras de la ciudad, donde un gran letrero indicaba el camino a seguir para llegar al Zoo Everglades.

La señora Hollister condujo a todos hasta un edificio bajo, donde pagó las entradas. Caminando detrás de los niños, llegó a un enorme jardín con altos árboles entre los que se veían grandes hondonadas. Ricky fue el primero en llegar al borde de una de ellas.

—¡Canastos! ¡Hay cocodrilos! ¡Millones de cocodrilos!

Descansando en el sombrío estanque se veían docenas de adormilados reptiles que descansaban unos sobre otros. Algunos tenían la boca abierta. Muchos tenían el morro bajo el agua y sólo se les veía los ojos saltones.

—Vengan por aquí —dijo a los recién llegados un hombre joven y simpático—. Yo soy su guía. Si me siguen les contaré todo lo que es interesante sobre nuestros amigos del zoológico de las Everglades.

Después de contemplar un rato a los cocodrilos, los niños, seguidos por otros visitantes que se habían unido al grupo, se detuvieron ante un estanque lleno de tortugas.

—Ahí tenéis una tortuga muy singular —dijo el guía—. Saca su lengua roja dentro del agua y espera. Y cuando los pececillos se acercan a investigar lo que es esa cosa encarnada, ella… ¡Ñam! Ya tiene su cena.

—¡Oooh! —exclamó la pequeñita Sue, estremecida—. Que se espere, que todavía no es hora de cenar.

El sol caía sobre los visitantes, cada vez más ardiente, mientras recorrían un sendero serpenteante. A Holly le gustó mucho el pequeño ciervo de Florida, que vivía dentro del cercado, y Ricky estuvo mirando las gigantescas lechuzas. Mientras él caminaba alrededor de la jaula, una gruesa lechuza volvió en redondo la cabeza para mirarle.

—Tiene ojos hasta en la nuca —bromeó el travieso pelirrojo—. Igual que mi maestra. También ella puede ver todas las diabluras que hacemos en la clase.

En la próxima jaula vivían dos panteras de fiero aspecto, que iban de un lado a otro mirando a todos con ojos muy relucientes. Estaban los niños mirándolas, fascinados, cuando uno de los animales se aproximó a la parte delantera de la jaula y dio un potente rugido.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¿Creéis que os gustaría que estuvieran fuera de la jaula y pudiéramos verlas cara a cara?

Holly se estremeció, sin saber qué contestar.

—Ya veis que pueden correrse muchos peligros en las Everglades —dijo el guía.

—Mirad los mapaches —anunció Pam, acercándose al próximo cercado.

Los diminutos animales, con sus graciosas caras semejantes a máscaras, iban de un lado a otro, mirando a todo el mundo con curiosidad.

—Yo no sabía que en Florida hubiera mapaches —comentó Pete.

—Los hay a miles —repuso el guía—. Y son unos ladronzuelos con los que hay que andar con ojo.

Luego, el joven guía levantó una mano, añadiendo:

—Allí tenemos otro animal salvaje que no es de Florida. Pero a la «Grandullona Lulú» le gusta el clima cálido y está muy contenta aquí.

El guía señalaba el sendero que llevaba hasta una poza de verdosas aguas. Cerca del agua se veía un gigantesco hipopótamo.

—«Grandullona Lulú» es muy afectuosa, si se es amable con ella —afirmó el guía.

Mientras todos se arremolinaban alrededor de la poza, para contemplar el hipopótamo hembra, Holly oprimió repetidamente el brazo de Pete, murmurando:

—Mira quién viene…

Pete volvió la cabeza y vio que Joey avanzaba hacia ellos. Llevaba una camisa de comisario juvenil que parecía ser tres tallas más pequeña de lo que él necesitaba.

—Mirad —dijo el chico, al llegar junto a los Hollister—. Me han nombrado comisario.

Clementina, que hasta entonces había caminado en silencio al lado de Pam, tomó la mano de su amiga, conteniendo la risa.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —preguntó, con el ceño fruncido, el camorrista.

En aquel momento, una mujer que llevaba de la mano a un pequeño de pelo color panocha, se acercó a Joey para ordenarle:

—¡Devuelve a mi hijo su camisa!

En la mano llevaba la señora una camisa color marrón que sin duda pertenecía a Joey.

—No ha sido más que un cambio —se defendió el camorrista—. Yo le di mi camisa y él me dio la suya.

—Tú le obligaste a que te la diera —repuso la señora.

—Sí. Él me obligó —dijo el niño.

—Muy bien, Tandy —masculló Joey, arrugando la frente—. No has sabido cumplir el trato.

—De todos modos, esa camisa es muy pequeña para ti —dijo Holly.

Joey cogió la camisa marrón y se ocultó detrás de la jaula de las lechuzas para quitarse la camisa blanca. Al poco, volvió con la camisa marrón puesta, y devolvió la blanca a Tandy. Luego, sin decir una palabra, se acercó a Ricky, por detrás, y le quitó del

bolsillo la pelotita roja.

—Devuélvemela —exigió Ricky.

Pero, en lugar de hacer caso al pequeño, Joey arrojó la pelota al hipopótamo. La «Grandullona Lulú», al recibirla con fuerza en el hocico, dio un gruñido de enfado.

La pelotita rebotó por los laterales de la poza hasta detenerse junto a una de las enormes patas del hipopótamo. En ese momento, el animal se tendió en el suelo y la pelota desapareció bajo la mole inmensa de su cuerpo. El guía volvió la cabeza para reprender a Joey, pero el chicazo ya había escapado, corriendo.

—Llamaré al guarda —dijo el guía. Y con un silbido llamó la atención de un hombre de cabellos grises que se encontraba en el otro extremo de la morada del hipopótamo—. La «Grandullona Lulú» se ha sentado sobre una pelota de goma. ¿Querrá usted ir a recogerla?

El guardián se inclinó para tomar una larga vara de madera que tenía a su lado. Con dicha vara empezó a aguijonear suavemente al hipopótamo. Pero la «Grandullona Lulú» no hizo más que poner muy tiesas sus pequeñas orejas. El guardián probó a hurgar a «Lulú» con la vara en los flancos y ella gruñó, sin moverse. Entonces, el hombre desapareció para volver a los pocos momentos con un pequeño haz de heno que ató a la vara y bajó hasta el hocico del animal. «Lulú» se apresuró a dar un mordisco y continuó sin mover ni una pezuña.

Ya todos los presentes reían y el guardián dijo a los Hollister:

—Volved mañana, que ya la habré recogido.

Y entonces sonó la vocecilla cariñosa de Sue que pedía:

—¡Anda, «Grandullona», guapísima, levántate!

Como si aquéllas hubieran sido unas palabras mágicas, el hipopótamo se levantó y entró, perezosamente, en las aguas verdosas.

Todos los presentes aplaudieron cuando el guardián recobró la pelota y se la entregó a Ricky.

Al regresar al hotel, todos se pusieron los trajes de baño. Pam alquiló uno para Clementina y así bajaron a la arenosa playa, dispuestos a refrescarse.

—Parecéis las nutrias del parque —comentó la señora Hollister,

mientras nadaba entre los niños, con ágiles y suaves movimientos.

Cuando salió del agua y mientras sacudía las gotas de sil cabello, preguntó:

—¿Qué os parece si tomamos una cena-merienda, en la playa?

—¡Canastos! ¡Qué divertido! Nosotros podemos buscar leña —se ofreció, en seguida, el pelirrojo.

—¿Podremos preparar «perros calientes»? —preguntó Holly.

—¿Y hamburguesas? —quiso saber Clementina—. ¡Me gustan tanto…!

Cuando se cansaron de jugar en el agua, los jóvenes nadadores fueron a las duchas, que estaban cerca del patio asfaltado, antes de regresar al hotel.

Después de que todos se hubieron puesto ropas limpias, la señora Hollister encargó que les llevasen de las cocinas del hotel comestibles para preparar una cena campestre. Pronto les subieron a la habitación todo lo que habían pedido, en una gran cesta de mimbre.

Clementina y Pete se encargaron de llevar la cesta y todo el grupo marchó alegremente playa adelante, en dirección opuesta al lugar en donde la tortuga había dejado los huevos.

Al cabo de un rato llegaron a un bosquecillo de palmeras al que no alcanzaba la marea alta.

—Éste es un buen sitio para encender fuego —opinó Ricky, encaminándose a una pequeña hondonada en la arena.

—Muy bien —asintió la madre.

Las niñas se ocuparon de extender un mantel en la arena, mientras Pete y Ricky buscaban leña. Cuando el sol empezaba a desaparecer hacia el deslumbrador horizonte del Golfo de México, los excursionistas tenían preparada una espléndida hoguera.



Una vez estuvieron las ascuas debidamente encendidas para asar, se ensartaron las salchichas de Fráncfort en espetones de madera y las hamburguesas se colocaron en pequeños recipientes de metal.

—Hammm, está riquísimo —declaró Pam, mientras comía una sabrosa hamburguesa, colocada dentro de un blanco panecillo.

A cada uno de los niños le correspondió una botellita de refresco. Cuando desaparecieron los últimos rayos del sol, los niños se acercaron más a la hoguera.

Iba oscureciendo rápidamente y las ascuas de la hoguera relucían como rojísimas cerezas, mientras los niños recogían todos los utensilios que habían empleado en la preparación de la cena.

Acababa la señora Hollister de guardar el mantel en la cesta, cuando Clementina tomó a Pam por un brazo y murmuró:

—He oído un ruido extraño.

La niña india señalaba un grupo de palmeras y todos se detuvieron para escuchar. Luego Pete, valerosamente, avanzó unos pasos, cogió un puñado de piedras y las arrojó con fuerza entre el grupo de árboles.

¡Súbitamente dos siluetas salieron con sigilo de la arboleda!

UN LUGAR MARCADO CON UNA X



—¡De modo que erais vosotros! —exclamó una afable voz, mientras dos hombres se acercaban a los excursionistas.

Porque los dos hombres eran el señor Hollister y Charlie «Rabo de Tigre».

Clementina corrió hacia su padre, que la abrazó fuertemente.

—¡Qué contenta estoy de que no te haya pasado nada! —exclamó la niña india, oprimiendo la cabeza contra el hombro de su padre.

—¡Canastos! ¡Nos habían asustado! —confesó Ricky.

El señor Hollister explicó que, al llegar al hotel, les habían dicho que la familia se había ido de merienda campestre.

—De modo que estuvimos dando paseos entre la arboleda que bordea la playa, hasta oír vuestras voces.

—¿Qué sabéis de los malos? —preguntó Holly, sin rodeos.

Mientras caminaban por la arena, de regreso al hotel, el señor Hollister explicó cómo habían localizado el campamento de Charlie.

—Hemos estado buscando y vigilando toda la noche y casi todo el día —dijo—, pero no hemos encontrado ni rastro de los cazadores furtivos.

—Puede que se hayan trasladado a la parte alta de la costa, por una temporada —comentó el indio—, pero volverán a Cabo Tortuga porque creen que yo me he marchado.

—¿Y nosotros esperaremos a que vuelvan, papá? —preguntó, con valentía, Ricky.

—Sí —declaró el señor Hollister—. Hemos venido a Florida para ayudar a Charlie y vamos a ayudarle.

—Además, estamos metidos hasta el cuello en este asunto —añadió Pete.

Decidieron alquilar en el hotel una habitación más para que Charlie pasase allí la noche, y poder ponerse en camino para Cabo Tortuga a la mañana siguiente. Una vez allí, los Hollister podrían ayudar a construir una nueva casa india.

—Será muy divertido vivir como los indios —opinó Holly.

—Podremos explorar las islas de Santabella y Cautiva y buscar «Zarpas de León» —dijo el pecoso.

—Y procuraremos resolver el misterio del ruido fantasmal. ¿Puede contarnos algo sobre la isla Cautiva, Charlie? —pidió Pam.

—La utilizaban como escondite los piratas —replicó el semínola—. Los bucaneros secuestraban damas ricas y las tenían allí, cautivas, hasta que cobraban el dinero del rescate.

—¡Qué emocionantísimo! —murmuró Holly—. Me gustaría encontrarme algún pirata terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, después que hubieron hecho los equipajes, todo el grupo se puso en marcha hacia las Everglades. Pam pidió que la dejasen viajar con Clementina en la furgoneta del semínola. Los demás fueron con el señor Hollister.

Al cabo de varias horas, llegaron a la pequeña población de Everglades y se detuvieron, ante un «drugstore» para comer. Luego, Charlie «Rabo de Tigre» fue a buscar el remolque que había dejado en la gasolinera, para evitar que se lo destrozasen.

Durante unos cuantos kilómetros, los viajeros avanzaron por la carretera principal; luego, embocaron un camino arenoso que avanzaba paralelo a la costa.

La camioneta de Charlie se bamboleaba de un lado a otro, mientras avanzaba por el sendero lleno de hierbas, para ir a detenerse en un saliente del Golfo. A cierta distancia había dos

islillas bordeadas por una franja de mangos.

—La isla de la izquierda es Santabella —dijo Charlie, cuando todos empezaron a bajar de los vehículos—. Y la otra es Cautiva.

Como a aquellas horas la marea era alta, las dos islas estaban separadas por una estrecha franja de agua.

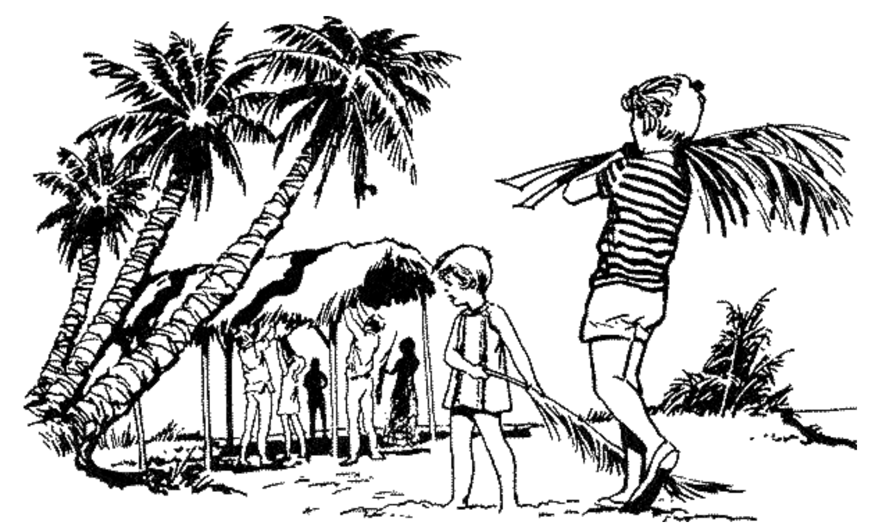
—Vamos ahora mismo —decidió el impaciente Ricky.

Pero su padre repuso:

—Primero tendremos que construir la casa, y tú puedes ayudar.

—Nosotros cogeremos ramas de palmera para el techo —propuso Clementina.

Ante ellos aparecían, medio derruidas, varias chozas indias, rodeadas por palmeras bajas, muy frondosas. Afortunadamente, los postes de sujeción no habían sido destrozados en el ataque de los desconocidos. Charlie y el señor Hollister eligieron la choza menos estropeada y empezaron a reconstruirla, mientras los niños recogían grandes hojas de palmera.



—En Shoreham no tenemos árboles como éstos —comentó Pam, mientras el semínola iba preparando la techumbre de la vivienda sin paredes.

Charlie explicó que, en aquel clima casi tropical, crecían muchas clases de árboles.

—En las islas que llamamos «hamacas» podréis ver quingomboes y vides marinas. —Charlie quedó un momento silencioso y

pensativo, hasta que, mirando a los niños, añadió—: Si alguna vez vais a la isla Cautiva, tened cuidado con el árbol venenoso.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo lo distinguiremos? —preguntó la señora Hollister.

El indio contestó que el fruto de aquel árbol tenía la forma de manzana y perjudicaba a los seres humanos igual que la hiedra venenosa.

—Incluso el humo que desprende uno de esos árboles al quemarse es peligroso —añadió Charlie.

—Quingombó, quingombó —empezó a canturrear, alegremente, Sue—. ¡Qué nombre tan bonito!

—Necesito algunas palmas más —dijo Charlie.

—Yo iré a buscarlas, papá —contestó Clementina.

Entró en seguida en una arboleda, seguida de Pete, y pronto tuvieron recogidas unas brazadas de palmas, de los árboles más pequeños.

Al inclinarse a recoger unas palmas que habían caído al suelo, Clementina tocó un objeto frío y metálico.

—¡Mira, Pete! —exclamó la niña.

El muchacho dejó en el suelo su brazada de palmas para examinar lo encontrado.

—Es un hacha —dijo—. Pero se le ha roto el mango.

—¿Tú crees que es una pista de los hombres que destrozaron nuestras chozas?

—Podría ser —contestó Pete, mientras encajaba entre su cinturón la herramienta rota—. Se lo enseñaré a papá.

Pete y Clementina fueron a llevar las palmas a Charlie y después enseñaron el hacha al señor Hollister, quien comentó:

—No está muy enmohecida.

—Eso quiere decir que está aquí hace pocos días —razonó Pam.

—¡Un momento! —gritó Pete—. Mirad allí.

El chico llamaba la atención de los otros hacia uno de los postes de las destrozadas cabañas indias. Cerca de la base se veían varios cortes hechos por un hacha.

—No me extraña que todos los postes estén en pie —comentó Charlie, descendiendo del tejado que estaba cubriendo con palmas —. Alguien intentó cortarlos y se le rompió el hacha.

—¿Dónde habéis encontrado esto? —preguntó el señor Hollister.

Pete y Clementina llevaron a los demás al grupo de palmeras y señalaron el lugar del hallazgo. Todos se ocuparon, en seguida, de buscar más pistas.

De pronto, Sue descubrió un papel doblado que asomaba entre las altas hierbas.

—¡Yo he encontrado un dibujín! —anunció a grititos.

Pete cogió el papel de manos de su hermana y exclamó:

—¡Es un mapa!

—De Santabella y Cautiva —añadió Charlie, que miraba el mapa por encima del hombro del chico—. Debió de caérsele a alguno de los cazadores furtivos.

Mientras volvían a la reconstruida cabaña, Pete examinó atentamente el dibujo. En un extremo de la isla Cautiva se veía una minúscula X. Guardándose el papel en el bolsillo, el chico pensó:

«Puede que todo sea una coincidencia».

Cuando la cabaña estuvo completamente terminada, los Hollister ayudaron a sacar del camión de Charlie varias literas plegables.

—Espero que no les importe que todo esto sea tan tosco —se disculpó el indio.

—No se preocupe por nosotros —contestó Ricky—. Somos pioneros.

La plataforma elevada de la cabaña no había sufrido desperfecto alguno y las camas de campaña pudieron colocarse en hileras ordenadas, sin la menor complicación. Mientras Pam y Holly hacían las camas, poniendo sábanas, mantas y almohadas limpias, la señora Hollister hizo la cena en una hoguera al aire libre. Cuando terminaron de cenar, ya estaba anocheciendo y Charlie llevó a sus huéspedes a una caleta cercana, que quedaba muy oculta.

Allí, disimuladas entre los árboles de colgantes ramas, estaban las dos embarcaciones del semínola. La nueva, con el motor a propulsión, tenía una instalación de radio junto al asiento del conductor. Junto a la otra embarcación de hélice se veía una gran barca de remos.

Aunque Ricky y Holly rogaron que les dejasen dar un paseo en aquella barca, les contestaron que ya era demasiado tarde.

—Cuando se pone el sol, oscurece muy rápidamente en el agua

—contestó Charlie.

De regreso a la cabaña, Pete y Ricky caminaron lentamente, buscando caracoles en los árboles. Muy pronto el sol no fue más que una línea roja en el horizonte y los dos hermanos habían quedado muy rezagados de los demás, a quienes ni siquiera se veía.

—Será mejor que les alcancemos —opinó Ricky.

Pete se volvió a mirar la caleta y, con gran sorpresa, vio desaparecer tras un árbol una cabeza humana.

—¡Ven, Ricky! —cuchicheó, echando a correr en dirección a la cueva.

Se oyeron crujidos en los matorrales, mientras alguien se esforzaba por escapar de allí. Pete y Ricky penetraron en aquel paraje de improviso, sorprendiendo a un muchacho que aparentaba tener la edad de Pete. Era delgado, tostado por el sol y de cabello muy rubio. Sus ojos grandes, muy abiertos, reflejaban mucho miedo.

—¿Quién eres? —le preguntó Pete—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El niño contestó que se llamaba Larry Lebuff y que vivía en la isla Santabella. Era hijo de un pescador.



—¿Nos estabas espiando? —quiso saber Pete.

El otro movió la cabeza, asintiendo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Pete.

—Mi padre había salido en la barca, esta tarde, y os vio llegar —dijo el niño, a media voz—. Yo quería ver cómo erais.

—¿Y por qué no has venido tranquilamente a decirnos hola? —preguntó Ricky—. No te habríamos mordido.

Larry bajó la vista, tímidamente, sin contestar.

—Siento que te hayamos asustado —se disculpó Pete—. Creíamos que eras uno de los cazadores furtivos.

A continuación, Pete habló al muchacho del destrozo que habían hecho en las cabañas semínolas.

—Una noche, vi a tres hombres en una barca —dijo Larry—. Vi las luces desde la orilla. Estuvieron navegando entre las «hamacas». Papá dijo que, probablemente, eran cazadores de luz.

Como los Hollister no le entendían, Larry explicó que solían llamar así a los hombres que enfocaban luces en los ojos de los animales salvajes. De este modo les cegaban y podían matarles sin peligro.

—¡Qué mala intención! —se escandalizó Ricky.

Y Larry movió la cabeza, demostrando que estaba de acuerdo con el pelirrojo.

En ese momento, se oyó la voz de Charlie «Rabo de Tigre», al que los muchachos vieron llegar, corriendo. Al notar que los dos Hollister no estaban en el campamento con los demás, el buen indio había vuelto hacia la caleta. Después de que entre él y su hermano contaron lo que les había sucedido, Pete preguntó:

—¿Conoce usted a este chico?

—Sí —repuso el semínola—. Y a su padre también. Son buena gente. Podéis hablar un rato más con él, si lo deseáis. Ahora que sé que estáis bien, vuelvo al campamento.

Cuando Charlie se marchó, Pete y Ricky dijeron a Larry quiénes eran ellos. Al cabo de un rato el muchachito rubio se despidió, diciendo que su barca estaba cerca de allí y debía regresar a Santabella.

—Antes de que te vayas, quisiera que vieses esto —dijo Pete, sacando el mapa de su bolsillo—. ¿Hay algo especial en la isla

Cautiva, en la zona que aquí está marcada con una X?

—Sí. Hay una gran barcaza.

—¿Querrás llevarnos a verla? —dijo Pete.

—¡No! Tengo… tengo… miedo —replicó Larry, aterrado.

ESCALOFRÍOS A MEDIANOCHE



—¿De qué tienes miedo? ¿De los ruidos extraños? —preguntó Pete.

—No puedo decíroslo ahora —contestó Larry—. Os veré mañana, si es que puedo.

Y sin decir nada más, el hijo del pescador echó a correr hacia la playa.

Pete y Ricky le vieron empujar una barca de remos desde la hierba hasta el agua, entrar en ella y empezar a remar hacia Santabella. Entonces, los dos hermanos fueron a reunirse con su familia en el campamento.

Al entrar en la cabaña, encontraron a Charlie encendiendo una lámpara de gasolina. El semínola sonrió, al decir:

—En cuanto oscurezca del todo nos acostaremos.

Cuando los viajeros tuvieron organizadas sus pertenencias, Charlie apagó el farol y todos se prepararon para dormir. Cada persona tenía una linterna bajo la almohada.

Los rumores nocturnos fueron como una nana que meció a los niños y les ayudó a dormirse en seguida. Pero Pam, que no tenía el sueño tan profundo como los demás, se despertó en plena noche,

creyendo haber oído un ruido extraño. Levantando la cabeza de la almohada, la niña escuchó con atención.

«Alguien ronca», se dijo. «¿Quién será? ¿Papá? ¿Charlie?».

Al fin se dio cuenta de que el ruido procedía del exterior de la cabaña. Inmediatamente alargó una mano hasta el catre inmediato y tocó la mano a Clementina. La niña india se despertó en seguida.

—Hay alguien durmiendo fuera —le cuchicheó Pam, al oído—. ¿Oyes cómo ronca?

—No es una persona —replicó Clementina en un susurro.

—Entonces, ¿qué es?

En medio de las sombras, la niña india contestó:

—No me creerás, si te lo digo. Será mejor que vayas a verlo. Levántate y ven conmigo.

Pam no tenía idea de lo que Clementina quería decir, pero confiaba en su nueva amiga. Sentándose sin hacer ruido, Pam se calzó y cogió la linterna. Con las manos enlazadas, las dos niñas bajaron de la plataforma de madera que formaba el suelo de la cabaña. Ninguna encendió la linterna hasta que creyeron estar a bastante distancia de la cabaña.

—¿Qué es lo que haces, Clementina? —preguntó Pam, tomando fuertemente de la mano a la india.

Ahora los ronquidos sonaban mucho más fuertes.



—No tengas miedo —dijo, con voz tranquila, Clementina, dirigiéndose directamente a la maleza de donde salía el ronquido.

Moviéndose con sigilo llegaron a una pequeña charca. Clementina dirigió el haz de su linterna a la superficie de la charca. Al momento, apareció una cabecita minúscula con ojos saltones.

—¡Una rana! —se asombró Pam—. ¿Era ella?

Clementina rió apagadamente y repuso:

—Es la rana roncadora. Los que vienen del Norte confunden muchas veces su croar con un ronquido.

—¡Qué miedosa soy! —sonrió Pam.

La rana dio un salto y desapareció en el agua, dejando un círculo de ondas que se extendieron hasta los bordes de la pequeña alberca.

—Vámonos. Tenemos que darnos prisa, si no queremos que los demás nos echen de menos —dijo Clementina.

No habían recorrido mucho trecho, cuando Clementina se detuvo en seco.

—¡Escucha! —dijo.

—¿Otra rana roncadora? —cuchicheó Pam.

—No. Creo que eso es un motor.

Las niñas apagaron las linternas y se volvieron de cara a la playa. A mitad de camino entre Cabo Tortuga y Santabella, una luz se movía sobre el agua, acompañada del apagado zumbido de un motor.

—¡De prisa! Hay que decírselo a papá —opinó Clementina.

Las dos niñas echaron a correr, tropezando repetidamente en los matorrales, y llegaron a la cabaña sin aliento.

Después de dar la alerta a sus padres despertaron a todos los demás.

—¡No puede ser nadie más que los cazadores furtivos! —dijo Charlie.

El indio corrió a su camión y volvió con dos grandes linternas. Él y el señor Hollister se encaminaron inmediatamente a la playa, seguidos de todos los demás, a excepción de Sue y su madre.

Ninguno de los dos hombres encendió las potentes linternas hasta que llegaron a orillas del agua.

Entonces enfocaron los haces de las linternas sobre las crestas de las olas; pero no podía verse otra cosa que la blanca espuma que era empujada hacia la playa arenosa.

—¿Estáis seguras de haber visto esa luz? —preguntó Charlie a las niñas.

—Sí, sí, papá —repuso Clementina.

Apagaron las linternas y todos quedaron silenciosos, escuchando y mirando hacia las dos islas que aparecían como dos negros bultos a la ligera claridad de la luna.

—Puede que hayan desembarcado y estén escondidos —dijo Pete.

Charlie «Rabo de Tigre» comentó que los cazadores furtivos obrarían con el máximo secreto. En cuanto supieran que alguien les buscaba desaparecerían y esperarían a tener la oportunidad otra noche.

Ya volvían hacia la cabaña, cuando todos se sintieron sobrecogidos por un extraño sonido. El grupo de detuvo en seco para escuchar.

—¡Alguien grita! —exclamó Pam.

—No. Más bien parece el aullido de un animal salvaje —dijo

Pete.

—Canas… tos —murmuró Ricky, estremeciéndose.

El fantasmal rumor produjo escalofríos en todos los componentes del grupo. Era algo que se transmitía a través del agua, desde las islas.

—Ése es el sonido de que les hablé —dijo Charlie «Rabo de Tigre» en voz muy baja—. Proceda de la isla Cautiva. Estoy seguro.

—Puede que lo hagan los hombres de la embarcación —sugirió Holly.

—No —replicó el indio—. Viene de bastante lejos.

Al cabo de unos pocos momentos, desapareció el escalofriante sonido y todos se encaminaron rápidamente a la cabaña. Allí, la chiquitina Sue estaba abrazada a su madre. También ellas dos habían oído el terrorífico sonido.

—¿Qué crees que ha sido? —preguntó la señora Hollister a su marido.

—No lo sé. Nunca hasta ahora había oído nada parecido.

Cuando se disponían a acomodarse de nuevo en las camas de campaña; Ricky habló en secreto con Pete.

—Nosotros podríamos averiguar lo que es ese ruido extraño.

—¿Cómo? —preguntó Pete.

—Larry conoce muy bien estas islas —siguió diciendo en voz baja el pequeño—. A lo mejor él puede guiarnos por la isla.

—Buena idea —murmuró Pete—. Mañana se lo preguntaremos.

Los niños se despertaron con el olor del tocino que se freía en la hoguera y, cuando todos estuvieron vestidos, el apetitoso desayuno ya se encontraba a punto.

Al concluir los últimos bocados del desayuno, que los niños comieron con gran apetito, Charlie «Rabo de Tigre» acompañó a los chicos a un arroyuelo cercano a la cabaña. Pete y Ricky fueron con un cubo cada uno, y lo llenaron de agua para que las niñas pudieran fregar los platos.

—Charlie y yo iremos a inspeccionar a lo largo de la costa en la barca de propulsión —dijo el señor Hollister—. Volveremos tarde.

Pete habló a su padre de los planes que tenían para ir a visitar a Larry Lebuff en Santabella.

—Allí podríamos buscar conchas marinas y, al mismo tiempo,

hacer algún trabajo detectivesco.

El señor Hollister miró interrogativamente al semínola.

—Me parece bien —dijo Charlie—. Pueden llevarse la barca de remos. El agua, entre las dos islas, está bastante calmada hoy.

La señora Hollister y las niñas se apresuraron a preparar bocadillos para todos.

—Sue y yo iremos a ver las ranas roncadoras —dijo, alegremente, la señora Hollister, mientras los demás marchaban en tropel, detrás de Charlie, a la caleta.

Los dos hombres salieron los primeros; después Pete y Ricky empujaron la barca hasta las tranquilas aguas y empuñaron los remos. Clementina se colocó delante, como capitana del viaje, y Pam y Holly fueron a sentarse detrás.



Los chicos remaron con movimientos regulares, aunque Pete, de vez en cuando, tenía que dejar que Ricky moviese solo su remo, para evitar el moverse en círculo por las aguas, porque el pequeño no era tan fuerte como él.

Todos se divirtieron mientras cruzaban las aguas. Cuando tuvieron bajo la quilla la arena de la playa de Santabella,

Clementina saltó de la barca y ayudó a los demás a bajar. De un bosquecillo de palmeras salió Larry que se dirigió, tímidamente, al encuentro de los recién llegados.

—¡Hola! —saludó.

—Es una isla muy bonita —declaró Pete, mirando a su alrededor.

—¡Qué conchas tan preciosísimas! —exclamó Holly.

—¡Qué murex tan lindo! —añadió Pam, agachándose a recoger uno de aquellos animalitos.

Al cabo de pocos minutos, las niñas ya habían encontrado un perfecto «Alfabeto Chino», un «Alas de Ángel» y una «Zarpa de León».

—¡Me quedaría aquí para siempre! —declaró Holly, con los ojillos brillantes de emoción.

Pete recordó a todos que habían ido allí a hacer un trabajo detectivesco.

—¿Oíste el ruido misterioso anoche, Larry? —preguntó.

—Me hizo estremecer —confesó el chico rubio.

—¿Llegaba desde la isla Cautiva? —fue la pregunta de Ricky.

Cuando Larry dijo que sí, Pete pidió:

—Háblanos de esa gran barcaza.

Larry se inclinó sobre la arena y con una ramita hizo un dibujo, mientras contaba a los Hollister una extraña historia.

—Había un hombre rico a quien le gustaba la isla Cautiva. También le gustaban las barcas ribereñas del Misisipi. De modo que compró una en Nueva Orleáns y la hizo remolcar a través del Golfo.

Luego, siguió explicando el niño, los obreros abrieron un canal de varios metros en la isla. El vapor fue llevado allí y el canal volvió a ser cubierto con arena.

—Y allí se ha quedado el barco —añadió Larry—. Es muy grande y tiene un cerco metálico alrededor.

—¿Y vive allí ese hombre rico? —preguntó Pete.

Larry contestó que el propietario había muerto poco después de que su proyecto quedase completado.

—Ahora crep que el lugar está en venta —añadió Larry—. El único que vive allí es el guarda. Se llama señor Dodd.

—¡Vamos a verlo! —decidió impetuosamente Ricky, mientras

Larry se ponía en pie.

Pero el muchachito rubio movió de un lado a otro la cabeza, diciendo:

—A la isla Cautiva, yo no voy.

—Vamos, Larry… —intervino Pete—. Si iremos todos juntos…

—Además —añadió Pam—, tú nunca has oído ese ruido extraño durante el día, ¿verdad?

—No —tuvo que admitir Larry—. Supongo que no pasará nada.

—¿Nos llevamos nuestra barca? —preguntó Pete.

Larry dijo que no.

—Es más corto el camino desde el otro extremo de la isla.

Larry abrió la marcha y todos se pusieron en camino, entre palmeras y árboles nudosos.

Pete y Pam marchaban juntos, llevando la cesta de la comida.

—Puede que ese extraño vapor de río sea una buena pista —dijo Pete a su hermana.

—¿Para encontrar a los cazadores furtivos?

—A lo mejor. Y a lo mejor tiene algo que ver con ese ruido misterioso. ¿Quién sabe lo que…?

—¡Ayyy! —chilló en aquel instante Holly.

Se le había hundido un pie en un hoyo y la pobre Holly fue a parar al suelo de cabeza.

EL QUINGOMBO



Larry volvió corriendo a donde estaba Holly para ayudarla a levantarse.

—Te has caído en un nido de tortuga excavadora —dijo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Pam, examinando el tobillo de su hermana.

—No. Sólo ha sido un susto.

Todos los niños se acercaron a contemplar el hoyo.

—¿Veis? —dijo Larry—. Está hecho por una tortuga excavadora de Florida. Holly ha tropezado en la entrada del túnel y lo ha roto.

El tímido Larry iba sintiéndose cada vez más a sus anchas con los demás niños y les explicó que aquellos nidos de tortugas llegaban a veces a medir doce metros.

—Y en estos nidos viven toda clase de animales.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntaron, casi a un tiempo, Pete y Pam.

Larry les dijo que las inofensivas culebras índigo, las lechuzas de madriguera, los zorrillos y muchos insectos utilizaban como vivienda las madrigueras de las tortugas.

—Entonces, no debemos causarles más molestias —dijo la

bondadosa Pam, inclinándose para recoger una palma, para cubrir el agujero.

—Así la señora Tortuga de Madriguera no cogerá una insolación —dijo Holly, riendo y echando a correr delante de los demás.

Después de una larga caminata, llegaron al extremo más apartado de la isla y corrieron por la playa del cabo de Santabella.

—Está bajando la marea —dijo Larry—. Podremos vadear hasta isla Cautiva dentro de media hora.

Emplearon ese tiempo en buscar conchas marinas de formas raras. Cuando el agua estuvo lo bastante baja, todos se descalzaron y pasaron a pie a la otra isla. Allí, en la playa, había un grupo de árboles y los niños dejaron sus zapatos y la cesta de la comida a la sombra de un árbol llamado mango.

Mientras caminaban playa adelante, Pete dijo a Larry:

—Me gustaría saber quién dibujó este mapa y por qué puso esa X.

—No lo sé —contestó Larry—. El señor Dodd es un viejecito muy amable. A mi padre y a mí, siempre nos saluda cuando pasamos cerca en la barca.

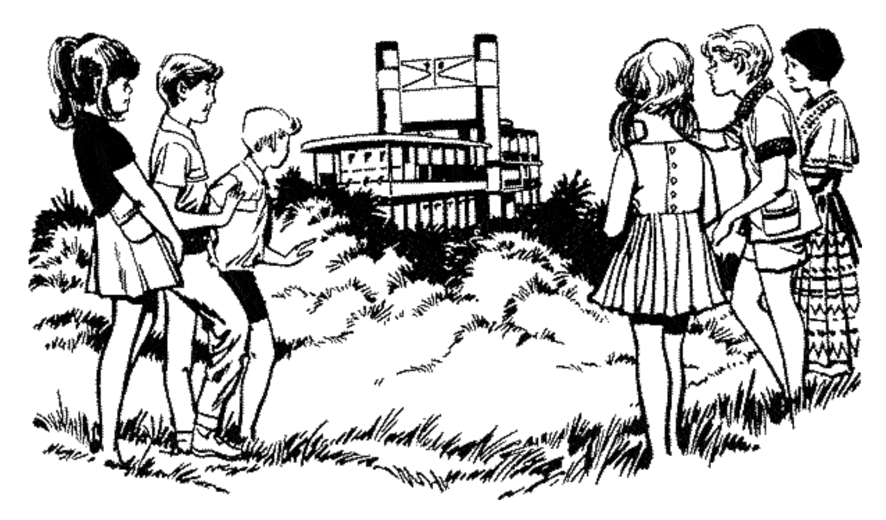
La arena era blanca y apelmazada bajo sus pies desnudos. De vez en cuando, Holly y Ricky se desviaban para chapotear en las aguas vadosas.

Pronto llegaron a una curva de la playa. En frente, entre los árboles, asomaban dos chimeneas.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Eso debe de ser parte del vapor de río.

—Sí —asintió Larry—. ¿Verdad que son grandes?

Pronto quedó visible todo el vapor y los niños se detuvieron para contemplarlo. La enorme embarcación blanca tenía tres cubiertas y una pequeña timonera entre dos chimeneas. En la popa, se veía una gran rueda de palas.



Pete y Larry se adelantaron a los demás para acercarse a la alta cerca de tela metálica. Los dos chicos tuvieron que ponerse de puntillas, para poder ver algo por encima de los arbustos que crecían en el interior del cercado.

Pete se sujetó con las dos manos a los entramados de la cerca y estaba a punto de trepar por ella para inspeccionar mejor el interior cuando, directamente delante de él, se separaron unas altas plantas y apareció un rostro de hombre.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el hombre con muy malos modos—. ¡Haz el favor de no subir por ahí!

Inmediatamente, el hombre corrió a lo largo de la cerca, abrió la verja y salió para enfrentarse a los muchachos.

Era bajo y regordete, de cabeza calva y cejas espesas y rubias y boca pequeñísima sobre una doble papada. Mientras hablaba parecía a punto de sonreír, pero su sonrisa se nublaba constantemente. Su voz era casi un ronroneo cuando volvió a hablar para preguntar:

—¿Buscáis a alguien?

—Creí que podríamos ver al señor Dodd —dijo Larry.

—Yo soy su ayudante. Me llamo Seeber. El señor Dodd no está en estos momentos.

—Mis amigos y yo estamos visitando estos alrededores —explicó Larry—. Yo quería enseñarles el vapor.

El hombre volvió a forzar una sonrisa.

—Miradlo cuanto queráis, desde fuera —dijo—. Pero nada de trepar por la cerca. ¿Has oído, chico?

—Sí, señor —contestó Pete.

Seeber volvió otra vez a la verja, allí quedó un momento indeciso, y al fin volvió la cabeza para preguntar:

—¿Estuvisteis vosotros husmeando por aquí, anoche?

—No —dijo Pam.

—Yo tampoco —aseguró Larry.

—¿Por qué nos lo pregunta? —quiso saber Pete—. ¿Acaso vio a algún chico?

El hombre regordete dijo que había oído voces en la playa.

—Serían cazadores o curiosos.

—¡Apuesto a que eran cazadores furtivos! —dijo Ricky—. Han estado por aquí.

—Le aconsejo que tenga usted cuidado —dijo Pete al ayudante del guarda—. Hemos encontrado un mapa. Mírelo.

El muchachito buscó en su bolsillo y sacó el papel con el mapa y la X. Seeber tomó el papel con una mano, mientras con la otra se rascaba la calva, pensativamente.



—Puede que hayan marcado este lugar, porque piensan cometer un robo —dijo Pam.

El hombrecillo gordo rió apagadamente y sus hombros se estremecieron. Volvió a esbozar la sonrisa, que se esfumó en seguida.

—¿Un robo? Pero si aquí no hay nada que robar.

—Nadie podría llevarse el barco. Es verdad —dijo Ricky, bromeando alegremente.

—Entonces, será que éste es un buen sitio para robar tortugas —fue la opinión de Pete.

—Vaya… Parece que sois de los que piensan en todo —observó Seeber, contemplando a los niños con admiración.

—Es que estamos intentando resolver un misterio —le explicó Pete—. ¿Sabe usted algo de esos ruidos misteriosos?

El hombre arrugó las espesas y rubias cejas y se llevó un dedo a los labios.

—¡No lo mencionéis! —dijo.

—¿Lo oyó usted anoche? —preguntó Larry.

El hombre cabeceó, asintiendo y añadió:

—Nada bueno nos traerá esto. ¡Son rumores terroríficos! Vienen de alguna parte de la isla de San tabella.

—¡No, no! —dijo Larry—. Lo sé seguro porque yo vivo allí.

—Y vosotros, ¿dónde vivís? —preguntó Seeber a los Hollister.

Los niños dijeron que vivían en la nueva cabaña, que habían ayudado a construir a Charlie «Rabo de Tigre».

—¡Ah, sí! El semínola —dijo Seeber, cruzando la verja—. El señor Dodd me ha hablado de él. Un buen hombre, por lo visto.

El hombre rechoncho cerró la verja, dio un manotazo a la mosca que se había posado en su calva y desapareció por el frondoso sendero que llevaba hasta el vapor.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Pete a Larry, cuando Seeber no podía oírles ya.

—No me gusta tanto como el señor Dodd —repuso Larry—. Y no comprendo por qué el señor Dodd ha traído a un ayudante.

—Es un sitio demasiado grande para tenerlo cuidado —razonó Pam—. Si el señor Dodd es viejecito, necesitará ayuda.

Los niños fueron caminando a lo largo de la cerca metálica,

teniendo buen cuidado de no tocarla. La gran mole del viejo vapor de río se elevaba, blanco y resplandeciente, por encima de los árboles.

—Hay alguien en la timonera —anunció Larry.

—Es el señor Seeber —gritó Holly, al tiempo que la calva cabeza del hombre desaparecía de la vista.

—Sí. No deja de vigilarnos —dijo Pete—. Será mejor volver a la orilla.

—Está bien —asintió Larry—. Puede que la próxima vez podamos encontrar al señor Dodd.

Ricky, que iba saltando a la pata coja por la orilla del agua, se lamentó de su poca suerte.

—Con lo que me habría gustado ver ese barco por dentro…

Mientras caminaban por la playa curvilínea, los niños se agachaban con frecuencia para recoger raros ejemplares de conchas marinas.

—¡Qué colección más bonita vamos a llevarnos a casa! —dijo Pam—. Podemos guardarlas en bolsitas pequeñas para venderlas en el Centro Comercial.

Cuando se aproximaban al árbol junto al que habían dejado la cesta con la comida, Ricky dijo:

—¡Qué apetito tengo! ¿Por qué no comemos ya?

—En la playa, no. Hace demasiado calor —se lamentó Holly, secándose las gotitas de sudor de su frente.

—Yo conozco un buen sitio —informó Larry, con los ojos chispeantes, mientras conducía a sus amigos al bosque.

—¡Mirad! Aquí hay caracoles de colores —anunció Pam, acercándose al tronco de un árbol.

Las vistosas criaturas brillaban a la luz del sol que se filtraba entre las ramas de los árboles.

—Son muy bonitos —comentó Larry, asombrado de que aquellos niños, procedentes del Norte, supiesen algo sobre los caracoles del Sur—. Pero venid aquí. Estaremos mejor a la sombra de este árbol.

Pete llevó la cesta, mientras Pam y Clementina extendían un mantel de cuadros rojos y blancos en un trecho de terreno liso.

—¡Qué árbol tan raro! —comentó Pete, levantando la cabeza.

—Es un quingombo y es de los raros —repuso Larry, volviendo

la cabeza.

Clementina vio que el muchachito hacía un guiño y por eso guardó silencio.

—¿Por qué es extraño? —quiso saber Pam.

Pero Larry aparentó no oírla y cogió una piedra blanca que arrojó al aire. La piedra rodó por la arena de la playa, resplandeciendo al sol abrasador del mediodía.

—¡Venid a comer! —llamó Pam a Ricky y Holly.

Los dos hermanos llegaron corriendo desde una higuera de procedencia oriental, a la que habían estado intentando trepar. Los dos se sentaron con las piernas cruzadas bajo el quingombo.

Pero, mientras comían los bocadillos y bebían limonada, algo muy extraño empezó a ocurrir. De todas las ramas del árbol fue desprendiéndose un espeso vaho que descendía sobre los niños.

—¡Canastos! ¡Este árbol está incendiado! —exclamó Ricky, poniéndose en pie de un salto, con un bocadillo a medio comer en su mano.

—¿Estaré viendo visiones? —preguntó Pete, dejando su vaso de cartulina.

Larry y Clementina se echaron a reír.

—Me había imaginado que ocurriría esto —dijo el hijo del pescador—. Aunque no mucha gente consigue verlo.

Y Larry explicó a los Hollister que en los días muy calurosos el quingombo despedía vapor.

—No puede hacer daño —añadió Clementina—. Pero es mejor que vayamos a sentarnos debajo de aquella higuera.

Cuando los niños acabaron la comida, el quingombo había cesado de desprender vapor. Larry dijo entonces:

—Ya es hora de que vuelva a casa. Tengo que hacerle unos recados a mi padre.

—Será mejor que nosotros volvamos también —resolvió Pete.

Todos vadearon el agua hasta Santabella.

—Gracias por habernos enseñado la isla y el vapor —dijo Pete.

—Gracias a vosotros por la comida —contestó Larry—. ¿Sabréis llegar solos al otro lado de la isla?

—Claro.

—Entonces, me despido aquí. Adiós a todos —dijo Larry

echando a correr playa abajo.

Los Hollister y Clementina se pusieron los zapatos y empezaron a caminar hacia el lugar en donde habían dejado la barca.



—Éste es el misterio más grande que hemos visto nunca —dijo Pete a Pam.

—Sí. La isla Cautiva es un lugar muy extraño —concordó la niña —. ¿A ti te gusta el señor Seeber?

Pete se encogió de hombros.

—Supongo que es un buen hombre. También él está asustado con esos ruidos.

Buscando las huellas que habían ido dejando a la ida, Pete pronto encontró la madriguera de tortuga. No tardaron en llegar a la playa arenosa que quedaba frente a Cabo Tortuga.

Pete miró a un lado y otro del agua y acabó exclamando:

—¡Eh! ¿Dónde está nuestra barca?

—¡Ha desaparecido! —murmuró Holly, lloriqueando.

UNA EXTRAÑÍSIMA ADVERTENCIA



—¿Dónde puede estar nuestra barca? —preguntó Pam, aturdida.

—Se la habrá llevado la marea —calculó Pete—. Debimos dejarla más adentro.

—¿Cuál es el sitio exacto donde la dejamos? —preguntó Clementina, dando paseos, de un lado a otro de la playa.

—Creo que éste —contestó Pete, aproximándose a la niña—. Aquí está la señal que dejó la quilla en la arena.

—¡Mirad! —llamó Ricky. Y todos los demás se arremolinaron a su alrededor—. ¡Huellas de pies!

Los muchachos se inclinaron para examinar unas pisadas que conducían hacia el grupo de palmeras que bordeaba la playa. Entre cada par de pisadas, se veía una profunda hendidura, al parecer hecha por la quilla de una embarcación.

—¡Zambomba! ¡Alguien ha arrastrado nuestra barca hasta la arboleda! —exclamó Pete.

—Tiene que ser una broma. ¿Creéis que papá y Charlie habrán querido burlarse de nosotros? —se le ocurrió preguntar al pecosillo.

Pero Pete estaba muy serio. Seguido de los demás, caminó a lo largo de las huellas de la arena hasta el palmar. Allí se abrió paso a

codazos entre los matorrales que crecían junto a las palmeras, y de pronto se detuvo y señaló una palmera.

La barca estaba suspendida de una rama alta con la cuerda del ancla. Se bamboleaba suavemente, por encima del suelo.

—¡Esto no es una broma! —exclamó Pam.

—Claro que no lo es —concordó Clementina—. Mirad lo que han pintado dentro.

—¡Canastos! Una calavera y unos huesos cruzados.

Todos se aproximaron más para examinar bien la barca. Debajo del distintivo pirata se leía la palabra: «¡Cuidado!».

Los niños supusieron inmediatamente que alguien había estado vigilando en la isla Santabella. Mientras ellos se dirigieron a Cautiva, los enemigos habían arrastrado hasta allí la barca y la colgaron de la palmera como una advertencia.

—Es escalofriante —dijo Clementina—. Quisiera que estuviese aquí mi padre.

Ricky se ofreció para desatar la cuerda del ancla. Pete le dio un último empujón y el pequeño trepó por el tronco. Mientras Ricky desataba los nudos, Pete y Pam sostuvieron por abajo para bajar la barca de remos. Cuando la cuerda cayó al suelo, los otros ayudaron a bajar la barca hasta la arena. A los pocos minutos Ricky estaba también abajo.

—¡Esperad! ¿Dónde están los remos? —preguntó Holly.

—Deben de estar por aquí —dijo Ricky.

Los niños buscaron por la isla, moviéndose en círculos cada vez más amplios. Encontraron el ancla, escondida bajo unas matas, pero los remos no aparecían por parte alguna.

—Los remos llevan las iniciales de papá —dijo Clementina.

Y explicó a sus amigos que ella misma había ayudado a su padre a marcar a fuego las letras CRT.

—La verdad es que estamos en un buen apuro —dijo Pam—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tendremos que buscar a Larry otra vez —opinó Pete—, y utilizar su barca para volver a casa.

Cogiendo la barca por la borda, los niños la trasladaron nuevamente a la isla para buscar la casa de Larry.

Después de mucho caminar encontraron, por fin, la casita del

pescador, bien apartada del agua, y en medio de palmeras. Los niños corrieron hacia la casa, llamando a Larry a gritos. El niño asomó por la puerta vidriera, poniendo cara de asombro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Cuando Pete se lo contó, el hijo del pescador quedó muy preocupado.

—¡Qué cosas tan misteriosas! Pero no os apuréis. Yo os llevaré a Cabo Tortuga.

El niño corrió al interior de la casa y volvió con un motor de fuera borda.

—Sentaos muy quietos —aconsejó Larry, mientras ponía el motor en marcha.

El viaje alrededor de la isla fue lento y los pasajeros tenían miedo incluso de respirar hondo, pensando que podían hacer volcar la embarcación. A pesar de que todos se mantenían absolutamente inmóviles, de vez en cuando entraba algo de agua. Todos respiraron aliviados, al fin, cuando Larry llevó la barca hacia la playa.

—Ahora podremos viajar con más tranquilidad —dijo Larry, mientras todos bajaban a tierra.

El niño ató la embarcación de Charlie «Rabo de Tigre» detrás de la suya. Entonces, entre Pete y Ricky, empujaron la barca de remos al agua y saltaron al interior, llevando a Pam con ellos. Ahora que el cargamento estaba repartido, los niños se sintieron más tranquilos mientras cruzaban el canal hacia Cabo Tortuga.

—Gracias, Larry —dijo Pam, cuando llegaron a la orilla y desataron la barca de remos dé Charlie.

—Si encuentras los remos, haz el favor de decírnoslo —pidió Pete.

—Muy bien —asintió el niño isleño, antes de volver su barca en dirección a Santabella.

Ricky le preguntó:

—¿Podrás volver, para jugar con nosotros, mañana por la mañana?

—Estupendo. Hasta mañana.

Junto a la cabaña india, el fuego estaba encendido y la señora Hollister empezaba a hacer la cena. Los mayores quedaron asombrados cuando los niños contaron su aventura. El señor

Hollister y Charlie «Rabo de Tigre» habían estado inspeccionando entre las «hamacas» y las Everglades, pero no pasaron por Santabella ni por Cautiva aquella mañana.

—Estoy seguro de que los cazadores furtivos tienen un escondite en una de las islas —dijo Pete—, y fueron ellos los que colgaron la barca del árbol, como advertencia.



—Nuestros enemigos son muy testarudos —dijo el semínola.

—Pero no nos darán esquinazo continuamente —aseguró el señor Hollister.

—Ya verás cómo les descubriremos, papá —prometió Pete.

Pronto notaron todos el olor de las hamburguesas y se prepararon para cenar.

Cuando terminaron, Sue se puso en pie y, acercándose a su padre, preguntó:

—¿Puedo decirlo ahora?

El señor Hollister, riendo, dijo que sí.

—Vamos a hacer una carrera de barcos aéreos —anunció Sue.

—¡Canastos! —gritó Ricky, dando zapatetas que recordaban algunos bailes indios—. ¡Yo quiero ir con Charlie!

—¡Y yo! ¡Y yo! —añadió la traviesa Holly.

—Así no estaría equilibrado el peso de las embarcaciones —dijo el semínola—. ¿Qué os parece si Ricky y Pam viajan conmigo, y Pete y Holly con vuestro padre?

Los niños se adelantaron a la carrera hasta la caleta escondida y saltaron al interior de las embarcaciones.

—John, yo creo que lo justo es que tú tengas un poco de ventaja al empezar —dijo Charlie.

—De acuerdo. ¿Qué te parece diez largos del barco?

—Comprendido —contestó Charlie, poniendo en marcha su motor a propulsión.

Acompañando sus maniobras de una ruidosa sacudida y una columnita de negro humo, el señor Hollister puso en funcionamiento la hélice. Las dos embarcaciones se deslizaron hasta el agua y una vez allí los dos hombres decidieron hacer una carrera de una milla, hacia el sur, hasta un grupo de «hamacas», a orillas del Golfo. Allí efectuarían un giro alrededor de la primera isla, y volverían al punto de partida.

Cuando ya el señor Hollister le llevaba una buena ventaja, Charlie sacudió la mano, como señal de salida y ambas embarcaciones adquirieron gran velocidad, en medio de un ruido de todos los infiernos.

—¡De prisa, papá! —gritó Pete.

El señor Hollister aceleró más la marcha y de ambos lados de la embarcación, que surcaba el aire a poca distancia del suelo, se vio surgir una rociada blanca. Holly, con las trencitas flotando al viento, se volvió a mirar a los otros.

—¡Nos están alcanzando, papá! —advirtió a gritos.

Detrás, a muy poca distancia, Ricky y Pam se sujetaban con fuerza a los asientos; el viento casi les cortaba la respiración.

Después de que el señor Hollister efectuó un limpio giro alrededor de la isla, ambas embarcaciones iniciaron el regreso. Los niños se miraban unos a otros, sin poder hacer otra cosa más que

sonreír. ¡No se atrevían a separar ni una mano del asiento para saludar!

Durante medio kilómetro las embarcaciones corrieron juntas. La de Charlie aullaba como un fantasma y la del señor Hollister rugía como un león. Pero, entonces, el motor a propulsión empezó a dar muestras de su potencia. Palmo a palmo, fue tomando ventaja a la embarcación de hélice. Al llegar a la meta, Charlie había adelantado un buen trecho a los otros.

—Nos ha vencido en toda la línea —confesó Pete, desmontando en la caleta.

—¡Es el más rápido de todas las Everglades! —aplaudió el señor Hollister, saludando al vencedor.

Sue, que estaba en la orilla, asida a la mano de Clementina, declaró, suplicante:

—Yo también «quero» dar un paseíto. En la barca que silba.

—De acuerdo —sonrió Charlie—. Subid.

Sue y Clementina ya habían subido a la embarcación, cuando la señora Hollister preguntó:

—¿Puedo ir yo, también?

—¡Canastos! Mamá también quiere pasear —se asombró Ricky, ayudando a subir a la señora Hollister.

Esta vez no se trataba de ninguna carrera y Charlie no puso el motor a toda velocidad. Lo que hizo fue dar una marcha media para que sus pasajeros pudieran contemplar con calma el paisaje. En algunos trechos había que pasar por tramos angostos, llenos de follaje.

El indio se inclinó hacia adelante, desde su asiento, para decir:

—Clementina conoce muy bien estas aguas. Ha remado por ellas muchas veces.

—¡Cuidado, Charlie! —gritó, de pronto, Sue—. ¡Vamos a tener un «alcidente»!

El indio elevó más la embarcación para evitar chocar con lo que parecía ser un tronco flotando en el agua.



—¡Es un caimán! —exclamó la señora Hollister, viendo que el reptil sacudía la cola y desaparecía bajo el agua.

Charlie detuvo la embarcación.

—Es un cocodrilo —aseguró—. ¿No se ha fijado en el morro estrecho y puntiagudo? Los caimanes tienen el morro más romo. De todos modos, no hay muchos cocodrilos por aquí. Éste debía de ser una hembra que tendrá cerca el nido.

Mientras su padre hablaba, Clementina miraba atentamente hacia las aguas.

—Tendríamos que buscar ese nido y protegerlo, sobre todo si la hembra ha puesto ya los huevos —dijo Charlie.

Pero estaba oscureciendo demasiado para hacer una exploración. El semínola guió la embarcación en dirección a la caleta. Cuando llegaron y contaron su aventura, Pam murmuró:

—Me gustaría ver el nido de cocodrilo.

Clementina sonrió, sin decir nada. Pero algo más tarde, cuando se acostaron, la niña india se acercó a Pam y le cuchicheó algo al oído.

A la mañana siguiente, después del desayuno, se presentó Larry para jugar con Pete y Ricky.

—Ya le he dicho a papá lo que vamos a hacer, así que no te preocupes —dijo Clementina. Y cogiendo un remo de la embarcación aérea de su padre, añadió—: Lo utilizaremos en la barca de remos.

Clementina se ocupó de remar y la barca se abrió camino entre el laberinto de islas. Los estrechos pasos de agua entre una y otra isla eran sombríos, aunque de vez en cuando se filtraba entre las ramas la luz del sol que reverberaba en las aguas oscuras. En algunos trechos, un musgo espeso cubría los laterales de las islas.

—Ten mucho cuidado, no vayamos a perdernos —cuchicheó Pam, mientras avanzaban, en medio de un gran silencio.

Pam hizo, entonces, una seña a Clementina y las dos niñas echaron a andar bajo el follaje de las palmeras, camino de la caleta.

—He tomado un atajo para llegar al lugar en donde vimos el cocodrilo —le tranquilizó Clementina.

Al cabo de un rato, la niña india dijo a media voz:

—Aquí es. Ahora buscaremos el nido. No estará lejos.

El «chap, chap, chap» del remo era el único sonido que podía escucharse, mientras la embarcación avanzaba por las aguas vadosas. Los ojos muy atentos de la niña semínola miraban constantemente a izquierda y derecha. Al poco, Clementina dijo:

—Veo huellas de cocodrilo en aquella orilla fangosa.

Inmediatamente, hizo virar la embarcación para dirigirla a la orilla.

Pam distinguió las oscuras huellas dejadas por las patas del reptil y, cerca, un montón de hojas y ramas. Estaba a punto de preguntarle a Clementina qué era aquello, cuando un escalofrío le recorrió de pies a cabeza. No se notaba nada de brisa y, sin embargo, aunque muy ligeramente, unas briznas de musgo acababan de moverse. Mientras Pam escuchaba con toda atención, se onduló la superficie del agua.

¡Alguien se ocultaba en el pantano, muy cerca de las dos niñas!

EL POBLADO INDIO



De repente, se oyó el zumbido, seguido del rugir de la hélice de un avión. Al mismo tiempo, una ráfaga de viento llegó hasta las niñas, haciendo ladearse la pequeña embarcación.

—¡Una embarcación volante! —exclamó Pam—. ¡Está escapando!

—¡Otra vez los cazadores furtivos! Apostaría algo —se lamentó Clementina—. Y no podemos alcanzarles.

Pam contestó que bastante suerte habían tenido con que los cazadores no las hubieran hecho prisioneras. Además, podía ser que Charlie «Rabo de Tigre» y el señor Hollister estuvieran siguiendo el rastro de aquella gente.

Mientras la niña semínola hacía dar la vuelta a la barca, Pam miró con atención el nido de cocodrilo, hecho de ramas y hojas. Varios huevos, un poco más grandes que los de gallina, estaban dispersos allí. De pronto, Clementina ahogó un grito:

—¡Cuidado, Pam! El cocodrilo madre…

Cerca del nido medio destrozado y semioculto por los matorrales, las niñas pudieron ver un cocodrilo de casi dos metros de longitud. El reptil estaba inmóvil y con los ojos entornados.

—¿Por qué no habrá protegido su nido? —cuchicheó Pam.

—Puede que esté muerta —repuso Clementina, y aproximó algo más la barca para contemplar al reptil.

Junto al cocodrilo se veía un remo roto. En la pala se veían, marcadas a fuego, las iniciales CRT.

—Han golpeado al pobre animal —dijo Clementina—. ¡Y con el remo de mi padre!

Ahora las niñas tuvieron la certeza de que habían sido los cazadores furtivos quienes siguieron al grupo el día anterior y pintaron en la barca la calavera y los huesos.

—¡Tienen que ser muy malos cuando han golpeado así al pobre cocodrilo madre! —reflexionó Pam, condolida—. Espero que todavía esté vivó.

Su amiga se inclinó hacia delante y tocó con el remo al animal en el rabo. Al momento, el rabo dio una sacudida de izquierda a derecha, con tal fuerza, que el remo estuvo a punto de caer de la mano de la niña. El cocodrilo volvió la cabeza y abrió los ojos amarillentos, con expresión maligna.

—¡Vámonos de aquí en seguida! —apremió Pam.

Pero Clementina no necesitaba ninguna advertencia. Valiéndose de toda su fuerza, remó lo más rápidamente posible a través de la maraña acuática de las Everglades.

Pam volvió la cabeza para mirar por encima del hombro; temía que el peligroso reptil hubiese salido en su persecución. Pero muy pronto perdieron de vista el nido y no apareció ningún cocodrilo en las aguas oscuras.



Las dos niñas dieron un suspiro de alivio y, remando con firmeza, Clementina llevó la barca hasta el Cabo Tortuga.

Al llegar encontraron a los demás saboreando una comida, preparada con los peces que los niños habían pescado durante la mañana. Larry se había marchado hacía pocos minutos. Todos quedaron asombrados al enterarse de lo cerca que Pam y Clementina habían estado de los cazadores furtivos. Y los dos hombres decidieron acelerar sus pesquisas y ver de localizar aquella tarde a los ladrones de los huevos de cocodrilo.

—Si localizamos su campamento, podremos esperar allí a que regresen —dijo Charlie.

Inmediatamente, los niños suplicaron que se les permitiera ir también. Después de reflexionar unos minutos, el semínola estuvo de acuerdo en que les acompañaran los pequeños.

—Podemos convertir este trabajo en una diversión para todos —dijo.

Se planeó buscar en los alrededores del nido de cocodrilo, luego internarse en las Everglades y visitar el pueblo semínola donde ahora vivía la abuela de Clementina.

La señora Hollister, Pam y las dos niñas más pequeñas fueron en la embarcación aérea de Charlie. Pete, Ricky y Clementina acompañaron al señor Hollister. Las dos embarcaciones, la de

Charlie delante, se abrieron camino entre las islillas, hasta el lugar en que estaba el nido de cocodrilo. Allí las embarcaciones se detuvieron.

—La madre «coco» ha desaparecido —dijo Charlie, bajando a la húmeda orilla.

Rápidamente, recogió los diseminados huevos, los puso dentro del nido y cubrió éste con hojas. Luego, cogió el remo roto y buscó el otro, que apareció a poca distancia.

—Esos hombres han debido de llevarse, también, al pobre cocodrilo —empezó a decir Charlie que, en seguida, añadió—: ¡Oooh, ahí viene!

Todos miraron al lugar señalado y vieron, a su espalda, asomar entre las aguas un morro y dos ojos. Charlie «Rabo de Tigre», saltó a su barca y ésta y la conducida por el señor Hollister se pusieron inmediatamente en marcha, dejando que el reptil se ocupase de vigilar los pocos huevos que le quedaban.

Las embarcaciones avanzaban veloces, unas veces en el agua, otras sobrevolándola. A veces la separación entre el arbolado de un lado y otro del agua era tan ancha como una calle, mientras que en otros trechos no tenía más amplitud que una acera. Por fin la embarcación que marchaba delante llegó a un pequeño lago. En la orilla más lejana se veía un grupo de cabañas indias.

—¡Ése es el pueblo de la abuela! —dijo Clementina, palmoteando de alegría.

Al aproximarse, los viajeros pudieron ver a mujeres y niños, con trajes de alegre colorido, atareados en distintos quehaceres. Una anciana, de rostro oscuro y arrugado, se acercó al embarcadero con pasos vacilantes; el dobladillo de su falda casi rozaba el suelo.

Charlie «Rabo de Tigre» hizo una maniobra con la embarcación, con objeto de que el señor Hollister pudiera llegar a tierra el primero. Clementina bajó en seguida y corrió a abrazar a su abuela.

—Hemos traído unos amigos —explicó, sonriendo, mientras Pete y Ricky saltaban a tierra.

Cuando la embarcación de Charlie quedó sin viajeros, todos los Hollister fueron presentados a la abuela «Rabo de Tigre». La anciana, cogiéndose las cuentas de su collar de varias vueltas, hizo una reverencia a cada uno de los visitantes.

—Estoy haciendo vestidos —dijo la ancianita semínola. Y dirigiéndose a las niñas, añadió—: Venid, os los enseñaré.

Holly, Pam, Clementina y la señora Hollister siguieron a la abuela «Rabo de Tigre» hasta la cabaña. Allí, montada sobre una mesita, a la sombra de la techumbre de hierbas, había una máquina de coser, muy anticuada. Y sobre ella se veía una enorme falda de muchos colores.

Mientras las niñas miraban, fascinadas, los hábiles dedos de la anciana guiaron la tela bajo la aguja que bajaba y subía haciendo mucho ruido. A Holly le tenía encantada la palanquita metálica que iba y venía constantemente, bajo la presión del pie de la viejecita.

Entre tanto, Sue iba asida de la mano de su padre, mientras éste, Ricky y Pete recorrían el campamento indio con Charlie «Rabo de Tigre».

—Debe de ser «divirtido» vivir aquí —dijo Sue, girando su cabecita más que un tornillo, para poder contemplar a todas aquellas gentes, vestidas de alegres colores.

—Sí, lo es —afirmó un muchachito indio.

Parecía tener la edad de Pete y no era tan tímido como los otros niños, que miraban a los visitantes desde lejos.

—Hola, Jim —dijo «Rabo de Tigre», antes de presentar al muchachito a los Hollister.

Jim tenía la cara redonda, los ojos negros y siempre parecía dispuesto a sonreír.

—¿Queréis ver una canoa hecha de un tronco vaciado? —preguntó.

—¡Claro que sí, canastos! —replicó Ricky.

Mientras el señor Hollister v Charlie seguían su paseo por el campamento, el niño semínola llevó a los otros tres a otro desembarcadero. Allí, en el agua, flotaba una gran canoa de madera. Pete comprobó, inmediatamente, que era un tronco que había sido vaciado en el centro y cortado en ángulo en los extremos.

Jim cogió una larga vara que había en el suelo y dijo:

—Entrad, pero con cuidado. Es una barca semínola. Se vuelca fácilmente.

Pete subió el primero y extendió la mano para ayudar a Ricky y

a Sue. Una vez los tres dentro, se sentaron en el fondo. Jim se colocó dé pie, en la proa y, valiéndose de la vara, hizo avanzar la canoa lentamente por el lago.



—¡Zambomba! ¡Qué divertido! —dijo Pete, entusiasmado—. ¿Podría conducir yo una vez, Jim?

El semínola dijo que sí, hizo girar la canoa y volvió al embarcadero. Allí Pete empuñó la vara e impulsó la embarcación a través de las aguas vadosas.

Después de describir un círculo en el agua, Pete regresó para dejar que Ricky probara a llevar la canoa. El pelirrojo lo hizo muy bien, aunque le costaba levantar la vara del fangoso fondo.

Sue, hasta entonces, no había hecho nada más que mirar entusiasmada a su alrededor. Pero cuando Ricky llevó la canoa al embarcadero, la vocecita penetrante de la pequeña anunció:

—Ahora me toca a mí.

—Tú eres demasiado pequeña —protestó Ricky.

—Era pequeña el año pasado. Pero ahora soy grandísima —declaró Sue, ofendida, haciendo un pucherito con el labio inferior.

—Me parece que no podrás sostener la vara, Sue —dijo, en tono cariñoso, Pete.

Pero la pequeña no se tomó la molestia de contestar. Volvió su carita risueña a Jim y, con voz muy melosa, preguntó:

—¿Me dejas que conduzca yo, guapito?

—Bueno. Pero en una canoa infantil. En ésas practican los más pequeños —dijo Jim, mientras todos bajaban de la embarcación.

Entre Pete y Ricky sostuvieron la pequeña canoa, en la que Sue entró, cogiendo la pértiga que Jim le ofrecía.

—Será mejor que vayas tú con ella, Ricky —dijo el muchachito indio.

El pelirrojo se sentó en el fondo de la canoa y Sue manejó la pértiga para alejarse del embarcadero. Cuando habían recorrido una distancia equivalente a la longitud de varias canoas, a Sue le chispearon los ojos de alegría.

—Ahora voy a dar un empujón «gordísimo» —dijo.

Con todas sus fuerzas hundió la vara en el fondo del lago. Pero… ¡no pudo volver a levantarla!

Sujetándose con fuerza a la vara, Sue se encontró en el aire, mientras la canoa se deslizaba, alejándose de ella. ¡La chiquitina se bamboleaba sobre las aguas, agarrada a la pértiga y dando grititos de angustia!

UN PLAN ARRIESGADO



—¡Socorro! —gritaba Sue, que empezaba a resbalar desde lo alto de la pértiga.

Sus piececillos casi rozaban el agua y la diminuta canoa india seguía alejándose.

Pero Ricky, arrodillándose en el fondo de la embarcación, empezó a sacudir velozmente en el agua las manos, como si se tratase de remos, y llegó junto a Sue cuando la niña estaba a punto de darse un remojón.

Agarrando la pértiga con una mano, con la otra tiró de Sue para hacerla entrar en la canoa.

Desde la orilla todo el mundo dio gritos de alegría y aplaudió, mientras Ricky conseguía sacar la pértiga del lodo y llevar la canoa hasta la orilla.

—Yo no he podido ver lo que ha pasado —dijo Pete, guiñando un ojo, mientras los pequeños salían de la canoa—. ¿Querréis repetirlo?

—Parecías un saltador de pértiga —afirmó el señor Hollister, levantando a Sue en sus brazos, antes de dar a Ricky una cariñosa palmada en el hombro, por haber actuado tan de prisa.

—Ven con nosotras, Sue —llamó Pam—. Tenemos algo que enseñarte.

La señora Hollister y las niñas volvieron a la cabaña de la abuela «Rabo de Tigre». La ancianita había confeccionado una diminuta blusa de muchos colores que regaló a Sue. La pequeñita se apresuró a metérsela por la cabeza y con su nuevo atavío empezó a hacer alegres piruetas.

—Para las demás tengo collares —dijo la abuela india, que en seguida pasó un bonito collar de caracolas por las cabezas de Holly, Pam y la señora Hollister.

Mientras las niñas estaban admirando los regalos recién recibidos, Pete, Ricky y Jim charlaban en el embarcadero.

—¿Y si nos entretenemos con un juego? —propuso el niño semínola.

—¡Sí, sí! ¿Cuál? —preguntó Ricky.

—Yo tomo un poco de ventaja, echo a correr y vosotros intentáis alcanzarme. Yo seré Billy «Piernas de Arco».

—¿Quién es ese Billy? —inquirió Pete.

Jim explicó que Billy «Piernas de Arco» había sido un famoso jefe indio semínola.

—Cuando corría por las Everglades, sus enemigos no podían encontrarle. Tampoco vosotros me encontraréis a mí.

—Claro que te encontraremos, porque yo soy un agente del FBI —decidió Ricky.

—Yo daré un buen grito cuando haya tomado la ventaja necesaria. Ya soy Billy «Piernas de Arco». ¡Allá voy!

Inmediatamente, dio Jim un salto, corrió entre las altas hierbas que crecían detrás de una cabaña y desapareció entre la maleza.

—¡Yiii-uuuu! —gritó de pronto Jim.

Pete y Ricky salieron tras su presa, como sabuesos persiguiendo a un conejo. Corrieron entre hierbas que les llegaban hasta la cintura, encontrando de vez en cuando árboles recubiertos de musgo.

—¡Canastos! Ha desaparecido igual que un fantasma —dijo Ricky, extrañado.

—Tiene que estar por aquí —opinó Pete—. No nos lleva mucha distancia.

Los dos hermanos buscaron hasta llegar al otro extremo de la isla y siguieron sus pesquisas al regresar. Pero no encontraron la menor huella de Jim.

Al llegar al límite del bosque, Pete se sentó en un tronco y Ricky se tumbó a su lado, en plena tierra.

—Podemos darnos por vencidos y llamarle —propuso Ricky, al tiempo que se enjugaba con el pañuelo el sudor de su carita pecosa.

—¡Billy «Piernas de Arco», nos rendimos! ¿Dónde estás? —gritó Pete, con las manos colocadas a ambos lados de la boca.

De repente el tronco se movió. Y acabó poniéndose en posición vertical, con lo que Pete se vio lanzado al suelo. ¡De debajo salió su amigo Jim!

—¡Zambomba! —exclamó Pete, poniéndose en pie—. Nos has asustado. ¿Cómo pudiste meterte bajo este tronco?

El muchachito indio sonrió y repuso:

—No es un tronco. Es mi canoa pequeña. Un buen sitio para esconderse.

—Pues nos estabas haciendo volver tontos —dijo Pete—. Esto me da una idea, Ricky. Podíamos llevarnos esta canoa a la isla de Santabella y escondernos debajo para poder descubrir a los cazadores furtivos.



Luego, Pete explicó a Jim que los Hollister estaban ayudando a Charlie «Rabo de Tigre» a descubrir a los cazadores.

El niño indio se ofreció en seguida para prestarles su canoa.

—Pero estaréis mucho más cómodos si, antes, caváis una zanja en la arena y luego colocáis la canoa para que os cubra las cabezas.

La conversación fue interrumpida por el señor Hollister que les llamó, diciendo:

—¡Venid ya, muchachos! ¡Nos vamos!

Entre Pete y Jim, llevaron la canoa al embarcadero, donde la colocaron en la embarcación aérea.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Hollister; y se echó a reír cuando los niños le contaron su plan.

—Está bien. Creo que podemos llevárnosla —dijo Charlie.

La señora Hollister y sus tres hijas estaban despidiéndose de la abuela «Rabo de Tigre» y de Clementina, que había decidido pasar en el poblado indio unos cuantos días.

—Podrá ayudarme a coser —dijo la viejecita—. Clementina es muy habilidosa para eso.

Cuando todos estuvieron instalados en las embarcaciones, la

familia Hollister y Charlie regresaron por los angostos pasos acuáticos hasta llegar a Cabo Tortuga.

—Mirad, tenemos un visitante —observó el señor Hollister, mientras las embarcaciones se aproximaban a la caleta.

Esperando en la orilla, junto a su motora, estaba el señor Mark, el empleado de conservación zoológica. El hombre se irguió sobre la punta de los pies para saludarles con la mano.

—Hola, Mark —saludó Charlie—. ¿Qué te trae por aquí?

—Pensé que los cazadores furtivos les habían capturado a todos —dijo el hombre, mientras las embarcaciones se deslizaban en la playa arenosa.

El agente de conservación zoológica dijo que los cazadores furtivos habían estado trabajando muy al norte la noche anterior. El señor Mark les había perseguido y ellos huyeron al sur, hacia las Everglades.

—Indudablemente estuvieron aquí —asintió Charlie—. Pam y Clementina les sorprendieron robando un nido de cocodrilo.

—Hacia dónde han escapado es un misterio —dijo Mark—. Lo que sabemos es que tienen una embarcación aérea muy rápida.

—Tenemos que redoblar nuestras investigaciones —dijo el señor Hollister.

—Y aparte de eso, la policía tiene otro caso que investigar —explicó el señor Mark—. Un muchacho llamado Joey Brill ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó Pete.

—Nosotros le conocemos —dijo Holly.

El señor Mark dijo que desde hacía dos noches se ignoraba el paradero de Joey. El camorrista de Shoreham había sido visto haciendo auto-stop en la carretera que llevaba a las Everglades.

—¡Dios mío! —se compadeció la señora Hollister—. Confío en que le encuentren pronto.

—A lo mejor se lo ha comido un cocodrilo —razonó Sue.

—Yo no creo que Joey se atreviese a penetrar en las Everglades —fue lo que opinó Peté—. Puede que se haya detenido en uno de esos poblados indios que hay cerca de la carretera.

La señora Hollister invitó a cenar con ellos al oficial. Cuando acabaron, el señor Mark se despidió, diciendo que iba a dirigir su

motora hacia el sur, para buscar a los cazadores furtivos entre la cadena de islillas.

—Nosotros vamos a montar vigilancia en la isla de Santabella —dijo Pete, mientras acompañaban al señor Mark a la caleta.

—Buena suerte —le deseó el empleado del gobierno, que subió entonces a su embarcación y, a la escasa luz del crepúsculo, marchó hacia las «hamacas», envueltas en sombras.



Al volver al campamento, Pete encontró a su padre y a los demás delante de la cabaña.

—Papá, ¿por qué Charlie y tú no os unís a Ricky y a mí para hacer guardia esta noche? —pidió el muchachito.

—Me has quitado esas palabras de los labios —dijo el semínola—. Tu padre y yo ya nos habíamos preparado para eso.

Al oír al señor Hollister explicar sus planes, Pam y Holly suplicaron que las dejasen tomar parte en ellos.

—No —dijo la señora Hollister—. Alguien tiene que hacer guardia en la cabaña. Ese trabajo nos toca a nosotras.

Cuando anocheció por completo salió la luna, igual a una gigantesca mandarina, enviando sus ligeros resplandores a todo el Golfo de México.

Pete y Ricky tomaron una linterna cada uno; luego, entraron en la embarcación de motor a propulsión con su padre y Charlie. En poco rato dieron la vuelta en torno a Santabella, tomaron tierra y ayudaron a los mayores a arrastrar la embarcación para dejarla oculta entre el denso follaje.

Siguiendo sus planes, el señor Hollister y Charlie tomaron posiciones, a cierta distancia uno del otro, entre el arbolado, detrás de la playa. Pete y Ricky, con la canoa de Jim colocada sobre sus cabezas, llegaron a un trecho próximo al agua a mitad del camino entre los dos hombres ocultos. Luego, excavando como si fueran tortugas, hicieron un gran hoyo en la arena, se metieron después en el hoyo y colocaron la canoa sobre sus cabezas.

—¡Canastos! Esto es divertidísimo. Parece que estamos viviendo en una casita de la playa.

Mientras esperaban, los dos hermanos fueron escarbando en la arena, en trechos separados, para tener algunos orificios por los que vigilar la playa. Pete hizo, además, un agujero más grande en la parte posterior para poder hacer señas con las linternas, desde allí, a su padre y a Charlie, si llegaba a ser necesario.

Así empezó una larga espera. Unas veces Pete y otras Ricky enfocaban la linterna sobre su reloj para saber cuánto tiempo iba transcurriendo. Mientras, la marea iba ascendiendo por la arena, centímetro a centímetro.

—No podemos estar aquí mucho tiempo, o nos mojaremos —dijo Ricky.

Pete tuvo que confesar que no había pensado en eso cuando cavaron el hoyo tan cerca del agua. Pero ya no había tiempo para abrir otro agujero más atrás, si querían evitar el ser descubiertos.

Estaba Pete mirando hacia la parte más baja de la playa y Ricky hacia la más alta, cuando los dos exclamaron a un tiempo:

—¡Una tortuga marina!

Con muy pocos segundos de diferencia, dos grandes tortugas

salieron del agua, quedando bien visibles a la claridad de la luna. Los dos hermanos pudieron distinguir, incluso, los dos rastros que iban dejando los animales al arrastrarse playa arriba. Por fin se detuvieron y empezaron a excavar con rapidez.

De pronto los niños notaron que empezaba a filtrarse agua fría en su escondite.

—¡Mira, Pete! Tenemos las olas casi encima.

El agua llegaba hasta los orificios abiertos bajo la canoa, pero los niños no se atrevían a moverse. Podían asustar a las tortugas. Mientras esperaban, la luna fue quedando cubierta de nubes y cada vez resultaba más difícil ver a distancia.

De pronto, a Ricky el corazón le dio un salto en el pecho. Quiso hablar, pero las palabras se le hicieron un nudo en la garganta, y no pudo hacer más que dar un tirón del brazo a su hermano y señalar hacia las oscuras aguas del Golfo. A menos de seis metros de los dos chicos, una barca acababa de rozar la arena de la playa.

Dos hombres salieron de la embarcación y corrieron hacia uno de los nidos de tortuga. Un poco antes de llegar se acurrucaron en la arena y observaron cómo el gigantesco reptil cubría con arena los huevos que había puesto.

—Daremos la señal a papá y a Charlie —dijo Pete al oído de su hermano.

En seguida buscó su linterna, que estaba al fondo del hoyo. ¡La linterna se había humedecido! ¡Y la de Ricky también! ¡No iban a poder dar la señal luminosa!



—¿Qué haremos ahora? —se lamentó Pete, en un susurro.

La gran tortuga que los cazadores habían señalado como su primera presa empezó a arrastrarse lentamente hacia la playa. Los dos hombres se apresuraron a saltar sobre ella y le ataron una cuerda alrededor de una de las aletas.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó Pete—. ¡Vamos, Ricky!

Inmediatamente, levantaron la canoa apartándola de sus cabezas, y gritando como indios, los dos salieron del hoyo y corrieron hacia los dos hombres.

—¡Papá! ¡Charlie! —llamaron a grandes voces.

Los cazadores furtivos giraron sobre sus talones, con la boca abierta de par en par por la sorpresa. Sin ningún miramiento, golpearon a Pete y Ricky, haciéndoles caer al suelo, y continuaron arrastrando la tortuga marina hacia su embarcación. Pete se puso en pie lo más de prisa que pudo y Ricky le imitó. Los dos hermanos se arrojaron sobre la cuerda a la que iba atada la tortuga. En la distancia oyeron gritar a su padre y a Charlie «Rabo de Tigre». ¡Por suerte se estaban acercando!

AVISANDO A UN HELICÓPTERO



Mientras se agarraba desesperadamente a la cuerda que sujetaba una de las aletas de la tortuga, Ricky miró las caras de los encolerizados cazadores furtivos. Uno era bajo, con cabello cortado a cepillo y barba rubia. El otro era muy alto y tenía las manos más grandes que Ricky había visto nunca.

El hombre más alto agarró a Pete y a Ricky con una de sus inmensas manazas y les arrojó a la arena, haciéndoles dar antes varias vueltas sobre sí mismos. Pero, al hacer aquello, la cuerda resbaló de la aleta de la tortuga.

El hombre bajo dio un grito e intentó detener al reptil, que se alejaba hacia el agua. Pero no tenía fuerzas para competir con la gigantesca criatura marina que, una vez tocó las primeras olas, desapareció entre las aguas del Golfo.

Viendo al señor Hollister y a Charlie que llegaban a la playa, los cazadores furtivos saltaron a su embarcación y tras poner el motor en marcha, se alejaron a toda prisa.

—¡Canastos! ¡La tortuga marina se ha escapado, papá! —anunció Ricky, con un grito triunfal, cuando los mayores llegaron a su lado.

—¿Estáis heridos? —fue lo primero que preguntó el padre.

—Sólo un poco magullados —contestó Pete—. El hombre alto tenía unas manos como jamones.

—Entonces, ya sé quién es —afirmó Charlie, explicando que, aquel cazador furtivo debía de ser Cedro «Jamones», un rufián que aseguraba ser semínola. Y Charlie acabó diciendo, muy indignado —: Pero no tiene nada de indio. Y lo que hace es darnos a nosotros mala fama.

Los Hollister se enteraron, entonces, de que Cedro «Jamones» solía trabajar en una zona más lejana de la costa, donde era el jefe de una banda de forajidos. Charlie estaba seguro de que Cedro tenía algún escondite en las Everglades, no lejos de donde ahora se encontraban ellos.

—Yo diría que «Jamones» está aprovechando algún poblado indio, abandonado.

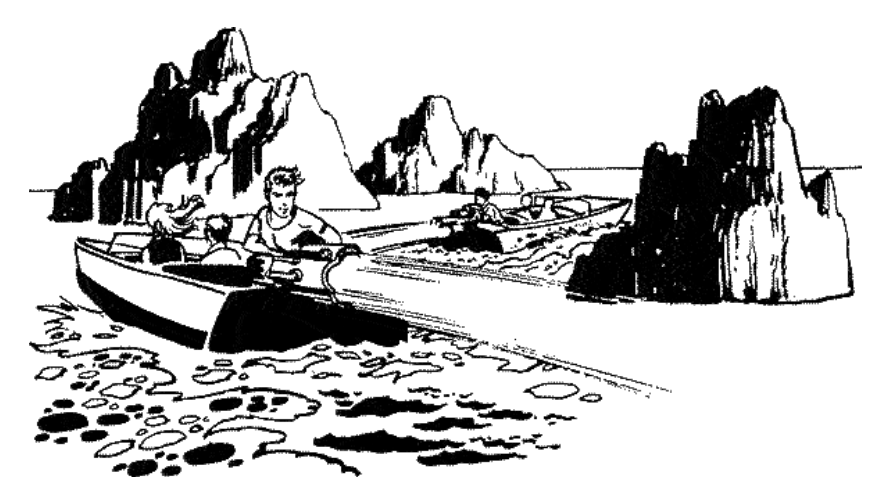
Después de dar las gracias a los muchachitos por su buen trabajo, los dos hombres echaron a andar entre Pete y Ricky. Charlie se encargó de llevar la canoa al hombro.

Volvieron en la embarcación aérea al Cabo Tortuga, contaron lo ocurrido a la señora Hollister y las niñas, y poco después dormían profundamente.

Al amanecer, los Hollister y su amigo indio se prepararon para entregarse a una prolongada búsqueda. Sólo Sue y su madre se quedarían en la cabaña.

Cuando tuvieron preparada y envuelta la comida, los detectives se pusieron en marcha. Iba inundando el sol las pequeñas islas cuando las dos embarcaciones aéreas zigzagueaban por los angostos caminos acuáticos.

Como él conocía la situación de los poblados indios, era Charlie quien llevaba la delantera. Los investigadores se detuvieron en un poblado indio abandonado, luego en el segundo… No se veía a nadie y un examen atento de las cabañas indicó que ninguna había sido utilizada desde hacía largo tiempo.



Finalmente, Charlie, reduciendo la marcha, maniobró a través de un arroyuelo atravesado a poca altura por tantas raíces y ramas que todos tuvieron que agacharse. Pronto salieron a un pequeño lago, rodeado por islillas muy juntas. Frente a los viajeros, en la isla más grande, se veía elevarse una columnilla de humo.

—¡Mirad! —dijo Pam en voz muy queda—. ¡Hemos encontrado a los cazadores furtivos!

—Es posible —admitió Charlie, mientras cerraba el contacto del motor—. Ése era un campamento abandonado.

Charlie hizo señas al señor Hollister para que también desconectase el motor, y los dos hombres remaron silenciosamente hacia la isla más grande.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Ricky en un cuchicheo, mientras saltaba a tierra.

Charlie «Rabo de Tigre» dijo que pediría por radio un helicóptero guardacostas. Luego, penetrarían en la isla sigilosamente, para impedir que los cazadores furtivos intentasen escapar, al verles. El semínola habló por radio y le contestaron que no tardaría en llegar a la isla el aparato.

Cautelosamente, los detectives se abrieron paso entre la maleza de la «hamaca». Por fin llegaron a un espacio abierto donde había tres cabañas. Delante de una de ellas ardía una hoguera, aunque no se veía a persona alguna.

—Puede que se haya ido ya —susurró Pete.

—Ven conmigo —dijo Charlie—. Inspeccionaremos toda la orilla

para ver si encontramos alguna embarcación.

Dejando a los otros vigilando el campamento, Charlie y Pete avanzaron entre palmeras y altas hierbas hasta que llegaron a la orilla, bordeada de arbolado. Pero no pudieron seguir adelante porque la maraña de raíces y hierbas era demasiado espesa para atravesarlas sin utilizar un hacha.

El semínola se volvió e hizo señas a Pete para que le acompañase hacia el agua. Los dos se quitaron los zapatos y las camisas y entraron en el lago. Con brazadas laterales, el indio nadó sigilosamente bordeando la orilla, seguido de Pete. Recorrieron unos cien metros sin ver la menor huella de embarcaciones. Pero, de pronto, en una pequeña caleta, Pete advirtió movimiento y cuchicheó:

—Mire allí.

Apareció la proa de una canoa y en ella iba una persona, concretamente un muchacho…

—¡Joey Brill! —exclamó Pete, casi atragantándose con una bocanada de agua. En cuanto se le pasó la primera sorpresa, llamó a gritos:

—¡Eh, Joey! ¡Espera!

Charlie y Pete nadaron velozmente hacia la caleta y empujaron la canoa hacia la arena. Joey estaba tan sorprendido y asustado que saltó a tierra estremecido de pies a cabeza.

—¡Vaya!… ¿Cómo?… ¡Caramba! —fue todo lo que consiguió decir.

Como habían oído el grito de Pete, todos los demás corrieron hacia la caleta. Y pronto Joey se encontró rodeado por los detectives.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Charlie, mientras él y Pete se sacudían el agua del cuerpo.

—Me iba, porque los Hollister son los únicos que se divierten en las Everglades —confesó el chico—. Y yo también quiero divertirme.

Joey explicó cómo, haciendo auto-stop, había logrado llegar a un pueblecito pesquero donde alquiló una canoa y en ella se puso en camino, por las aguas, con una pequeña cantidad de comestibles.

—Sólo quería acampar fuera de casa una noche, pero me perdí

—acabó diciendo.

—Ha sido una casualidad el que te hayamos encontrado —dijo Pam.

—Yo me alegro de que estéis aquí —murmuró el chico, inclinando la cabeza—. Estaba asustado.

—Imagínate que tu padre y tu madre nunca hubieran vuelto a verte —dijo Holly, queriendo reprender severamente a Joey—. Los pobres se habrían apenado mucho.

Joey admitió que había cometido una tontería y, con la cabeza inclinada y el ceño fruncido, se dirigió a las cabañas, acompañado de sus salvadores. En aquel momento, apareció en el claro de la boscosa isla un helicóptero que zumbaba ruidosamente. Las ramas de las palmeras se bambolearon de un lado a otro, sacudidas por el viento que despedían las hélices, mientras el helicóptero tomaba tierra cerca de las cabañas.



—¿Han detenido a los cazadores furtivos? —preguntó el piloto, saliendo del aparato.

—No, pero hemos encontrado a Joey Brill, el muchacho desaparecido. Puede llevárselo con usted —dijo Charlie.

—Muy bien, comisario —contestó el piloto, levantando la vista al cielo. Añadió—: Será mejor no perder ni un momento. Parece que se avecina una tormenta.

Acompañó a Joey al interior del helicóptero.

—Ahora me divertiré un poco —dijo el camorrista, sonriendo, y saludó a todos con la mano, mientras el helicóptero despegaba.

Después de que Pete y Charlie hubieron recuperado sus zapatos y camisas, todo el mundo volvió a las embarcaciones.

—El piloto tenía razón, respecto a la tormenta —observó Charlie.

El cielo se estaba ensombreciendo y el viento levantaba crestas de espuma en el agua, hasta entonces tranquila.

Apenas había llegado el grupo al Cabo Tortuga cuando empezó a llover y a soplar un viento fantasmal en las playas. Todos se refugiaron en la cabaña hasta el anochecer, cuando cesó la tormenta.

—Mañana será un buen día para buscar conchas —dijo Charlie, cuando se preparaban para acostarse.

Por lo visto aquel fuerte oleaje llevaba a la arena las más bonitas y raras conchas de las profundidades del Golfo.

Al día siguiente, después de que los dos hombres salieron a inspeccionar las «hamacas» por la región norte, los niños y la señora Hollister marcharon en la barca de remos a la isla de Santabella. Había preparado una comida campestre y se pusieron los trajes de baño debajo de los vestidos playeros. Después de divertirse dentro del agua toda la mañana, comieron con gran apetito. Luego, mientras Sue, Holly y Ricky buscaban conchas con su madre, Pete y Pam se encaminaron a la casita de Larry.

—Hola —saludó el hijo del pescador, saliendo a su encuentro—. ¿Habéis tenido suerte con los cazadores furtivos?

—No —repuso Pete, y contó a Larry todo lo que les había sucedido.

—¿Por qué no vamos a ver otra vez el vapor de río? —propuso

Pam. Y con un guiño, añadió—: A lo mejor el viento lo ha empujado hasta el agua.

Los tres corrieron playa adelante para cruzar el agua por la parte más vadosa, hasta la isla Cautiva.

—¡Mirad! —exclamó Pam, cuando tuvieron a la vista el vapor.

Las dos altas chimeneas habían sido dobladas por el viento y la puerta de la verja estaba abierta.

—¿Dónde estará el señor Seeber? —dijo Pete, acercándose a la cerca.

—Debe de haberle ocurrido algo. Puede que el señor Seeber quedase herido cuando el viento dobló las chimeneas —razonó Pam.

Los tres niños cruzaron la verja y la cerraron a su espalda. Luego empezaron a andar alrededor del gran vapor.

—Me gustaría saber por dónde se entra —dijo Pete.

Y Larry repuso:

—Hay una puerta en frente. Venid conmigo.

El hijo del pescador echó a andar, muy decidido, pero de pronto corrió a ocultarse entre unos matorrales y Pete y Pam le imitaron.

—¡He visto a alguien! —cuchicheó Larry.

Agazapados en el suelo, los tres niños dirigieron la vista al vapor ribereño. En la entrada estaban Cedro «Jamones» y el hombre de los bigotes rubios. Los dos fruncían el ceño y miraban al lugar en donde se habían escondido Pam y los chicos.

—¡Estoy seguro de haberles visto! —rezongaba «Jamones», alargando un brazo, para señalar—. ¡Allí, entre los arbustos!

Los dos hombres echaron a correr en línea recta al escondite de los niños.

—¡No podemos quedarnos aquí! —cuchicheó Pete, apurado—. ¡Vámonos!



Los tres salieron a la carrera en dirección a la verja.

—¡Ahí están! —gritó Cedro «Jamones»—. Hay que atraparles.

Como tenían tan cerca a sus perseguidores, no les dio tiempo a los niños de abrir la verja. De modo que continuaron corriendo alrededor del vapor, mientras Pam gritaba, pidiendo auxilio.

Aunque los perseguidores eran personas mayores, no eran tan veloces como los jóvenes perseguidos. Pete, Pam y Larry dieron una vuelta alrededor del vapor. No quedaba sitio a donde ir como no cruzasen la puerta de entrada. Y eso fue lo que hicieron. El primero en entrar fue Larry, le siguió Pam y Pete fue el último. A muy poco distancia, corrían los cazadores furtivos, gritando indignados. Pete cruzó el umbral de un salto y se apresuró a cerrar la puerta.

LA TRAMPILLA



Los niños se encontraron en un vestíbulo muy adornado. Una elegante escalera de caracol conducía a la cubierta superior. Mientras los niños corrían, como locos, por las alfombradas escaleras, los cazadores furtivos cruzaron la puerta de abajo.

—¡Quietos, volved aquí! —ordenó Cedro «Jamones», al tiempo que él y su compinche empezaban a subir las escaleras.

Esto hizo que los niños corrieran aún con más rapidez. Mientras llegaban a cubierta y corrían junto a la borda, a Pete le asaltó un pensamiento estremecedor. ¿Y si Seeber estaba de acuerdo con los cazadores furtivos? ¿Podía ocurrir que el vapor fuese el escondite de toda la banda?

Dejando muy atrás a sus perseguidores, los niños llegaron a un salón cubierto de gruesas alfombras y pronto estuvieron ante otro tramo de escaleras. Al subirlas, se encontraron ante la timonera. Allí estaba Seeber. El hombre se volvió en redondo y los niños estuvieron a punto de arrojarse en sus brazos.

—¡Sálvenos! —suplicó Pam a gritos.

—Vamos, vamos. Calmaos —dijo Seeber, con una semisonrisa—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo habéis llegado aquí?

Sin decir el nombre de sus perseguidores, Pete contó lo ocurrido. La cara de Seeber se ensombreció al preguntar:

—¿Dónde están esos hombres? Yo les detendré.

Con asombrosa agilidad, en un hombre tan grueso, el guardián ayudante bajó velozmente las escaleras, cruzó el salón y llegó a la cubierta superior, donde vio a los dos hombres.

—Fuera de aquí —rezongó el rechoncho guardián—. Esto es propiedad privada.

—¡No les deje escapar! —gritó Pete—. ¡Debemos detenerles! ¡Son cazadores furtivos!

Pero Cedro «Jamones» y su compañero dieron media vuelta, corrieron hacia el primer piso, atravesaron la puerta, siguieron corriendo junto al lateral del vapor y, por fin, cruzaron la verja, dejándola abierta.

Pete, Pam, Larry y Seeber corrieron tras ellos.

—¡Volved, sinvergüenzas! ¡Volved! —gritaba el hombre gordo, sacudiendo amenazadoramente los puños.

Los dos hombres penetraron en un bosquecillo cercano al agua y salieron en seguida arrastrando una embarcación que llevaron a la orilla. Pronto tuvieron el motor en marcha y se alejaron a toda velocidad.

—Parece que van a dar la vuelta a la isla —dijo Pam, al llegar a la orilla del agua.



Seeber supuso que los cazadores furtivos escaparían por el canal que había entre la isla Cautiva y el continente.

—Probablemente se dirigirán al sur de las Everglades —dijo el guardián, que luego invitó a los niños a visitar el vapor—. Yo seré vuestro guía —dijo, sonriendo—. Os lo merecéis, después del susto que os habéis llevado.

Mientras cruzaban de nuevo la verja, Pam se preguntó mentalmente por qué razón los cazadores furtivos habían estado merodeando por aquel lugar.

—Probablemente para robar latas de conserva —dijo Seeber, cuando la niña le habló de lo que pensaba.

Abriendo la marcha, Seeber acompañó a Pete, Pam y Larry por el lujoso vapor del Misisipi.

Primero entraron en una sala donde estaba la maquinaria que hacía girar la rueda de palas. Olía a grasa y metal, y los dos chicos contemplaron, sobrecogidos, los gigantescos engranajes.

—Bien, amigos. Prosigamos nuestra visita —dijo Seeber, encaminándose a la parte alta del barco.

En la próxima cubierta había un sinfín de salones, vestíbulos y salitas.

—¡Qué bonito! —se admiró Pam—. Los muebles son como los de épocas antiguas.

Al pasar, los niños se fijaron en una puerta que estaba cerrada con llave.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Larry.

—No lo sé. Siempre está cerrada con llave. Deben de ser comestibles o algo por el estilo —contestó Seeber, sin querer dar importancia a la pregunta.

Cuando llegaron a la cubierta superior los niños contemplaron la superficie llana de la isla. Algunas nubecillas blancas se extendían por el cielo azul. En el agua no se veía ninguna barca.

—Es una lástima que hayan podido escapar —se lamentó Pete.

—Puede que papá y Charlie les hayan capturado —dijo Pam, esperanzada.

Seeber hizo un encogimiento de hombros.

—Dragg es muy resbaladizo —masculló.

Al momento quedó silencioso, viendo que Pam se volvía a

mirarle cara a cara.

—¿Ése es el hombre rubio?

La pregunta de Pam tomó por sorpresa al hombre, que tartamudeó:

—Pues… esto… Yo creí que conocíais a esos hombres.

—Sólo de vista —contestó Pete.

De nuevo, mientras entraban en una gran sala, cubierta de gruesas cortinas de terciopelo rojo, Pam insistió en el tema:

—¿Sabe usted algo de ellos?

—Yo he oído hablar de la banda —dijo el hombre, en tono calmoso—. Leí una información sobre ellos en el periódico Fort Myers. Por eso he supuesto que el hombre alto era Cedro «Jamones» y el otro Omar Dragg.

Pete y Pam quedaron tranquilizados viendo la expresión de inocencia del hombrecillo gordo.

—Nosotros no hemos visto ningún periódico en varios días —dijo Pete, mientras contemplaba el bello salón—. ¿Cómo lo consiguió usted?

Seeber contestó que el señor Dodd había llevado uno del continente, cuando regresó de su anterior viaje.

—Ésta debió de ser la sala de conciertos —dijo Pam, admirando un enorme piano que había al fondo de la habitación—. ¿No os imagináis a los caballeros con casacas y las señoras adornadas con plumas y volantes?

Mientras los niños examinaban el elegante mobiliario, su guía dijo que les iba a dejar un momento.

—Tengo que hacer en la timonera. Volveré dentro de un minuto.

Después de haber dado una vuelta por toda la habitación, Pam se detuvo junto a un grueso cordón de seda, cercano a la puerta.

—Me gustaría saber para qué es esto —dijo la niña.

Los dos chicos se acercaron en seguida a contemplar el cordón.

—Te reto a que des un tirón —dijo Larry, riendo.

—Seguramente tocaba una campana para avisar a los sirvientes —opinó Pam.

—Anda, llama —insistió Pete, bromeando.

A Pam le brillaron los ojos cuando acercó la mano al grueso y brillante cordón.

—¡Ahora! —dijo, alegremente.

En el momento en que la niña tiró del cordón, la pequeña estera cuadrada sobre la que estaba Pete, se inclinó extrañamente hacia abajo.

—¡Una trampilla! —gritó Pam, viendo que su hermano daba un grito y resbalaba por la abertura del suelo.

Larry le sujetó a tiempo y Pete pudo agarrarse al borde de la trampilla. En seguida, con la ayuda de Pam y Larry se asomó por el orificio, sumido en sombras. Al cabo de un rato la trampilla volvió a subir a su lugar, sin que nadie la tocase, y la esterilla quedó como si jamás se hubiera movido de allí.



—Quisiera saber si el señor Seeber está enterado de esto —dijo

Larry.

Pete supuso que nadie, aparte del propietario, había sabido nada sobre la trampilla secreta.

—¿No creéis que debemos decírselo a alguien? —preguntó Pam.

Pete dijo que a él le gustaría echar otro vistazo al negro agujero.

—Puede que conduzca a una mazmorra —murmuró.

—Pero… ¿y si encuentras algún esqueleto? —sugirió Larry, estremeciéndose.

Pam estaba a punto de tirar otra vez del cordón, cuando Pete advirtió a media voz:

—¡Chissst! ¡Escuchad!

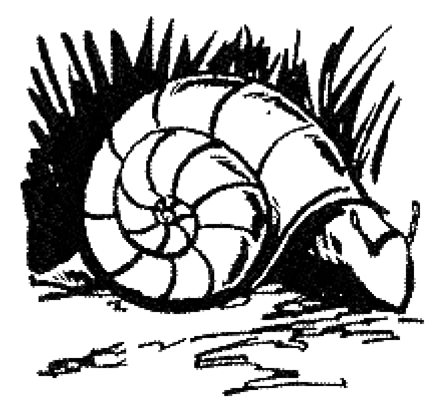
Todos pudieron oír pasos de alguien que subía, corriendo, las escaleras. Instantáneamente los niños quedaron como helados de miedo. ¿Tal vez acababan de ser acorralados por Cedro y Dragg?

—¡Escondeos! ¡De prisa! —ordenó Pete—. ¡Detrás de las cortinas!

Los tres se ocultaron, asegurándose de que no dejaban a la vista los pies, detrás de las pesadas y peludas cortinas. Pronto oyeron voces apagadas.

—No hagas ningún ruido —susurró Pete al oído de Pam.

EL POLIZÓN



Permaneciendo quietos como estatuas, los tres niños escucharon, mientras los pasos se aproximaban.

De repente, una voz de mujer llamó:

—¡Pete! ¡Pam! ¿Estáis por ahí?

—¡Mamá! —exclamó Pam, apresurándose a retirar la cortina.

—¡Zambomba, papá! ¿Cómo supisteis dónde estábamos? —preguntó Pete.

Y Larry añadió:

—Creímos que los cazadores habían vuelto por nosotros.

Notando la sorpresa de su padre, Pam contó en pocas palabras lo que les había sucedido. Iba a contar el episodio de la trampilla cuando Seeber se unió al grupo, y la niña prefirió guardar silencio hasta más tarde.

—Éste es el señor que nos salvó —dijo Pete.

Se hicieron las presentaciones y el señor Seeber estrechó la mano al señor Hollister.

—Tienen ustedes unos hijos muy simpáticos —dijo el hombre gordito—. Un poco curiosos, eso sí, Pero todos hemos sido niños alguna vez.

Y al decir esto, el hombre empezó a reír hasta que le temblaron las mejillas.

Mientras contemplaba a los hombres, Pete se sentía cada vez más confundido. El guardián del barco ¿estaría obrando con sinceridad o sólo fingía delante de los señores Hollister?

Cuando Seeber les hubo acompañado cortésmente hasta la verja, Pam no pudo dominar más su curiosidad.

—Papá, mamá, ¿cómo se os ocurrió venir a buscarnos? —preguntó.

El señor Hollister contestó que él y Charlie «Rabo de Tigre» se encontraban bordeando la isla, camino del campamento, cuando vieron a Cedro «Jamones» y a Dragg circunvalando la isla Cautiva en una embarcación aérea. Pero, cuando la nave de Charlie salió de su persecución por el canal que separaba la isla del Cabo Tortuga, los cazadores furtivos habían desaparecido.

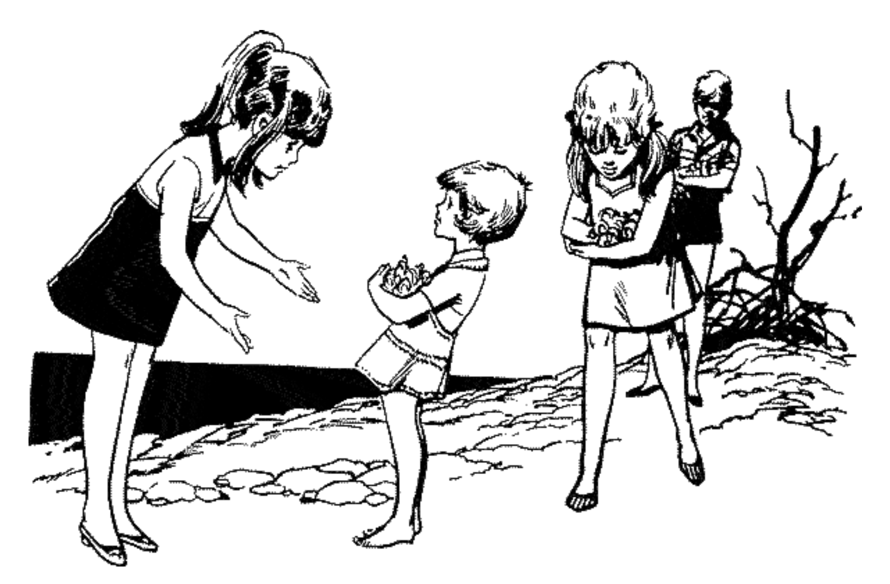
—Se esfumaron muy rápidamente —comentó el señor Hollister.

—Luego, papá y Charlie atravesaron esta isla y vieron a las niñas y a Ricky conmigo, buscando caracolas —terció la señora Hollister —. Yo les dije que vosotros habíais ido a buscar a Larry.

—Y después de haber visto a esos dos hombres temimos que pudierais estar en peligro —dijo el señor Hollister, mientras caminaban por la arena—. De modo que salimos a buscaros. Como en la cabaña de Larry no encontramos a nadie, supusimos que habíais ido a ver el vapor.

—Cuando encontramos la verja abierta y vimos huellas de pisadas, comprendimos que estabais dentro —concluyó la madre.

Después de cinco minutos de andar, llegaron al lugar en que aguardaba Charlie «Rabo de Tigre» con la embarcación. También estaban allí Sue, Holly y Ricky, cargados con una gran colección de las más bonitas conchas marinas que Pam había visto nunca.



Larry se despidió de todos y volvió a su casa. El amable semínola tuvo que hacer dos viajes para transportar a todos a la cabaña de Cabo Tortuga.

Aquel atardecer, después de cenar, cuando todos estaban sentados alrededor de la hoguera, Pete habló de la misteriosa trampilla.

—¡Canastos! ¡Daría todas las conchas que tengo por saber qué hay allí dentro! —declaró Ricky.

—Tal vez era un escondite especial para cargamento de valor —sugirió la señora Hollister.

—Y puede que ahora mismísimo haya alguien escondido allí —añadió Holly.

Sue, que se frotaba los ojitos cargados de sueño, anunció:

—Pues yo «querería» verlo.

—Papá —dijo Pam—, puede que te parezca una tontería, pero yo no creo que los cazadores furtivos estén escondidos en las Everglades.

A la parpadeante luz de la hoguera pudo ver la cara de asombro que todos pusieron al oír la opinión de la niña.

—¿Y dónde crees que están? —preguntó Pete.

—En alguna parte de la isla Cautiva —repuso su hermana—. Cerca de allí fue donde desapareció su embarcación esta tarde.

Charlie «Rabo de Tigre» opinó que la corazonada de Pam muy bien podía ser acertada. Los hombres pudieron deslizarse por la playa, sin ser vistos desde el canal. El lado de la isla Cautiva que quedaba frente al continente no era muy boscoso, pero solía estar desierto.

—Nadie pasa por allí por miedo a los árboles venenosos —explicó—. Pero quienes conocen bien las Everglades saben evitarlos. Por cierto, ¿no les he hablado nunca de los montículos de conchas?

—No. ¿Qué es eso? —se interesó, inmediatamente, Holly.

—Los indios prehistóricos que vivieron por aquí comían muchos moluscos y fueron dejando las conchas en grandes montones que se han conservado hasta nuestros días.

—Me gustaría ver esos montículos —dijo Pam.

Pero Pete opinó:

—Creo que sería mejor explorar toda la isla Cautiva.

Aunque Charlie «Rabo de Tigre» no creía que hubiera caletas donde los cazadores furtivos pudieran ocultarse, estuvo de acuerdo en que sería conveniente hacer una investigación al día siguiente.

Dos veces, durante aquella noche, fueron despertados los excursionistas por el misterioso grito o alarido. La segunda vez a Ricky le resultó imposible volver a conciliar el sueño, y estuvo rebullendo y dando vueltas en su colchón campestre hasta cerca del amanecer.

Cuando empezaba a clarear se deslizó silenciosamente de la cama y se vistió. Pero, sin querer, tocó el colchón de Holly y la niña se despertó.

—¿Adónde vas? —preguntó en un cuchicheo, Holly.

—No puedo dormir. Me voy a la playa a buscar más conchas.

—Voy contigo —decidió su hermana.

Cuando la niña estuvo vestida, los dos hermanos se alejaron de puntillas hacia un trecho de la playa cercano a la caleta en que estaban amarradas las embarcaciones.

La fresca y salobre brisa alborotaba los cabellos a los dos pequeños, que saltaban alegremente por la arena a la escasa luz del amanecer.

Ricky se estaba llenando los bolsillos de conchas cuando, de pronto, señaló una canoa que avanzaba silenciosa por el agua,

delante de Cabo Tortuga. El pecoso y Holly se escondieron entre unos arbustos y estuvieron observando.

—Van tres hombres en la canoa —dijo Ricky.

—¡Hay que volver corriendo, para decírselo a papá! —apremió Holly.

—Ve tú —repuso el chiquillo—. Yo me esconderé en una de las embarcaciones para espiarles.

Mientras Holly se alejaba silenciosamente, Ricky corrió a la caleta. Se acercó a la embarcación de hélice, quitó la lona que cubría el motor, extendió dicha lona en el fondo y él se escondió debajo. Sólo su cabeza y los ojos quedaban a la altura de la borda para poder vigilar la canoa.

Ésta se iba acercando, acercando…

«¡Oh, Dios quiera que Holly se dé prisa!», pensó el niño, viendo que los tres hombres saltaban a la arena y se dirigían… ¡directamente a la embarcación de motor a propulsión!

Ricky se apresuró a meterse en el fondo y hundir la cabeza debajo de la lona. En seguida oyó voces ásperas.



—Robaremos las dos —decía un hombre.

—¿Sabes poner en marcha el motor de propulsión? —preguntó otro.

A estas palabras siguió una risa ronca y un tercer hombre afirmó:

—Palomo puede poner en marcha cualquier cosa.

Ricky oyó pasos. Inmediatamente, la barca en que el pequeño se encontraba empezó a balancearse cuando alguien entró en ella y se instaló en el asiento del conductor.

—Vamos, Palomo, ponlo en marcha —dijo el hombre que estaba en la misma embarcación que Ricky.

—Está bien, «Jamones». Está bien —repuso el otro—. Pero dame un poco de tiempo.

—¡No podemos esperar un siglo! Se está haciendo de día. ¡Nos descubrirán!

El corazón del pobre Ricky latía apresuradamente. Se oyeron ruidos metálicos, seguidos de palabras furibundas.

—¡Oigo que alguien se acerca! —gritó «Jamones»—. ¡Dragg, Palomo, vámonos! Nos marchamos en éste.

—Pero antes estropearemos el motor a propulsión —dijo la voz de Dragg.

Ricky esperó, muy envarado; confiaba en que su familia llegase a tiempo de ayudarle. Al poco oyó un fuerte chapoteo. Un momento después, la barca de hélice se bamboleaba peligrosamente, mientras los dos hombres entraban en ella. Se puso en marcha el motor, con una sacudida, y Ricky se dio cuenta de que la embarcación avanzaba por las aguas espumosas.

«¡Oh, papá, por Dios, sálvame!», suplicaba, mentalmente, el pobre Ricky, mientras la barca robada corría por las aguas del Golfo.

MOMENTOS DESESPERADOS



En la cabaña, Pete, su padre y Charlie se habían vestido precipitadamente y corrieron a la caleta.

—¡Allí van! —gritó Pete, señalando la veloz embarcación, cuando ya la señora Hollister y las niñas se acercaban.

—Se dirigen a la isla Cautiva —dijo Holly—. ¡Rickyyy! ¿Dónde estás?

El señor y la señora Hollister llamaron por todas partes a su desaparecido hijo. Viendo que no replicaba, Holly se echó a llorar.

—¡Le han raptado! —gritó Pam, alarmadísima—. ¡Hay que darse prisa! Tenemos que salvarle.

Los dos hombres con la ayuda de Pete, entraron en el agua y levantaron la volcada embarcación de motor a propulsión.

—No veo ningún desperfecto —dijo Charlie.

Puso el motor en marcha. El tubo de escape sacudió las hojas de palmeras cercanas al agua.

—¡Tenemos que actuar de prisa! —dijo el señor Hollister, subiendo a bordo.

Desde la embarcación dio instrucciones a su esposa para que subiese con Holly y Sue a la camioneta de Charlie y se dirigiesen al

teléfono más cercano.

—Avisa al sheriff —añadió.

—Y también a los comisarios juveniles —añadió Pete, mientras él y Pam iban a instalarse junto a su padre—. ¡Puede que vengan todos y en el autobús podrán buscar por la isla Cautiva!

—¡Gran idea! —aprobó Charlie.

Tomando a Sue y Holly de la mano, la señora Hollister marchó corriendo a cumplir con su trabajo. Al mismo tiempo, la embarcación de motor a propulsión se alejó en persecución de los fugitivos.

Cuando Charlie conducía su embarcación hacia el canal que separaba el continente de la isla Cautiva, ya salía el sol por el horizonte y hacía bastante calor. Pero ni aun con aquella gran luminosidad de la mañana se pudo ver en la isla otra cosa que no fuera la densa vegetado n.

Charlie condujo alrededor del extremo norte de Cautiva y luego volvió a lo largo del Golfo, pasando cerca del vapor del Misisipi.

—¡Mirad! —gritó Pam, para hacerse oír por encima del fragor del motor—. El señor Seeber está en la timonera.

Pero, cuando la niña le hizo un saludo con la mano, el hombre desapareció de la vista.

—¡Qué raro! ¿Por qué se esconderá de nosotros? —dijo la niña.

—Tiene que ser por algún motivo —gritó Pete—. Puede que él sepa quiénes son los cazadores furtivos.

—Vayamos a la orilla —dijo el señor Hollister al indio—. Le interrogaremos.

—¡Puede que esos hombres estén allí, con Ricky! —opinó Pam —. ¡Por favor, dese prisa, Charlie!

El semínola condujo hasta la playa, a toda velocidad, pero, cuando estaban muy cerca de la orilla, surgió inesperadamente ante ellos, un tronco de árbol. La embarcación chocó con aquel obstáculo. ¡Y los cuatro pasajeros fueron lanzados al agua!

Pam salió a la superficie, tosiendo a causa del agua que había tragado. Pete, su padre y Charlie ya nadaban junto a ella y todos se dirigieron a la orilla. Pero la embarcación de Charlie aún continuaba en marcha y, en aquel momento, después de describir un gran círculo, avanzaba hacia el grupo.

—¡Zambullíos! —gritó el señor Hollister, un momento antes de que la embarcación pasase junto a ellos como un relámpago, para acabar deteniéndose en la playa.

Los nadadores llegaron a la arena estremecidos, pero ilesos. Apenas salieron del agua quedaron inmóviles, escuchando el aullido misterioso que llenaba el aire, más potente que nunca.

Cuando volvió a reinar el silencio, Pam, exclamó, con asombro:

—¡Llegaba del vapor del Misisipi! ¿Por qué no vamos a ver qué hay en la bodega?

Todos cruzaron la arena a la carrera y probaron a abrir la verja. Estaba cerrada con llave.

—¡Hay que trepar y saltar por la cerca! —decidió el señor Hollister.

Todos escalaron la cerca y se dejaron caer al otro lado. Pete se adelantó a los demás y encontró la puerta del buque sin cerrar con llave.

En silencio, todos entraron en el vestíbulo y estuvieron escuchando. No se oía nada en absoluto. Pete abrió la marcha por las escaleras de caracol que llevaban a la cubierta. Ésta se encontraba desierta.

Avanzaron sin hacer ruido, inspeccionando todas las habitaciones, que fueron apareciendo vacías. Cuando se acercaban a la habitación que, según el señor Seeber, siempre estaba cerrada con llave, Pam señaló hacia allí, al tiempo que tiraba de la manga a su padre. ¡La puerta estaba entreabierta!

El señor Hollister indicó, por señas, a sus hijos, que se quedasen donde estaban y él, con mucha precaución, abrió la puerta, que dejó a la vista una salita. En la pared del fondo había un viejo órgano y sentado ante él se encontraba Seeber.

—¿Dónde está mi hermano? —gritó, al momento, Pete.

Dominado por el miedo, el hombre gordo, al girar en redondo, perdió el equilibrio y cayó sobre el teclado. Mientras, un ruido ensordecedor, igual que si mil coros estuvieran cantando a un tiempo, invadía la estancia, el señor Hollister cogió al hombre por las solapas y le obligó a erguirse.

—¡Respóndame! ¿Dónde está mi hijo?

—¿Y los cazadores furtivos? —le espetó Charlie.

—Yo… yo no… no lo sé.

—¡Lo sabe usted muy bien! —gritó Pete, indignado.

—Nosotros vamos a registrar este barco y usted nos acompañará —afirmó Charlie, amenazador.

—Claro, claro —tartamudeó Seeber, dócilmente.

—Será mejor que empecemos por la sala de conciertos —decidió Pete, encaminándose a las escaleras. Cuando todos entraron en la espaciosa estancia, el señor Hollister y Charlie se detuvieron justamente encima de la trampilla. Con el rabillo del ojo, Pete vio que Seeber alargaba la mano hacia el cordón de seda.

—¡Apártate, papá! —advirtió el muchacho.

Los dos hombres dieron un salto lateral y un momento después Charlie tenía sujeto a Seeber con sus manos poderosas. Pete, entretanto, cogió una silla y la arrojó al orificio, para mantenerlo abierto.

Pete, Pam y su padre se inclinaron a mirar al negro fondo.

—¡Riiicky! —llamaron todos.

—¡Contéstame, hijo! —pidió el señor Hollister.

Y entonces se oyó un apagado gemido.

—Necesitamos una linterna y una escalera, Seeber —dijo el señor Hollister, con el ceño fruncido—. ¿Dónde hay?

El hombre gordo inclinó la cabeza y murmuró:

—En la timonera.

Pete y Pam corrieron a buscar ambas cosas y pronto regresaron con una potente linterna y una escalera plegable de metal.

Pam enfocó la linterna a una silueta que se encontraba en el oscuro fondo.

—¡Oh! —exclamó la niña—. ¡Si no es Ricky!

Tendido en un camastro pudieron ver todos a un anciano muy delgado que se llevó una mano a la frente, para protegerse los ojos de la cegadora luz.

—Ayúdenme —pidió el anciano con voz temblorosa.

—Me apuesto algo a que es el señor Dodd —dijo Pete.

—¿Lo es? —preguntó Charlie a Seeber.

—Sí. Pero no es culpa mía el que esté ahí. Fue idea de Cedro «Jamones».



Charlie bajó al sótano y volvió a subir con el viejecito señor Dodd cargado a su espalda. Con cuidado de no hacerle daño, fue a dejar al anciano en el sofá. Mientras, el señor Hollister se volvió otra vez hacia Seeber para preguntarle:

—¿Dónde está mi hijo Ricky?

—No lo sé.

—¿Éste es el escondite de los cazadores furtivos? —preguntó Pete.

—Ahora, no —respondió Seeber.

Y explicó que, cuando Cedro «Jamones» se enteró de la existencia del vapor ribereño, decidió utilizarlo como su cuartel general. El jefe de la banda y Seeber habían subido por la costa hasta la isla Cautiva y apresaron al señor Dodd.

—Luego enviamos a Dragg y a Palomo un mapa con una X que marcaba este lugar —añadió Seeber—. Y ellos se reunieron aquí con nosotros. Fue una desgracia que perdieran el mapa cuando derribaron las cabañas.

—¿Quién golpeó a la pobre madre cocodrilo y le robó sus huevos? —preguntó Pam.

—¿Y quién colgó del árbol nuestra barca? —añadió Pete.

—Los demás lo hicieron todo —repuso Seeber con voz melosa—. Yo sólo vigilaba. Mi trabajo consistía en hacer sonar el órgano cuando creía que alguien se acercaba. Yo arreglé el sistema, amplificándolo, para que se pudiera oír a muchas millas de distancia. Pensamos que así se asustaría a la gente y no se acercaría a la isla. Todo salió bien hasta que aparecieron los Hollister. Se pusieron ustedes tan pesados que «Jamones» tuvo que trasladarse a la caleta.

—¿Qué caleta? —preguntó Pete.

El hombre gordo se mordió los labios.

—No puedo decirlo. Ellos me arrojarán a los caimanes si hablo.

El señor Hollister cortó con una navajita un pedazo del cordón de seda y con ello ató a Seeber las manos a la espalda.

—¡Usted viene con nosotros! —ordenó—. Tenemos que encontrar a Ricky.

—¿Y el señor Dodd? —preguntó Pam.

El verdadero guardián del vapor ribereño tenía ahora los ojos bien abiertos y su voz sonaba algo más fuerte.

—Pueden dejarme aquí y enviarme a Lebuff o a Larry para que me ayuden —dijo—. Estoy bien.

Entonces, se obligó a Seeber a caminar hacia la cerca. Una vez allí Charlie sacó una llave del bolsillo del hombre gordo. En pocos minutos la embarcación aérea fue empujada al agua y todos se instalaron en ella. Con gran alivio por parte de Charlie, la nave se puso en movimiento en seguida y fue posible avanzar a lo largo de la orilla, hacia la cabaña de Larry.

Pete se encargó de ir a buscarle a la casa y volvió en seguida, acompañado del otro muchachito.

—Mi padre irá a ayudar al señor Dodd —dijo el hijo del pescador.

—Y Larry puede ayudarnos a buscar esa caleta —añadió Pete, mientras él y el otro chico subían a la embarcación.

—¡Seeber, díganos ahora mismo dónde está esa caleta! —dijo Charlie con indignación.

Pero el hombre gordo parecía demasiado asustado para hablar.

—Yo no sé que haya ninguna caleta en Cautiva —dijo Larry—. Y

eso que he explorado toda la orilla, excepto la parte que queda frente al continente. Allí es donde hay árboles venenosos.

—Entonces, lo mejor será que busquemos por allí —opinó Pam.

El señor Hollister consideró conveniente regresar primero a notificar a su esposa lo ocurrido, de modo que ella pudiera decir al sheriff dónde se encontrarían.

Charlie se dirigió a la caleta, donde amarró su embarcación. Todos bajaron y los hombres llevaron a Seeber a la cabaña.

Cuando llegaron al claro donde estaba la isla, Pam ahogó un grito de asombro. Allí se encontraba el autobús amarillo y a su alrededor varias docenas de comisarios juveniles.

—¡Mira, papá! Tenemos ayuda —anunció Holly, a gritos.

El sheriff en persona se había hecho cargo de la búsqueda. Era un hombre alto, curtido por el sol, con penetrantes ojos azules. En un abrir y cerrar de ojos ordenó a uno de sus ayudantes que cuidase del prisionero gordo.

—Ha venido usted a tiempo —dijo el señor Hollister—. Tenemos que registrar toda la isla Cautiva.

Utilizando la embarcación voladora, uno de los hombres del sheriff fue transportando a los jóvenes comisarios a la isla. Entre tanto, los Hollister, Larry y Charlie comieron apresuradamente un desayuno retardado y contaron lo ocurrido. Dejando en la cabaña a Sue y a su madre, los demás fueron a reunirse con los jóvenes comisarios en la isla Cautiva.

—Bien, muchachos —dijo el sheriff, con voz de trueno—. Nosotros avanzaremos por la orilla de la playa. Si alguno encuentra algo, que avise con un silbido. Todos sabéis cuál es el aspecto de los árboles venenosos.

Los comisarios juveniles, con sus camisas blancas, se abrieron camino por el bosque, buscando la entrada de alguna caleta.

Pete y Pam marchaban delante, seguidos de Holly y Larry. De pronto Pam se detuvo, diciendo:

—¡Cuidado! ¡Escuchad!

—¿Has oído algo? —preguntó su hermano.

—Un grito. Parecía de Ricky.

—¿Dónde?

—Allí —contestó Pam, señalando un montículo a orillas del

agua.

El montículo no tenía más que unos dos metros de altura, pero era muy ancho y cubierto de vegetación.

—Es un montículo de conchas —aclaró Larry.

Pete dio un prolongado silbido, y hombres y chicos acudieron, apresuradamente. Al aproximarse a Pete, los chicos empezaron a moverse con cautela. Todos se detuvieron a escuchar. No se oía nada más que el distante zumbido de la embarcación aérea que vigilaba, circunvalando la costa.

Pete subió a lo alto del montículo cubierto de musgo. De repente hizo señas a Charlie y su padre, que en seguida subieron junto al chico.

—¡Es la lona de nuestra embarcación! —dijo Pete.

Era cierto, la lona estaba en lo alto del montículo, como si cubriera algo. El señor Hollister hizo señas al sheriff para que hiciese guardar silencio a los comisarios juveniles. Entonces, se agachó y levantó la lona.

¡Debajo había un gran agujero!

—¡Es la entrada a la caleta! —gritó Pete, muy nervioso.

En ese momento apareció la cabeza de un hombre. Sus enormes manos se sujetaron al borde del agujero y a continuación emergió todo el cuerpo del hombre.

—¡Es Cedro «Jamones»! —gritó Pam, desde abajo—. ¡Atrápenle!

Pero, antes de que la niña hubiera terminado de hablar, el señor Hollister y Charlie ya habían caído sobre el rufián y los tres rodaron por el suelo, resbalando por la pendiente del montículo de conchas.

A un grito del sheriff, los comisarios juveniles rodearon el montículo. Cuando Omar Dragg salió por el agujero se vio apresado por una docena de muchachos que le llevaron hasta el sheriff.

El llamado Palomo fue el siguiente. Éste tuvo todavía menos posibilidades de escape que los otros. Y a continuación aparecieron los dos hombres que quitaron a Pete el arpón. Después de que se hubo esposado a los prisioneros, Pete, Pam, Holly, el señor Hollister y Charlie bajaron por unos toscos peldaños al interior del montículo de conchas.

Al llegar al fondo se encontraron en una gran caverna. Estaba ligeramente iluminada por la luz del sol que se filtraba entre los

resquicios de la roca. Allí, en un rincón, estaba Ricky, atado y amordazado. Pete corrió a libertar a su hermano.

—¡Papá! ¡Qué contento estoy de verte! —exclamó el pequeño, cuando su padre acudió a abrazarle.

—Dinos qué te ocurrió —pidió Pete.



—¡Teníais que haberme visto debajo de la lona, en la barca de Charlie! ¡Canastos! Me daba miedo hasta respirar. Por fin, se detuvieron. Me di cuenta de que todos bajaban y pensé que podría escapar en cuanto todos hubieran salido. Pero, entonces, les oí decir: «Un momento. Necesitamos algo para tapar la entrada. Esta lona nos servirá». Dieron un tirón de la lona y… ¡allí estaba yo!

—¡Oh! —exclamó Holly, con angustia—. ¿Y qué hiciste?

—Quise correr, pero me atraparon y me ataron. Al principio no podía saber dónde estaba. Pero una vez les oí decir que estábamos en el montículo de conchas.

—Pero ¿es que la barca llegó hasta aquí dentro? —preguntó Charlie, con sorpresa.

—Sí —dijo el pequeño—. Hay un pasadizo abierto en el montículo desde el agua. No lo vemos porque está cubierto por hiedras. Os lo enseñaré.

Ricky llevó a su padre al exterior de la caverna y, a través del montículo de conchas, hasta la embarcación robada y la que pertenecía a los cazadores furtivos. Todos le siguieron.

Sin demora, se llevaron las embarcaciones al agua y en ellas se hizo entrar a los detenidos.

Mientras éstos eran conducidos a través del canal, hasta Cabo Tortuga, los comisarios juveniles prorrumpieron en un grito triunfal.

—¡Hurra por Pete y Ricky! —gritó Alf Cohen.

—¡Otro hurra por Pam! —propuso Bud Lardnes—. Yo creo que debemos nombrarla miembro honorario.

—Hagamos ahora mismo votación —decidió Wyn Gillis—. Yo digo «sí».

Al momento, se levantó un enorme griterío y los «síes» de todos los comisarios juveniles pudieron oírse hasta en la cabaña de Cabo Tortuga. El honor hizo que Pam se pusiera colorada hasta el nacimiento de los cabellos.

Después de que se hubo marchado el autobús con los comisarios juveniles, los Hollister, Charlie y Larry pasaron aquella última velada juntos en torno a una hoguera. Mientras se ponía el sol, el hijo del pescador se alejó para buscar más leña; pero volvió a los pocos momentos, para decir:

—¡Venid! En la playa está la tortuga más grande que he visto en mi vida.

Pete subió a la chiquitina Sue sobre sus hombros y los cinco felices Hollister corrieron a la orilla del agua. Allí vieron una gigantesca tortuga que regresaba al mar. El animal se detuvo y movió la cabeza de un lado a otro.



—¡Canastos! ¡Es la tortuga más grande del mundo! —declaró Ricky, estupefacto y, en honor al gigantesco animal, dio unas cuantas volteretas en la arena.

Sue saltó de los hombros de su hermano tan ágilmente como lo hubiera hecho un insecto. Antes de que nadie tuviera tiempo de detenerla, la pequeñita corrió junto a la tortuga y saltó sobre su caparazón.

—¡Sue, ven aquí! —llamó Pam, alarmada.

La tortuga no hizo el menor caso a su pasajera y reanudó su camino hacia el agua. Holly corrió a colocarse delante de las olas, sacudiendo los brazos para detener a la enorme criatura.

Todos los demás contuvieron gritos de sorpresa, mientras Sue se esforzaba por mantenerse sobre el oscilante caparazón. Por fin la pequeñita cayó en la arena, riendo alegremente. Holly saltó, ágilmente, a un lado, y la tortuga penetró, chapoteando, en las aguas del Golfo de México.